

REVISTA

de problemas del tercer mundo

Sindicatos 1968: los límites del reformismo

JOSE G. VAZEILLES

Lo clásico y lo actual en la revolución vietnamita

GIAP - HO CHI MINH y otros

Aclaraciones sobre repeticiones:

¿qué es el intelectual?

ISMAEL VIÑAS



REVISTA

de problemas del tercer mundo

diciembre, 1968.

Consejo de redacción

Roberto Cossa

Ricardo Piglia

Andrés Rivera

Jorge Rivera

León Rozitchner

Raúl Sciarreta

Francisco Urondo

David Viñas

Ismael Viñas

Rodolfo Walsh

2

REVISTA

de problemas del tercer mundo

diciembre, 1968.

SUMARIO

- 3 EDITORIAL
- LO CLASICO Y LO ACTUAL
- 11 EN LA REVOLUCION VIETNAMITA
Vo Nguyen Giap y otros
- SINDICATOS 1968:
- 25 LOS LIMITES DEL REFORMISMO
José G. Vazeilles Ismael Viñas
- ACLARACIONES SOBRE REPETICIONES
- 61 ¿QUE ES EL INTELECTUAL?
Ismael Viñas
- 71 ¿URQUIZA TRAICIONO?
León Pommer
- ARMANDO DISCEPOLO:
- 79 GROTESCO, INMIGRACION Y FRACASO
David Viñas
- 83 POR QUE TERCER MUNDO
Consejo de Redacción
- 85 NUEVO MUNDO NUEVO
Consejo de Redacción
- 87 CLASE MEDIA: CUERPO Y DESTINO
Ricardo Piglia
- 95 CARRI: ERUDICION Y POPULISMO
Ovidio Palassoli

EDITORIAL

Podríamos decir : casi inesperadamente, es posible hacer una lectura literaria del Onganismo. Al nivel de los términos de las nomenclaturas en que se balancea - "nacionalismo", "liberalismo" - muestra el vacío de su visión del mundo. Tanto, como los lemas " blancos" y "colorados" del Uruguay. O como si aquí se prolongasen las opciones entre "unitarios" y "federales". En eso han ido a parar el "modernismo" y las apelaciones a la "racionalización" de las proclamas del 66: é n un arcaísmo hueco, que nada tiene que ver con la vida real del país.

Pero en el revés de la trama resulta progresivamente claro que e se vaivén es una táctica de sobrevivencia de las estructuras burguesas que tratan de cerrar el paso al cambio, fingiendo una suerte de superación de lo antiguo : -"Yo soy nacionalista y liberal al mismo tiempo", viene a decirnos el General Onganía, para seguirlo en sus últimas batallas : "En mi se condensan nacionalistas y liberales, viejos militares y viejos políticos". Dialéctica formal, sin capacidad de síntesis ni futuro. Dialéctica mutilada, que trata de frenar la dialéctica real.

Por cierto, ya se podía vislumbrar ese núcleo fundamental en el silencio que cultivaba como imagen el General antes de junio : esa esfinge que nos proponía pretendía estar preñada de verdades y soluciones. Su opacidad castrense debía ocultar su riqueza de ideas. Y no. Aquellos silencios y el actual hacia un lado - hacia el otro se correlacionan : antes era un juego político que permitía la trampa de la ambigüedad, en la que quien quisiera podía poner sus ilusiones. Ahora la materialización de una ideología que exige el quietismo más absoluto para imponer el orden de la opresión, y que identifica todo disenso, todo reclamo, toda asimetría, con el caos, con el comienzo de la revuelta y el final del sistema. Por eso, elocuentes silencios hacia los sindicatos y las cámaras patronales, hacia los partidos y hacia la Universidad, antes. Ahora, un ministro "nacionalista" por esta mano, un ministro "liberal" por la otra.

Materialización de una ideología : el General refleja a la clase que lo llevó al poder, su parálisis creciente, su fuerza nacida del mero peso inerte del grupo parasitario asociado a un parásito aún más gigantesco : el imperialismo, que sólo sobrevive matando el cuerpo social sobre el que vive, como un cáncer. No es sólo el General, sino el Organismo : un ministro de Economía que decide prohibir al Banco Central que siga publicando estadísticas para no aparecer desmentido cuando manipulea cifras, y que pronto deberá extender la prohibición a la propia Dirección General Estadísticas, pues la burocracia no tiene más remedio que contradecir sus fantasías. Fantasías. Nominalismo : nacionalistas de derecha que sólo tienen de nacionalistas el nombre, convertidos en guardianes del orden del imperialismo, en policías de los monopolios. Liberales que impulsan conjuntamente sus negocios y la monopolización del mercado, lejanos los tiempos en que podía hablarse de la libre competencia. "Soy un neo-liberal, un liberal moderno" dice a su vez el general Alsogaray al quejarse por haber sido despedido. Nacionalistas-liberales : neo-facismo colonial que no se anima a decir su nombre.

De ahí que aquellos que -desde cierta oposición- suponen todavía que ese balanceo de barca anclada implica el movimiento decisivo de nuestra historia y viven pendientes de él, se equivocan. No se trata sino de refracciones secundarias de un movimiento real que debe buscarse en otra parte : en el choque de clases, en la penetración monopolista que ahoga las fuerzas productivas internas, en el orden quieto que quiere imponer el imperialismo para buscar simultáneamente dos cosas inconciliables : super-explotación y sumisión, sobreganancias y seguridad. No es ésta la misma dialéctica que en el orbe capitalista habla de "inversiones para el desarrollo" y nos exporta, en vez de capitales, boinas verdes? No es la misma dialéctica que habla de "nueva frontera", "alianza para el progreso", "democracia occidental y cristiana", y barre con napalm el Viet Nam y arrasa aquí con zonas económicas enteras, inflando el ejército de los desocupados y los hambrientos?.

En su núcleo, quienes miran hacia ese arriba tratando de leer allí el destino caen en idealización, en mitología o, sin tanta benevolencia en tontera : Nos resolverán la cosa ; Se viene ; Los arcángeles ; El milagro. Como profetizaba un sociólogo académico : el bisbarckismo. Como proponía un seudomarxista : hay que esperar el día siguiente. La sacamos de arriba ; los ovnis. Y no. Y no. El ademán inverso, aquel que reivindicamos, implica el único realismo válido : la instalación de una decisión materialista : el trabajo ; la lucha. El trabajo. Pies en tierra. O se acepta una pasividad mediatizada al paternalismo, a una inercia que espera la iniciativa "desde arriba", o, por el contrario, nos asumimos como protagonistas, nos asumimos como protagonistas, como sujetos. Lo que significa estar junto a la clase obrera como único sujeto histórico del proceso.



Correlativamente, o se concluye incorporados al sistema (aun con supuestos de oposición), o se lo niega en un primer movimiento para, en un segundo, derribarlo. La clave de una oposición así, real, revolucionaria, radica en la parcialidad o en la totalidad de la negación. En la oposición parcial, arribista, que se presenta sin embargo como de izquierda, advertimos por lo menos cuatro actitudes: 1) la de la izquierda tradicional; 2) la de la llamada izquierda nacional; 3) la de grupos intelectuales "vanguardistas"; 4) los populistas.

Por encima de matices, el núcleo de la oposición parcializada reside en reconocer a "algo" del sistema la posibilidad de la iniciativa de cambio o de validez hacia el futuro: sectores progresistas, burguesía independiente, eficacia de los técnicos, ideologías.

Un componente que en otra coyuntura podría ser una táctica, se santifica y se eleva a categoría. Una mediación se ideologiza: "las ideas me tienen" y no las manejo.

No se agotan allí las oposiciones parciales. Porque al lado de esas oposiciones ideológicas minoritarias perduran aun con fuerza de masas el democratismo pequeño burgués y el populismo en la clase obrera. En ambos casos, el rechazo de los monopolios y el nacionalismo de que nacieron se ha ido desgastando, y sin radicalización, sin una fuerza que plantee la cuestión del poder para el proletariado y ten se la oposición hasta sus últimas instancias, el problema nacional no aparecerá en pie como un hecho definitivo.

Repetimos. Nuestra negación será totalizadora o terminará como justificación de variantes del oportunismo. O se plantea la cuestión del poder o todo se va disolviendo en episodios intermedios. Y cuando se habla de cambios de estructura se adopta una estética global, o se encalla en la filosofía de los recauchutajes.

Si a nivel cultural publicamos esta revista o hemos denunciado al BID, la supuesta ambigüedad de Mundo Nuevo, la estólida abdicación de Cabrera Infante (mientras otros, con métodos similares, impugnaban el premio Bracque), de manera alguna creemos que la negatividad se agota ahí. Por el contrario: la acción en esta zona sólo cobra sentido pleno recobrándose en la radicalización de fondo, que exige la actuación en todos los terrenos, tanto encabalgándose en los canales estatuidos, aprovechándolos y desbordándolos, como saliéndose totalmente de ellos.

De estos actos ya se va desprendiendo un fecundo corolario: en lugar del proceso de cariocinesis permanente que venía marcando a la nueva izquierda, se aboceta la posibilidad de una concentración paulatina de fuerzas. Es que sin el pasaje a los actos concretos, la crítica se perfilaba hacia adentro corroyéndonos las entrañas en lugar de proyectar hacia afuera su función disolvente. Lo específicamente cultural deviene acción, y ayuda a progresar en el mismo sentido otros esfuerzos.

Claro está, no se nos escapan los límites, ni de esta tarea ni de las restantes : son pasos. Y en este campo particular de la cultura, la utilización incluso de armas que se apoyan en la privilegiada deformación resultante de la división del trabajo impuesta por la cultura burguesa : utilización invertida de la tolerancia por el intelectual (por el "excelente estilo" del escritor, la gigantesca y refinada oreja del músico, la ajedrecística memoria del matemático).

Momentos, coyunturas, acentuaciones, tácticas. Ni sacralizar, ni ideologizar.

Establecimiento de prioridades, dentro de una perspectiva totalizadora. En este momento del proceso, acentuación de lo nacional, lo que de ninguna manera significará que en esa instancia se agota el circuito histórico, sino prioridad en relación directa a nuestra capacidad y a nuestras necesidades. Desgajar lo nacional de la totalidad implicaría, por lo menos, un folclorismo político. Pero la deformación inversa sería el universalismo abstracto, tan trajinado antes por especialistas en París o en Moscú, y que no cambia su esencia porque cambie de centro de atracción. Ese internacionalismo que nada sabe de la comarca donde apoya los pies, bien diferente del universalismo concreto que aprende a pasar los magnos modelos por su propia experiencia. Lo nacional, América Latina, el Tercer Mundo. Prioridades que sólo recuperan su verdadera fisonomía renviéndolas nuevamente, en ese vaivén continuo, riguroso - a una dimensión totalizadora.

Correlativamente, y en función del entrecruzamiento de las coordenadas de operatividad y mediación, surge el problema de los modelos : los universales -desde arriba- referenciales ; pero desde aquí, desde el abajo y la cotidianeidad, hipotéticos para poderlos elaborar en función de nosotros. O, lo que viene a ser lo mismo: o nos trepamos al furgón del más consabido seguidismo o nos decidimos a instaurar nuestra propia invención.

Y nuevamente la perspectiva global. Y siempre la totalidad revolucionaria : nuestra alternativa se enfrenta a las experiencias de trocha media (ya se trate de Indonesia o Egipto) o a la más ardua y legítima apelación a esas bases donde puede verificarse la totalidad material, como en Viet Nam. Es decir, que apostamos, seguimos apostando a las defectuosas revoluciones de dirección o nos jugamos a las únicas capaces de profundizarse por su dirección proletaria.

He aquí, tres aspectos :

1) En función de esa perspectiva global (que no ideologiza ningún momento y que tiene como referencia el rol totalizador del proletariado) especialmente subrayamos nuestras diferencias con una divulgada interpretación político-histórica que implica un sustancialismo fundamental, verdadera versión esclerosada y maniquea, donde los chivos emisarios y los fiscales inobjectables son interpretados en sus situaciones como destinos. Si en algún viejo dirigente de la izquierda

tradicional se deposita y reside todo el mal, el fiscal, cuya profesión es impugnarlo, resplandece de angelismo. Confusión lamentable. Más bien, nosotros entendemos que ha llegado la coyuntura de rescatar el pasado utilizable en la trayectoria histórica de la izquierda tradicional (ya sea en los viejos anarquistas, primeros en reivindicar el Martín Fierro o en asumir la táctica de la acción directa; en figuras escamoteadas del socialismo como Mario Bravo o del Valle Iberlucea que esbozaron la positividad de lo nacional como referencia concreta o por sus arrojadas actitudes de denuncia; o en los militantes de base del PC. donde por muchos años dieron cabales muestras de una abnegada y silenciosa acción). No y sí debe ser, por lo tanto, una actitud crítica coherente; señalamiento riguroso de las discrepancias pero también rescate de la positividad de una larga faena que ni podemos soslayar ni permitir que se disuelva en una vaga zona de insignificación. No y sí, sin complicaciones ni terrorismos.

De ese punto inferimos cuál ha de ser nuestra actitud frente al radicalismo histórico y a la acción del peronismo: valorar y exaltar sus más auténticos componentes nacionales y antimperialistas, pero sin olvidar sus carencias y sus límites en tanto movimientos burgueses o movimientos proletarios que han desbordado la dirección burguesa sólo espontáneamente y que van gestando núcleos revolucionarios.

Y complementariamente: basta ya de mitologías que esclerocen los roles ni de la tajante división interior-capital (alma - cuerpo, al fin de cuentas, en aquel teologismo enmascarado de historiografía) referido abstractamente al impacto inmigratorio del siglo XIX. Y mucho menos criollismo-gringuismo (como lo naturalmente valioso opuesto a lo pecaminosamente adventicio en esa misma versión).

2) De manera consecuente con la reivindicación del marxismo revolucionario impugnaremos el relajamiento instaurado por ambiguas "liberalizaciones", pero con la convicción de que reemplazar una moral relajada por una rígida moral modelada en el pasado, poco aporta a un proceso de síntesis creadora y de avance en profundidad y rigor.

Advirtiendo a continuación cuáles son los límites de un marxismo que puede cristalizar en marxología por incapacidad para adecuar y verificar la teoría en la práctica y por insaciable y abstracta cabalgata detrás de la última novedad bibliográfica llegada de los países centrales. Libros qué duda: sí; pero no bibliografismo.

Y para tratar de involucrar los flecos que se inducen de este fenómeno: ese marxologismo local implica tres deformaciones consiguientes: la trivialización (como marxismo catequístico) el vanguardismo (que llega a impregnar y hasta pretende justificar ciertas publicaciones que se santifican "viviendo al día") y el traduccionismo que -para no abundar- desde Rivadavia hasta el mecanicismo traslatorio de los discípulos locales de Maurras, ha desembocado en

infinitos errores por traspasos rígidos y por embotamiento de la propia autonomía y de la capacidad creadora.

3) La reivindicación de la violencia. Como el único paso definitivo que plantea la cuestión capital: la destrucción de este sistema y el paso a otro. La cuestión de quien tiene el poder: si los explotadores incapaces de construir una sociedad diferente. O los explotados, necesitados de construir esa sociedad diferente, impelidos por lo que son a construir una sociedad sin explotación. No habrá ese paso sin violencia, sin lucha armada. El llamado "tránsito pacífico" no es más que un ensueño filisteo.

Pero dijimos: no ideologizar los medios. La violencia lo es. Y si la instauráramos como ideología total seríamos, por lo menos, soreliamente facistas. Sólo apelamos a ella porque la violencia está ya instaurada en el mundo en que vivimos, en el país en que vivimos. Y para un cambio real, total de las estructuras se nos aparece necesariamente marcando el umbral del pasaje y del salto cualitativo. Repetimos: la violencia está ahí; nos circunda e impregna; es un dato más de lo práctico-inerte; el ingrediente que brota como catalización y emergencia de lo inerte. Por eso lo asumimos: porque sabemos que de ser sí la estructura no resuelve sus contradicciones, no segrega sus mutaciones ni desborda sus precios límites. En ese umbral es donde se hace indispensable la presencia del sujeto significativo de la historia. Que es el hombre. El hombre que se asume como revolucionario, por su elección, incorporándose a la clase revolucionaria.

Y he aquí dos fechas que, argentinos y latinoamericanos, no podemos dejar de recordar: el 8 de Octubre, aniversario de la muerte de Ernesto Guevara, y el 17 de Octubre, a veintitrés años del día en que la clase obrera salió a la calle a defender su esperanza en una patria mejor y propia.

El proletariado de 1945 era nuevo, carecía de conciencia de sus propios fines, aceptaba entusiastamente el liderazgo de una conducción burguesa nacionalista. Pero tuvo razón frente a la débil teorización de una izquierda que había olvidado (u olvidó) la dialéctica de la lucha de clases y de la lucha antimperialista, que no comprendía y había olvidado todo lo dicho por el marxismo sobre la cuestión nacional en los países oprimidos. Perdido el vigor nacionalista de nuestra burguesía independiente, esa clase obrera, derrotada una y otra vez en los últimos trece años, ha ido perdiendo su fe en las viejas banderas: todo esto significa la apertura de un nuevo momento dialéctico en nuestra historia nacional, dibujado en su primer paso negativo, pero que aun no ha entrado en la faz superior de la lucha revolucionaria.

Esa faz fue abierta, en el ámbito latinoamericano, por el paso de la revolución democrático-burguesa cubana al socialismo. Como toda revolución socialista nacida en el combate y desde la entrada de un pueblo (como la rusa de 1917; como la china y la vietnamita) la revolución cubana volvió a recordar verdades elementales: la posibilidad

de vencer al capitalismo y al imperialismo : la necesidad de que, para lograrlo, el pueblo armado derrote a los opresores ; la necesidad para la revolución de poner en pie una nueva moral: de renunciamiento, de despojamiento de la blandura, de rechazo de la costumbre de consumo, que la burguesía deposita en nosotros. Guevara, con su renuncia a ocupar incluso un lugar como dirigente de un país socialista, reiteró esa lección y la multiplicó, precisamente por el lugar que ocupaba. Nosotros discrepamos con el gobierno cubano y con Guevara en particular en cuanto a la teoría estratégica (formulada después de la revolución) que identifica la lucha armada con la guerrilla y en especial con el foco. Pero reivindicamos todo lo demás como una necesidad vital de nuestras revoluciones. Esa es la grandeza de Ernesto Guevara: "El que vivo enseñó, difunto mueve".



LO CLASICO Y LO ACTUAL EN LA REVOLUCION VIETNAMITA

Consejo de Redacción

La publicación de textos vietnamitas no tiene para nosotros carácter de homenaje, sino un objetivo más preciso : mostrar, a través de los textos mismos sus opiniones sobre los temas claves de la lucha revolucionaria. La necesidad ineludible de la lucha armada para la conquista del poder ; la necesidad de la organización y de la lucha política como condiciones de la lucha armada ; el papel de la clase obrera como dirigente de la revolución ; el papel de las alianzas con otras clases.

Quiere decir que publicamos estos textos con claro carácter polémico. Polémica contra el desviacionismo pacifista que cree posible la revolución por vías reformistas y graduales, electoralistas y parlamentarias. Polémica contra el populismo que no cree necesaria la independencia ideológica, política y organizativa de la clase obrera como condición para que el proletariado libere eficazmente su lucha y tome el poder para construir desde él la sociedad comunista. Se trata de dos desviaciones que en nuestro país tienen hoy vigencia clara y a las que es necesario derrotar tanto en los hechos como en el terreno teórico.

Pero a la vez la publicación de estos textos significa tomar partido en la polémica que existe también en el campo de quienes sostenemos la imprescindible necesidad de la lucha armada. Hay al respecto una gran confusión, que es necesario aclarar : gran parte de quienes adhieren a la vía armada no distinguen entre la violencia ligada a las masas y la violencia desatada sin esa ligazón. De hecho, se ha olvidado que existen tres modelos o propuestas para la vía armada : la insurrección general, centrada en las grandes ciudades, según el modelo de 1870 y de la revolución rusa de 1905-1917 ; la guerra revolucionaria dirigida por el proletariado urbano, pero desarrollada fundamentalmente en el campo que "cerca a la ciudad", según el modelo chino y vietnamita ; el "alzamiento" de un grupo de revolucionarios que esperan provocar, a partir de su enfrentamiento aislado y definitivo con

tra el sistema el apoyo de las masas populares, según el modelo de Blanqui y de las guerrillas "foquistas" inspiradas por Cuba, tal como se llevó adelante en Salta en 1964 y últimamente en Bolivia. Los dos primeros exigen la creación de una organización política que se constituye en partido de la clase obrera durante el desarrollo de la lucha, lo que implica la necesidad de la propaganda y la agitación de las masas, basadas a su vez en la lucha política por reivindicaciones económicas de la clase obrera y de los demás sectores oprimidos, por las libertades políticas democráticas, por la liberación de la nación en los países dependientes. Entiende que la acción militar es una consecuencia de la acción política y se subordina a la misma. El tercer método confía casi exclusivamente en la acción armada misma, coloca en lugar dependiente y secundario la propaganda y la agitación de masas, considera que la acción política debe subordinarse a la acción militar. Para esta vía, la guerrilla genera una estrategia, es una estrategia. Para las dos primeras, la guerrilla sólo es uno de los métodos militares.

Como se ve, al publicar los textos vietnamitas no sólo tendemos a aclarar lo que ellos han teorizado respecto de su propia guerra revolucionaria, inscripta en la segunda vía, sino que tomamos partido en la polémica en el sentido siguiente : creemos que el camino de la revolución socialista hacia la toma del poder sólo puede recorrerse por uno de los dos primeros caminos y que el tercero lleva inevitablemente al fracaso. Es más, contra su propia teorización posterior, entendemos que la revolución cubana no se realizó por la vía que hoy propone, la del foco, sino por la lucha armada basada en la guerrilla y en la guerra campesina durante su faz burguesa (la que llevó de Sierra Maestra a La Habana) y por un golpe de Estado incruento una vez derrotado Batista en el momento de girar desde una revolución democrática burguesa al socialismo. Esto, sin duda, exigirá de nosotros nuevos y mucho más amplios desarrollos, pero por hoy, como en otras cosas, preferimos dejar abierta la polémica.

Desde luego, no publicamos los textos vietnamitas para fundar nuestra opinión en su autoridad, sino simplemente para que quede claro lo que esa revolución teoriza de sí misma. Ni pensamos, por consiguiente, que la revolución vietnamita constituya un modelo para nosotros, más allá de ciertos elementos fundamentales que surgen del marxismo y que, en ese sentido, equiparan entre sí el modelo ruso, el chino, el vietnamita, el coreano, y todo otro posible. En lo demás, siendo nuestro país tan diferente de Vietnam de 1968 como de la Rusia de 1917, entendemos que las opiniones de sus revolucionarios sólo sirven como acicate para reflexionar y ayudar a que fundemos nuestra propia revolución.

La línea política y las formas de la lucha revolucionaria.

La línea política es el problema básico, el más determinante para la revolución en general y para la guerra revolucionaria en particular. Cualquiera guerra está sujeta a una línea política determinada; sólo una línea política correcta puede servir de base para obtener éxito en las actividades militares.

La violencia revolucionaria tiene muchas formas: violencia política, violencia armada, violencia política coordinada con la armada. Basado en la absoluta supremacía política y oponiéndose a las intenciones enemigas de servirse de maniobras políticas y militares para reprimir la revolución nuestro pueblo del Sur utiliza la violencia política coordinada con la armada para resistir al enemigo. Se puede decir que uno de los rasgos sobresalientes de la guerra revolucionaria en el Sur, del carácter multilateral de la misma, reside en que se desarrollan paralelamente, en un proceso largo, las formas de lucha política y armada.

La lucha política juega un papel fundamental porque en la política reside nuestro punto fundamentalmente fuerte y el débil del enemigo... Las masas populares concientes de la revolución tienen una fuerza infinitamente grande y es factor determinante en la lucha revolucionaria... La lucha armada es una forma elevada de lucha revolucionaria y juega un papel fundamental e importante. Gracias al apoyo de la lucha armada se ha podido desplegar la potencia política de las masas. Como el enemigo utiliza la guerra contrarrevolucionaria para detener a los pueblos, si queremos vencerlo debemos, esencialmente, destruir al ejército del poder de los lacayos...

El ejército político de las masas comprende jóvenes, viejos, hombres y mujeres y tiene bases en todos los sitios, llanura, zona montañosa, el campo y las ciudades. Ese ejército político se levantó y fraccionó el poder del enemigo en comarcas y aldeas destruyó una serie de aldeas estratégicas, atrajo a miles de soldados enemigos a las filas del pueblo, luchó contra el arrendamiento, el arrojamiento de productos químicos tóxicos, la represión de sectas religiosas, el incendio de casas para evacuar a sus habitantes y exigió la garantía de la vida y los bienes, el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, la realización de la democracia, el castigo de los lacayos diemistas y la retirada de los imperialistas yanquis del sur de Vietnam. Ese ejército político luchó unas veces legalmente, otras ilegalmente.

El Partido

El Partido ha sabido mantener desde su fundación su dirección en el movimiento revolucionario popular, en la lucha armada y en la organización de las fuerzas armadas revolucionarias, en la lucha resuelta del pueblo contra el imperialismo y los feudales. Su dirección ha constituido la garantía esencial del triunfo de la lucha armada de nuestro pueblo. Un

camente nuestro Partido, símbolo de la voluntad revolucionaria consciente de la clase obrera, ha sido bastante audaz para dirigir al pueblo e impulsarle a alzarse contra los colonialistas franceses y los fascistas y emprender, al principio sólo con cañas de bambú, una larga guerra de resistencia, realizando prodigios de heroísmo. Porque sólo nuestro Partido, armado con una teoría desbordante de vitalidad como el marxismo-leninismo, ha sido capaz de decidir una línea política y una línea militar justas, adaptadas a las condiciones concretas de nuestro país, para llevar la lucha armada de nuestro pueblo a la victoria. Esta línea política es la de la revolución nacional democrática popular en marcha hacia el socialismo. Esta línea militar es la de la guerra popular y la del Ejército Popular.

Las leyes de la lucha armada en Vietnam

La lucha armada revolucionaria está sometida a leyes fundamentales generales. Pero tiene en cada país particularidades y leyes propias. Rusia era una potencia imperialista en la que la economía capitalista había alcanzado ya cierto grado de desarrollo. La Revolución de Octubre fue una insurrección de la clase obrera y de los trabajadores de las ciudades que derribó el capitalismo e instauró el poder soviético de los obreros y campesinos. La guerra revolucionaria que siguió fue a la vez una guerra civil llevada a cabo por los trabajadores de la Unión Soviética contra los guardias blancos de la burguesía y de los terratenientes reaccionarios, y una guerra por la defensa de la patria frente a la intervención de una coalición de catorce países capitalistas... La China de ayer era un país semicolonial y semifeudal inmensamente grande, superando extraordinariamente a todos los países desde el punto de vista demográfico, pero con una economía agrícola muy atrasada. Durante un largo período, la lucha armada fue allí una guerra civil vigorosa que enfrentaba el pueblo con los medios feudales y burgueses importadores ligados al imperialismo, y durante la resistencia una enérgica guerra revolucionaria contra los agresores imperialistas. Esta lucha armada revolucionaria la realización de los objetivos políticos de la revolución nacional democrática y debía abrir a la revolución china el acceso al socialismo. El Vietnam de ayer era un país colonial y semifeudal, pequeño y poco poblado, de economía agrícola en extremo atrasada. La lucha armada adoptó respectivamente las formas de la insurrección y de la guerra de vigorosa resistencia, realizadas por todo el pueblo contra el imperialismo y los elementos feudales reaccionarios a fin de realizar los objetivos políticos de la revolución nacional democrática como en China - la independencia de la nación, la entrega de la tierra a los que la trabajan y preparar las condiciones para el paso de la revolución vietnamita a la etapa del socialismo. Naturalmente, la lucha armada revolucionaria en Vietnam refleja las leyes de la lucha armada revolucionaria en general aunque con particularidades y leyes propias. El éxito de nuestro Partido en la dirección de

ta lucha armada y en la creación de las fuerzas armadas revolucionarias es un éxito del marxismo-leninismo. Es la aplicación certera y creadora de los principios marxista-leninistas a las guerras revolucionarias y a las fuerzas armadas revolucionarias en las condiciones concretas de un país colonial y semifeudal, pequeño y débil, que ha tenido que luchar contra un enemigo poderoso durante un tiempo bastante largo y bajo el cerco del imperialismo.

Carácter y estrategia de la revolución

...actualmente en el sur existen dos contradicciones fundamentales, la primera, entre el pueblo del sur y los imperialistas agresores, ante todo los imperialistas yanquis y sus lacayos, la segunda, entre el pueblo, ante todo el campesinado y la clase latifundista. Estas contradicciones deciden el carácter de la revolución -que es una revolución nacional democrática-, las tareas estratégicas de la revolución -que consisten en la necesidad de derrotar al imperialismo, lograr la independencia nacional y al mismo tiempo derrumbar la clase latifundista feudal e implantar la democracia popular.

Habitualmente, en el proceso de cualquier movimiento revolucionario, cuando las fuerzas revolucionarias están todavía relativamente débiles mientras que la clase dominante ocupa una posición relativamente estable y que la fase de la revolución directa no ha llegado aun, la lucha política se concibe como forma esencial de lucha de las masas para defender y conquistar sus derechos legítimos, unir a las capas revolucionarias y entrenarlas, preparándolas para el derrocamiento de régimen opresor. Pero, en las condiciones de auge del movimiento revolucionario, cuando las posiciones de la clase dominante han sido quebrantadas, lo que no permite seguir utilizando los métodos "relativamente pacíficos" para mantener la opresión, sino que al contrario la obliga a recurrir a la violencia como medio esencial para reprimir a las masas y exterminar a los combatientes revolucionarios, entonces las masas tienen también que responder a la violencia contrarrevolucionaria con la violencia revolucionaria; utilizar la violencia armada de las masas sustituye a la lucha política como forma esencial, mientras que la lucha política vuelve a ser secundaria o auxiliar.

En una guerra, la situación que hemos evocado aparece aun más claramente, ya que la guerra no es nada más que la continuación de la lucha política por otros medios: los medios militares. Hablar de guerra es hablar de la lucha armada como forma de lucha esencial, determinante, universal-La guerra de resistencia de nuestro pueblo contra el imperialismo francés ha ilustrado plenamente esta verdad.

En los últimos cuatro años, mientras considera a la lucha armada como forma de lucha decisiva, el pueblo sudvietnamita, bajo la dirección del Frente Nacional de Liberación, considera también a la lucha política como forma de lucha decisiva. Si la lucha armada tiende a mermar y a a

niquilar las fuerzas enemigas, la lucha política ataca también al enemigo, destruyendo su moral y desbaratando sus filas. Más se desarrolla la lucha política, más fuerza coge la lucha armada del pueblo, e inversamente; ambas formas de lucha se apoyan, se completan y se combinan estrechamente en cada combate, en cada campaña, hasta en toda la guerra revolucionaria. La lucha armada tiene a las fuerzas armadas como núcleo; la lucha política por su parte tiene también sus fuerzas políticas básicas.

La resistencia prolongada

La guerra liberadora de nuestro pueblo del sur es larga y dura, es una guerra en la que debemos apoyarnos sobre nuestros propios esfuerzos y de la que seguramente saldremos vencedores.

Debe ser larga y dura porque al principio, pese a nuestra gran fuerza política y a la debilidad enemiga en este aspecto, tenemos puntos débiles materialmente... Siguiendo una acertada dirección de lucha podemos cambiar la correlación de fuerzas, convertir nuestra debilidad en fortaleza, y la fortaleza enemiga en debilidad. Debemos estar suficientemente preparados ideológicamente y organizativamente para una larga resistencia en difíciles y duras condiciones porque el enemigo de nuestro país y pueblo -los imperialistas y sus lacayos- es sumamente cruel y obstinado porque para ellos el sur de nuestro país ocupa una importante posición estratégica y sólo las crecientes fuerzas del pueblo los obligarán a retroceder.

...Sólo una guerra prolongada podría permitirnos utilizar al máximo nuestras ventajas políticas, superar nuestra inferioridad material, para salir de nuestra debilidad inicial y llegar a ser fuertes. Preservar y aumentar nuestras fuerzas, tal fue nuestro principio, limitándonos a atacar cuando la victoria era cierta y negándonos a librar batallas que pudiesen causarnos pérdidas, prohibiéndonos toda acción aventurera; era preciso que aplicáramos imperativamente la consigna: fortalecemos combatiendo sin cesar.

Esta estrategia y la consigna de resistencia prolongada, fueron decididas por el Partido Comunista Indochino desde los primeros días de la guerra de liberación. En este espíritu, el Ejército Popular de Vietnam, después de haber librado feroces combates de calle en las grandes ciudades, por propia iniciativa se repliega estratégicamente hacia el campo para mantener allí sus bases y preservar sus fuerzas vitales.

La guerra revolucionaria prolongada debía constar de diferentes etapas; la etapa defensiva, la de equilibrio de fuerzas y finalmente la de la contraofensiva. La realidad viva era evidentemente más compleja. Se necesitaron varios años de una guerra de guerrillas cada vez más intensa y generalizada para lograr el equilibrio de las fuerzas y desarrollar nuestro potencial de guerra. Cuando las condiciones interiores y exteriores lo permitieron, pasamos a la contraofensiva, primero con una serie de ope-

raciones locales y luego con otras de más envergadura que debían conducir a la victoria decisiva de Dien Bien Phu.

Al comienzo, estando la correlación de fuerzas en favor del enemigo, adoptamos una estrategia defensiva y el enemigo, una estrategia ofensiva. El enemigo se apodera de ciertas ciudades y principales vías de comunicación, regiones costeras y algunas partes de la llanura. Tras haber realizado una resistencia enconada en las ciudades conteniendo y bloqueando allí durante cierto tiempo al enemigo, nuestras tropas se repliegan para preservar sus fuerzas y, en ciertas oportunidades propicias, atraen al enemigo a nuestra retaguardia para atacarlo.

De las guerrillas a la guerra regular

Para ganar la guerra de resistencia no bastaba una estrategia justa: se necesitaba también una línea de operaciones apropiada, condición imprescindible para la aplicación victoriosa de la línea estratégica. Considerada en su conjunto nuestra resistencia ha sido una guerra de guerrillas que se ha transformado gradualmente en una guerra regular pasando gradualmente de la guerrilla a la guerra de movimiento, combinada parcialmente con la guerra de posiciones. En lo esencial, jamás nos apartamos de esta ley, lo que nos ha permitido triunfar: esto no significa que tuviésemos esta comprensión desde el principio; hemos llegado a ello después de un largo proceso de pruebas y experiencias logradas en la realidad de los combates.

En el curso de la última resistencia la guerrilla ha jugado un papel estratégico especialmente importante. Es la forma de lucha de las masas populares, de un pueblo de un país débil, mal equipado, pero resuelto a alzarse contra un ejército agresivo poseedor de un equipo y una técnica superiores. Es una forma de lucha propia de la guerra revolucionaria que se apoya en la moral y el heroísmo para vencer a las armas modernas: evitar al enemigo cuando es fuerte, atacarlo cuando es débil; dispersarse o reagruparse, librar combates de desgaste o de aniquilamiento según los casos; atacar al enemigo en todas partes a fin de que en todas partes se encontrase sumergido en un mar de hombres armados hostiles, minar su moral y desgastar sus fuerzas. Al margen de pequeños grupos encargados de hostigar al enemigo, es necesario reagrupar, en condiciones apropiadas, efectivos más importantes para tener una superioridad operacional en un punto dado y durante un tiempo dado con el fin de aniquilar al adversario. Como la acumulación de ráfagas de viento forma la tempestad, la acumulación de triunfos obtenidos en pequeños combates desgasta gradualmente las fuerzas vivas del enemigo mientras alimenta gradualmente nuestro potencial. Es necesario plantearse el aniquilamiento de las fuerzas vivas del enemigo como objetivo principal del combate y jamás, para la defensa o la ocupación de un territorio, desgastar las nuestras. Todo ello creará las condiciones que deben permitir finalmente aniquilar totalmente al enemigo y liberar el territorio.

A diferencia de otros numerosos países que hicieron guerras revolucionarias, Vietnam, en los primeros años de su lucha, no presentó ni podía presentar batalla abierta: tuvo que limitarse a las guerrillas. A costa de mil dificultades y de innumerables sacrificios, estas guerrillas fueron desarrollándose progresivamente para terminar adoptando la forma de guerra de movimiento que adquiría cada vez mayor envergadura y que, mientras conservaba características de lucha guerrillera, realizaba campañas en regla con un número cada vez mayor de ataques a posiciones fortificadas. Partiendo de pequeñas acciones con efectivos de una sección o una compañía para aniquilar a algunos hombres o un grupo enemigo, nuestro ejército pasó después a combates más importantes con un batallón o un regimiento para destrozar una o varias compañías enemigas; finalmente emprendió campañas cada vez mayores, hasta llegar a Dien Bien Phu, donde el Cuerpo Expedicionario Francés perdió 16 000 hombres de sus unidades más selectas. Este proceso de desarrollo permitió a nuestro ejército marchar finalmente hacia la victoria.

Guerra popular, guerra prolongada, lucha guerrillera que adquiere poco a poco proporciones de una guerra de movimiento, tales son las enseñanzas más preciosas de la guerra de liberación de Vietnam.

Desde el punto de vista estratégico, aunque la guerrilla impone numerosas dificultades al adversario y le inflige serias pérdidas, sólo puede desgastarle. Para poder aniquilar importantes fuerzas vivas enemigas y liberar el territorio, debe transformarse progresivamente en guerra de movimiento.

...La guerra de movimiento es la forma de combatir las tropas regulares: concentrar efectivos relativamente importantes, operar en un teatro bastante extenso, atacar al enemigo allí donde esté en cierta medida al descubierto para aniquilar sus fuerzas vivas, avanzar profundamente en la retaguardia enemiga, replegarse rápidamente, ajustarse rigurosamente a la consigna "dinamismo, iniciativa, movilidad, decisión rápida ante situaciones nuevas".

En resumen, nuestra guerra de resistencia prolongada se desarrollará en los tres grandes pasos siguientes:

- Primera etapa: estrategia defensiva, táctica ofensiva.
- Segunda etapa: estrategia de equilibrio de fuerzas (preparación para la contraofensiva), táctica ofensiva.
- Tercera etapa: estrategia y táctica ofensivas.

... ¿habrá que esperar hasta que llegue la contraofensiva general para adoptar la táctica de aniquilamiento? No, de ninguna manera. Desde

Las etapas de la guerra

las dos primeras etapas de la guerra (etapa defensiva y etapa de equilibrio de fuerzas) ya tenemos que librar combates de aniquilamiento de partes de las fuerzas enemigas con el objetivo de causarles el mayor desgaste posible, apoderarnos de sus armas y parque, etc., para equipar nuestras tropas. Esta es la manera más activa de avanzar hacia la contraofensiva general y el aniquilamiento completo de las fuerzas enemigas.

...En la retaguardia enemiga, con acciones coordinadas con las tropas regulares nuestros francotiradores y guerrilleros forzaban al enemigo a disgregar sus efectivos, lo desgastaban, y lo inmovilizaban en lugares determinados para permitir a nuestras tropas regulares muy móviles acudir para aniquilarlo ; habían hecho de la retaguardia enemiga nuestras líneas avanzadas y creado así bases guerrilleras que servían de trampolín a las ofensivas de nuestras tropas regulares en la zona ocupada ; protegían nuestro potencial humano y material y atendían a la vez a la producción y a la resistencia, haciendo fracasar el plan enemigo de hacer la guerra por la guerra y que los vietnamitas combatiesen contra los vietnamitas. En las regiones liberadas, francotiradores y guerrilleros realizaban con efectividad la resistencia y la lucha contra los espías ; servían de firme apoyo al poder y al Partido en su región y al mismo tiempo de elementos de choque en la producción, el aprovisionamiento y los transportes... A través del combate, el trabajo y la educación, las formaciones de francotiradores y guerrilleros llegaron a ser una inagotable e inestimable base para el desarrollo y la organización de tropas regulares dando al ejército popular combatientes y cuadros aguerridos y políticamente muy forjados ...

Las bases y la retaguardia

El problema de las bases y de la retaguardia ha sido planteado desde el comienzo de las hostilidades y a todo lo largo de la resistencia nuestro partido ha considerado extremadamente importante el mantenimiento de las bases y la consolidación de la retaguardia.

...La edificación política, económica y cultural en las zonas liberadas se ha convertido en un trabajo importante y juega un papel cada día mayor en la guerra de liberación del Sur... No solamente son firmes bases de la guerra de guerrillas sino también se edifica en ellas una vida nueva y un régimen nuevo, antagónico al oscuro espectáculo de sofocante opresión de las zonas ocupadas por el enemigo.

Base de resistencia- Una base es una región de relativa seguridad donde podemos instalar nuestros organismos de dirección, instruir tropas regulares, formar cuadros, fabricar armas y municiones, atender heridos, etc.,

.....
Las condiciones requeridas para el establecimiento de una base de apoyo son las siguientes :

- a) Una población entregada a la resistencia y dispuesta a prestar ayuda en todos los aspectos a las tropas.
- b) Un contingente de tropas regulares dispuesto a dar hasta su vida para detener al enemigo, preservar la base y defender los organismos de dirección y al pueblo.
- c) Una producción de alimentos que pueda asegurar hasta cierta medida el autoabastecimiento.
- d) Un terreno accidentado, de difícil acceso y de fácil defensa.

Entre estas condiciones las dos primeras, -buenas masas populares y existencia de un contingente de tropas regulares- son las más importantes.

Desde el establecimiento de una base tenemos que pensar en cuando tengamos que irnos, y mientras la defendemos hay que pensar ya en cuando tengamos que abandonarla...

Al escoger una región cualquiera para establecer allí una base, es preciso reunir a todos los cuadros militares, políticos y administrativos de esta región para discutir el plan de establecimiento y defensa de la base. Se plantean ciertos problemas que requieren ser solucionados desde el principio mismo :

I-En lo que concierne al trabajo de masas : desarrollar y consolidar las organizaciones de masas (preparar los grupos clandestinos) formar los cuadros locales para mantener y dirigir las organizaciones de masas en la comarca.

II-En lo militar, organizar ampliamente las milicias populares y armar al pueblo entero, dar una instrucción militar a todos los jóvenes de ambos sexos ; disponer las tropas regulares, y concentrar un poderío de fuego en la medida necesaria para detener el avance del enemigo y aniquilarlo cuando se adentre en la base ; camuflar los objetivos y tomar las precauciones contra los bombardeos aéreos.

III-En el terreno social, impulsar la producción según un plan trazado de antemano ; organizar el abastecimiento, mejorar las condiciones de vida del pueblo.

IV-En cuanto a la seguridad, liquidar a los traidores, limitar y controlar la entrada y salida, bloquear las informaciones.

El papel del Ejército

La guerra de liberación del pueblo vietnamita ha triunfado porque tenemos una fuerza armada revolucionaria del pueblo, el valiente Ejército Popular de Vietnam. Forjado en la línea política del Partido, ese ejército es

taba animado por una combatividad a toda prueba, llevó a cabo un perseverante trabajo político entre sus hombres y aplicó una estrategia y una táctica de guerra popular. Habíase desarrollado partiendo de cero, contando en sus filas los elementos de vanguardia de los trabajadores, los campesinos y los intelectuales revolucionarios, y había salido de las organizaciones políticas de las masas populares. Nacido del pueblo, ha combatido por el pueblo. Es un ejército dirigido por el Partido de la clase obrera.

El Ejército Popular es el instrumento del Partido y del estado revolucionario para la realización, bajo forma armada, de las tareas de la revolución. La profunda conciencia de los objetivos del Partido, la fidelidad sin límites a la causa de la nación y de la clase obrera y el espíritu de sacrificio sin reservas son para el ejército cuestiones fundamentales, cuestiones de principio. Por ello el trabajo político en sus filas reviste una importancia primordial. El trabajo político es el alma del ejército.

Por su naturaleza de clase, desde su creación, nuestro ejército ha estado siempre profundamente entregado a la causa revolucionaria del Partido y del pueblo. Las tareas revolucionarias del Partido y del pueblo son también sus objetivos de lucha. Decidir una línea revolucionaria justa, decidir tareas revolucionarias justas, es una cuestión de importancia decisiva para la dirección de la organización de las fuerzas armadas.

Partido , Ejército y Pueblo

La dirección del Partido es la clave que garantiza al Ejército las condiciones que le permitirán mantener su carácter de clase y realizar su tarea revolucionaria. Para el ejército es fundamental. Debe realizarse en el terreno político ; llevar la línea y la política del Partido al ejército a fin de hacer de éste el instrumento fiel del Partido en la realización de las tareas revolucionarias. Debe realizarse en el plano ideológico : inculcar al ejército la ideología de la clase obrera, el marxismo-leninismo, hacer de la ideología marxista-leninista la guía de nuestro ejército en todas sus acciones y su único pensamiento directriz. Debe realizarse también en el terreno organizativo : introducir el concepto de clase del Partido tanto en la organización del Partido como en el trabajo de cuadros en el ejército. Únicamente así podrá conservar éste su carácter auténticamente popular, mantenerse dispuesto a cumplir sus tareas revolucionarias en todas las circunstancias y por ello engrandecerse cada día más y marchar siempre hacia nuevas victorias.

Si la guerra de liberación del pueblo vietnamita ha sido coronada por una gran victoria ha sido gracias a los factores que acabamos de enumerar pero ante todo porque fue organizada y dirigida por el Partido de la clase obrera : el Partido Comunista Indochino hoy convertido en Partido de los Trabajadores de Vietnam. Fue éste el que, a la luz del marxismo-leninismo, procedió a un análisis certero de la sociedad vietnamita y de la co

relación de fuerzas entre el enemigo y nosotros, para definir las tareas fundamentales de la revolución nacional democrática popular y decidir el comienzo de la lucha armada y la línea general de la guerra de liberación: la resistencia prolongada, la libertad por el propio esfuerzo, resolvió certeramente los diversos problemas por la organización y dirección de un Ejército popular, de un poder popular, de un Frente Nacional Unido...

Siendo nuestro ejército un ejército revolucionario popular que combate bajo la dirección del Partido, sus intereses están en perfecta armonía con los del pueblo. Tenemos que velar por reforzar la unidad y la cohesión entre el ejército y el pueblo. El ejército y el pueblo tienen un mismo corazón, el pueblo es al ejército lo que el agua a los peces. Nuestro ejército no sirve otros intereses que los del pueblo, del pueblo trabajador, de las masas obreras y campesinas.

...El combatiente vietnamita ha observado cuidadosamente el punto nueve de su Juramento de Honor: "En los contactos con el pueblo ajustarse a las tres recomendaciones:

- Respetar al pueblo-
- Ayudar al pueblo-
- Defender al pueblo-

Tratando de la insurrección, V. Lenin señalaba que "la insurrección debe apoyarse en el impulso revolucionario de las masas" y no en "un complot". Y no porque se trate de la insurrección armada y de los preparativos de la insurrección debe omitirse el movimiento político de las masas, al contrario, sin un profundo movimiento político de las masas revolucionarias no se podría lograr una insurrección victoriosa. Por ello, para preparar bien la insurrección armada, el trabajo primordial y más importante es la propaganda entre las masas, la organización de éstas, "la ampliación y consolidación de las organizaciones de salvación" nacional. Sólo partiendo de sólidas organizaciones políticas era posible edificar sólidas organizaciones paramilitares, marchar hacia la creación de pequeños grupos de guerrilleros estrechamente ligados a las masas revolucionarias y capaces por ello de operar y desarrollarse.

...El Ejército Popular, junto a las divisiones y regimientos regulares, comprendía regimientos, batallones o compañías regionales. Y además de estas tropas regulares y regionales contaba con francotiradores y guerrilleros cuya organización cubría todo el país. Las tropas regulares tenían la misión de hacer la guerra de movimiento en un amplio teatro de opera-

ciones para aniquilar las fuerzas vitales del enemigo. Las tropas regionales la de operar en su región coordinadamente con las tropas regulares, los francotiradores y los guerrilleros. Estos últimos la de defender su aldea, participar en la producción y unirse a las tropas regulares y a las regionales tanto para preparar como para librar el combate. La existencia de estas tres formaciones armadas correspondía perfectamente a las aspiraciones del pueblo; contribuía por otra parte a elevar al máximo la potencia combativa del ejército y el pueblo y arrastrarlo en su totalidad a la guerra contra el enemigo.

La existencia de las tres formaciones armadas efectivamente ha mantenido la política de "todo el pueblo en armas", y constituye también la forma de organizar las fuerzas armadas de una guerra revolucionaria.

El pueblo constituye las reservas de las fuerzas armadas en general. Las milicias populares constituyen las reservas de las unidades guerrilleras locales y éstas a su vez forman las reservas de las fuerzas regulares; estas tres formas concuerdan enteramente con la ley del desarrollo de la guerra del pueblo y del ejército del pueblo: nace del pueblo, se desarrolla desde la nada para llegar a tenerlo todo, desde lo pequeño para llegar a ser grande, desde lo bajo para llegar a lo alto, desde lo débil para llegar a ser fuerte.

BIBLIOGRAFIA

- General Vo Nguyen Giap. VIETNAM LIBERADO. Guerra del pueblo, ejército del pueblo. Ed. Horizonte, Bs.As., 1965. Traducido de la edición francesa de Lenguas Extranjeras, Hanoi, 1961.
- Idem, EL PUEBLO DEL SUR DE VIETNAM VENCERA. Ediciones en lenguas extranjeras, Hanoi, 1965.
- Tru' o ' ng-Chinh. LA RESISTENCIA VENCERA. Ediciones en lenguas extranjeras, Hanoi, 1967.
- Misión del Frente Nacional de Liberación de Viet-Nam del Sur en Cuba. Problemas de la guerra revolucionaria en Viet-Nam del Sur. EL DESARROLLO PARALELO DE LA LUCHA POLITICA Y DE LA LUCHA ARMADA.



LOS LIMITES DEL REFORMISMO

SINDICATOS 1968:

José G. Vazeilles
Ismael Viñas

En el presente trabajo intentamos analizar la situación del movimiento obrero (y, por consiguiente, de la lucha de clases) en esta etapa de la vida nacional. Ello, fundamentalmente, se centra en la perspectiva sindical y política tal como se dan en forma masiva en las actuales circunstancias, y tiende a esbozar un programa de acción desde la perspectiva revolucionaria de la clase. Pero tal análisis, aún esquemático, exige apoyarse en referencias a la sociedad en su conjunto, pues la situación de la clase obrera no puede desvincularse de sus relaciones con las otras clases y con la situación global de la sociedad. Además, la coyuntura actual no puede comprenderse cabalmente sin referirse al pasado inmediato, cuyo peso en el comportamiento de nuestras clases sociales es indudable, a pesar de los cambios que han sacudido a nuestro país en los últimos quince años. De tal modo, hemos decidido publicar esta nota, por razones de espacio, en dos partes. En la segunda, al recapitular la situación actual, plantearemos dos problemas claves de la estrategia revolucionaria: el papel de la organización política del proletariado en la lucha por la liberación, y, especialmente, el de la acción con objetivos revolucionarios en el movimiento sindical, teniendo particularmente en cuenta las necesidades y posibilidades de la actual coyuntura.

CAMBIOS Y LIMITACIONES

El festejo del segundo aniversario del gobierno de Onganía consistió sobre todo, en un fastuoso despliegue de fuerzas represivas. Desde el punto de vista material la causa no parecía corresponderse con semejante respuesta: manifestaciones relativamente pequeñas, compuestas en su mayor parte por activistas políticos, estudiantiles y sindicales, fueron enfrentadas por miles de policías provistos de perros, movilizados a pie, a caballo, en carros de asalto, en helicópteros, desparados por calles y azoteas. Parecería que el gobierno teme que si abre las calles a algunos miles de militantes de la oposición, por esa puerta se lanzarán las masas populares.

La CGT de Paseo Colón, que convocó a las manifestaciones de protesta, no está en condiciones, por cierto, de romper semejante cerrojo. Tampoco la oposición política burguesa, que nuclea partes del peronismo, del radicalismo, de la democracia cristiana y algunos grupos menores; ni por cierto, aun en conjunto, las diversas tendencias y organizaciones de izquierda. Pero así, con esa fuerza relativa, tomaron en ese momento la iniciativa y, en esa coyuntura, colocaron al gobierno en la defensiva.

El hecho constituyó, desde luego, una escaramuza menor. Pero comparese con lo que sucedió a principios de 1967: entonces, tras presiones cuidadosamente dosificadas, el gobierno dejó que se proclamara y fracasara el "Plan de Acción" de la entonces CGT única, y luego lanzó una eficaz ofensiva contra los sectores más "recalcitrantes" del movimiento sindical, al mismo tiempo que aceleraba el operativo de la "participación" y el "diálogo", para atar a su carro al movimiento obrero.

Fue la "hora más gloriosa" de San Sebastián, elogiado sin reservas por la prensa burguesa: durante un año la política combinada de garrote y buenas palabras pareció que iba a poder desarrollarse indefinidamente y sin tropiezos en relación a nuestro movimiento obrero. Por otra parte, el movimiento estudiantil había sido quebrado en su capacidad de lucha; los dos partidos de masas (radicalismo y peronismo) no lograban hacer nada efectivo; el P. Comunista (la izquierda reformista más fuerte) aparecía paralizado; las izquierdas revolucionarias (excesivamente débiles) sólo lograban realizar una agitación menor, a pesar de su persistencia.

Revisados los dos años y medio transcurridos desde el golpe de 1966 es posible trazar una curva de los cambios en la actitud general frente al gobierno, y, en particular, en la actitud de la clase obrera.

Al producirse el golpe, la actitud general fue más bien de desconcierto, con alguna punta de esperanza. Los dirigentes sindicales de primera fila se apresuraron a mostrar su buena voluntad. Las capas medias sin excepción notoria oscilaron durante bastante tiempo entre la apatía y una cierta confianza en que el cambio fuera para bien.

Poco más adelante, la intervención a las universidades y las luchas estudiantiles que siguieron a ese acto del gobierno, comenzaron a cambiar el panorama. Después, la evidencia de una política salarial crudamente antiobrera, la ofensiva gubernamental contra portuarios, ferroviarios y empleados públicos, las medidas contra las cooperativas financieras, el cierre de ingenios en Tucumán -también con los cons

guientes conflictos parciales- terminaron de configurar un giro global de la actitud de las clases populares frente al gobierno.

Pero este paso a la oposición de vastos sectores obreros y populares no se tradujo en una lucha unificada y consecuente. El tono general de la lucha fue muy bajo, y cuando la crudeza de la ofensiva gubernamental y patronal contra algunos sectores provocó reacciones más agudas -como en el caso de los portuarios- los afectados tuvieron que batirse solos, contando a lo sumo con solidaridades verbales; ese aislamiento -sin entrar a considerar otros factores- fue condición suficiente para su derrota. Cada una de esas derrotas contribuyó a reforzar el bajo tono general de la lucha que había sido, a su vez, el elemento básico que las posibilitaba.

Este cambio en las condiciones sociales tuvo sus correlativos cambios políticos y sindicales. La primera característica del cambio -la oposición general de la mayoría del pueblo- se definió política y sindicalmente a través de actitudes ora directamente contrarias, ora menos favorables o comprometidas con la línea oficial. Pero la segunda característica también operó, a través de la falta de acciones unificadas, la timidez de las respuestas, la ausencia de una propuesta política eficaz.

En el campo sindical, que analizaremos después con más detalle respecto de este período, estas limitaciones aparecieron muy claramente; mientras aquellos sectores cuyas propuestas políticas los hacían lamentar la pérdida de prestigio del gobierno, no sólo no fueron desalojados de sus posiciones, sino que pudieron maniobrar con cierta eficacia para acentuar las limitaciones de la lucha popular; quienes, en cambio, parecían tener intenciones de apoyarse en ese hecho para impulsar una línea opositora, obraron con timidez y lentitud.

Esto ha sido reconocido por los propios protagonistas : -"... nosotros durante años y años no dijimos nada, cuando veíamos los acuerdos, y los renuncios, y los acuerdos de los dirigentes, los acuerdos hechos a espaldas nuestras... Nunca dijimos nada, todo lo aguantamos, por el pueblo, por la patria, por los trabajadores... y todavía porque venimos a gritar la verdad, para que no irriteamos a los que nos están golpeando, todavía nos tendríamos que callar o todavía tendríamos que ser "par-ti-ci-pa-cio-nis-tas" (*)

Tanto ese modo lento de los cambios, como las limitaciones actuales

(*) Discurso de Ongaro en el Congreso de la CGT, 28-mar-68.

del movimiento sindical opositor (que tuvieron una evidencia elocuente en el desarrollo del conflicto petrolero de Ensenada), son elementos coherentes con la primera reacción que se tuvo, ante el golpe de 28 de junio de 1966.

Con estas apreciaciones críticas, no se trata, desde luego, de disminuir el prestigio de nadie, señalando que no fue "opositor de la primera hora" a la dictadura de Onganía, al modo como antes se decía "peronista de la primera hora" (o arribado después al peronismo).

Por el contrario, al señalar la coherencia de esos hechos entre sí y luego en el estado de combatividad de la clase obrera, el objetivo es describir la fuerza global del campo del pueblo, y, sobre todo, sus limitaciones, reconociendo que ambas circunstancias nos abarcan. La verdad que podemos reconocernos como una de las excepciones políticas que en los primeros días de julio de 1966 señalaron el carácter del golpe militar. Pero precisamente que la posición haya sido excepcional le da una importancia muy relativa. Lo importante es la conciencia de la clase obrera, que se imponga realmente sobre las desviaciones y la influencia enemiga. Hasta tanto, los débiles y excepcionales resultados políticos de determinados estados de conciencia apenas importan. ¡ Pero los mismos contenidos, su difusión y su discusión, sí importan, y mucho !

Efectivamente, para no abundar en otros aspectos clásicos de la necesidad de la crítica y la creación de conciencia, es imposible remontar el fatalismo y la resignación que traen las derrotas, sin el reconocimiento racional de sus causas y orígenes. Tal el sentido de los análisis que siguen, que, en consecuencia, se harán sin concesiones, porque ello es una necesidad revolucionaria.

Retomemos lo que veníamos diciendo, antes de nuestra digresión sobre la necesidad de la crítica. Señalábamos que existe una coherencia demostrable entre los acontecimientos políticos y sindicales posteriores al 28 de junio : la prensa y los ideólogos de la burguesía, al menos desde 1955, han presentado al movimiento sindical de los últimos veinte años como a una potencia, sólo comparable a las Fuerzas Armadas. Unos, para pedir su destrucción o debilitamiento : aquellos que podemos englobar bajo la común denominación de "liberales", expresen a la burguesía oligárquica o a la burguesía mediana y menor. Otros, que podemos llamar neo-capitalistas, para formular planes que permitan utilizar al movimiento sindical a fin de controlar mejor a la clase obrera desde el aparato del Estado. Pero, en verdad, sólo la mediana y pequeña burguesía (incluidos ideólogos teorizantes o políticos) creen realmente que el movimiento sindical es un factor

LA GRAN
BURGUESIA,
EL GOBIERNO Y
LOS SINDICATOS

capaz de decidir por sí el problema del poder. La gran burguesía sabe, en el fondo, que, librado a sí mismo, sin una política burguesa que lo instrumente o sin una política revolucionaria obrera que lo enmarque, el movimiento sindical no es tan peligroso. A través de la práctica de los últimos años, ha aprendido a manejarlo o enfrentarlo, según las coyunturas.

Pero esta reflexión apunta a un problema más general: desde 1955, la única propuesta real de ejercicio del poder político, es la que surge de los intereses asociados de los monopolios, el imperialismo y la burguesía oligárquica, aunque tenga diversas variantes. Esto va más allá de la viabilidad para el ejercicio del gobierno: implica también la solvencia para organizar una oposición política bien estructurada y con posibilidades actuales de disputar el poder del estado, para llevar adelante una propuesta contraria o diferente. Esto va unido íntima y profundamente a otro hecho de fondo: la decisión del imperialismo y de la burguesía oligárquica de readaptar a nuestro país a las necesidades y características actuales del sistema capitalista como zona dependiente, eliminando las características que ponen vallas o límites a las nuevas formas de explotación colonial: algunas, originadas en el tiempo en que fuimos colonia de Inglaterra, útiles en aquel momento de acuerdo a la división internacional del trabajo impuesto por el imperio británico; otras originadas en el desarrollo de las fuerzas productivas internas, y, como consecuencia de ello, en el proceso de lucha de la clase obrera y en el conflicto entre la burguesía oligárquica y la burguesía independiente.

Como consecuencia de ambos hechos hemos llegado a la situación actual en que la burguesía oligárquica se ve ante la necesidad de "suspender" el juego democrático burgués, después de haber intentado diversas formas de lo que puede llamarse democracia restringida, al mismo tiempo que ninguna de las clases oprimidas está en condiciones de oponer siquiera una resistencia eficaz a aquel proceso cuando los choques entre las clases sociales llegan a un punto límite.

En efecto, la burguesía oligárquica y el imperialismo buscan reconvertir nuestra economía a las necesidades y tendencias actuales del imperialismo, y asegurar "mano de obra barata". Hoy, en países dependientes del tipo del nuestro, los monopolios buscan invertir en la industria, para aprovechar el mercado interno fundamentalmente, y en determinados sectores de la producción primaria (minerales estratégicos, materias primas destinadas al mismo mercado interno o a mercados de poca capacidad de pago por los bienes de consumo directo). A la vez, tratan de asegurar la adquisición de bienes de capital producidos en los centros imperiales, y de aprovechar la posibilidad

dad de vendernos capacidad técnica (adelantos científicos, métodos de fabricación, etc.). Para asegurar eso al máximo, deben barrer como competidores tanto a la burguesía independiente como al estado empresario. Paralelamente, necesitan asegurar la más alta plus-valía posible : para eso, es necesario destruir las conquistas logradas por la clase obrera.

Ni la burguesía mediana independiente, ni la pequeña burguesía, ni la clase obrera (por diversas razones) están en condiciones de oponer una política diferente a esos planes. Pero pueden, sí, demorarlos y perturbarlos, tanto en el terreno político como en el económico, en la medida en que logran articular instrumentos para ello o utilizar los que el desarrollo social anterior había creado. Hemos visto así, en los últimos años cómo el mero juego de la democracia formal de división de poderes y de partidos políticos, si bien no servía para montar una política decisoria de los sectores burgueses no oligárquicos o de la clase obrera, servía sí para perturbar los planes oligárquico-imperialistas. Del mismo modo, la estructura autónoma de las Universidades, en medida más limitada, cumplía un papel parecido. Y ya en el campo económico, la burguesía mediana y menor se defendió de la ofensiva a través de bancos propios ; cooperativas financieras, de crédito y de seguros ; intentos de alianzas con monopolios extranjeros menores, etc. Del mismo modo, los sindicatos obreros no sólo fueron usados por el proletariado para la defensa económica sino también, a falta de un partido propio, como un instrumento político, ya para oponerse a la acción imperialista-oligárquica, aliándose a la burguesía mediana y menor (y detrás de sus planteos, a falta de una política obrera autónoma), ya para tratar de negociar con la burguesía oligárquica y el imperialismo.

En el campo económico la burguesía oligárquica ha tenido pocas dudas : todo lo que era opuesto a sus intereses debía ser barrido. Pero no ha ocurrido lo mismo en el campo político: continuamente, durante estos trece años últimos, ha oscilado entre barrer con toda oposición y utilizar las instituciones existentes, negociando, recortándolas, limitando sus posibilidades. En gran parte esto se debe a que la burguesía oligárquica no opera en el vacío ni puede actuar estrictamente sola : necesita manejar el aparato del estado y en especial sus órganos de represión ; necesita, aun en sus empresas, mediaciones. Es decir, necesita unir a sus intereses a otras capas. Esto la ha llevado a vacilar ante el modo de actuar en relación a los instrumentos que, en mayor o menor medida, expresan los intereses de las otras clases, ya por temer la reacción que su arrasamiento provocaría, ya por tratar de utilizar su ambigüedad posible. Esto, incluso, ha revertido en el campo económico (recuérdese lo que ha dudado en modificar las leyes de arrendamientos, por ejemplo).

Por su parte, las otras clases no han hecho más que librar una lucha defensiva, con altibajos, pero, en definitiva, en continuo retroceso.

El movimiento sindical no ha escapado al cuadro general. Por una parte, en el plano económico, no ha podido evitar el desempleo, el descenso del valor de los salarios, la pérdida de conquistas laborales. Aun los gremios de "aristocracia obrera", como Luz y Fuerza, lo más que pueden ofrecer a sus representados es... haber perdido menos. En el campo político, la situación no es diferente:

Al pretender usar los sindicatos como instrumento político en el marco de propuestas de la burguesía mediana y menor, el intento ha chocado con una situación insuperable: esos sectores de la burguesía son hoy impotentes hasta para una acción defensiva medianamente eficaz, no ya para plantear una política de poder. La única política burguesa eficaz en esta coyuntura es la de la burguesía oligárquica. Pero al pretender engarzar en la misma la acción sindical, la alternativa se muestra de hierro: la política de la burguesía oligárquica y de los monopolios no es otra que la que lleva al desempleo, la pérdida del valor de los salarios, la desaparición de las conquistas laborales.

EL MARCO
FORMISTA:
ADUCCIONES

Como consecuencia, una política sindical que (en sus variantes más importantes desde el punto de vista cuantitativo) es estrictamente reformista, ha puesto de manifiesto sus limitaciones de forma dramática. Concebida y montada para actuar en los marcos del sistema capitalista, en los marcos de la política burguesa, ha llevado a la clase obrera a un callejón sin salida. Ambiguamente, esto se refleja en el papel que han llegado a cumplir de hecho los sindicatos: los dirigentes que tratan de montar una política de acuerdos con la burguesía oligárquica y el imperialismo, se han visto tentados frecuentemente por la idea de utilizar los sindicatos para montar un "partido laborista" de tipo reformista, más o menos influído por las teorías neo-capitalistas (desarrollismo autóctono, tecnocratismo, socialcristianismo centrista o de derecha). Es decir, han tratado de traducir nuestra realidad (lo mismo que muchos sectores burgueses y a su imitación) teorías puestas en práctica en los centros imperialistas. Tales proyectos fueron en algún momento bastante claramente presentados por Vandor. También tentaron a algún grupo sindical más ligado a planteos de la burguesía mediana que intentó llegar a acuerdos con el imperialismo: no fue casual, por ejemplo, que Alonso y representantes de esa burguesía (los Di Tella, Salimei, Tammi, etc.) trabajaran juntos en varias instituciones de investigación y divulgación y en la propia CGT durante los años 1963-66, ni que intentaran juntos coparticipar en el gobierno surgido del golpe de Junio. La inviabilidad de todos esos planteos han desembocado en cuanto a los dirigentes sindicales

se refiere, en las actuales propuestas "participacionistas", "dialoguistas", etc., variantes menos pretenciosas de aquellas propuestas.

Pero son precisamente los dirigentes sindicales que intentan resistir más frontalmente la ofensiva los que tropiezan con más fuerza en la ambigüedad y limitaciones de un sindicalismo sin propuesta política de la clase obrera. Cada vez que se agudiza el conflicto entre la defensa de los intereses económicos de los trabajadores y la política de la burguesía oligárquica, los sindicatos se ven obligados a pasar al único terreno en donde en definitiva puede resolverse ese conflicto: el campo político, allí donde se disputa el manejo del estado. Pero al no existir ni una política de poder de la burguesía no imperialista ni una política obrera revolucionaria, se produce esta situación: los partidos que expresan objetivos burgueses no imperialistas tratan de utilizar a los sindicatos como punta de lanza, sin ser capaces de instrumentarlas realmente. Los sindicatos, a su vez, tratan de utilizar para una política reformista obrera (es decir, obrera desde el punto de vista económico salarial, pero burguesa en su fondo) a los partidos y a otras formaciones de las capas medias, como el movimiento estudiantil. Pero no existiendo en la realidad cómo llevar a cabo una política de acuerdos con la burguesía oligárquica, ni una política dirigida a desalojarla y destruirla, todos los intentos se empantanan una y otra vez.

Paralelamente, la lucha estrictamente económica de los trabajadores se ve debilitada: a medida que los márgenes políticos se han ido estrechando, la lucha gremial ha ido degradándose. En los hechos, todas las tendencias sindicales se han ido inclinando a una acción política de presión en cuanto tales, mientras que la lucha económica se reduce cada vez más al nivel de las empresas, sin que aparezcan nexos reales entre una y otra. Y ni siquiera aparece ya la solidaridad de clase en el terreno económico, o una acción verdaderamente eficaz de los nucleamientos en cuanto tales en relación a los conflictos de los sindicatos unidos a ellos. Es más: esa tendencia a la atomización llega al punto de que ni siquiera en cada gremio en particular puede lograrse generalizar la lucha cuando la ofensiva antiobrero no envuelve al conjunto del sector. Desde luego, existen diferencias entre las direcciones que intentan integrarse a la política de la burguesía oligárquica y la de aquellas que intentan resistir. Pero esa diferencia no es radical en ningún caso, e incluso dentro de cada tendencia es posible señalar gradaciones que aceroan en ese sentido unas a otras. Al constituirse el nucleamiento de Paseo Colón se agruparon allí la mayoría de los gremios más combativos, pero también algunos de los dirigentes más conciliadores y pro-imperialistas, empujados sin duda por circunstancias especiales, pero cuya presencia no deja de tener conse-

cuencias reales, al mismo tiempo que obedece a razones explicables: al producirse la división de la CGT fueron muchos los dirigentes que especulaban con un golpe militar y que esperaron contribuir a su maduración con esa actitud.

Este marco objetivo no disminuye por cierto, la responsabilidad de los dirigentes sindicales que se han atado al carro del gobierno, vayan sentados públicamente en el pescante, como Coria, Cavalli y Taccone, o traten de disimularse en la baulera, como Vandor. Objetivamente, tampoco aquel marco puede impedir señalar las limitaciones de los dirigentes más combativos o radicalizados. En efecto, la descripción de la actual situación nacional no tiene como fin justificar la realidad dada, sino señalar, en los términos concretos de nuestro país, las falencias insanas del sindicalismo reformista para solucionar los problemas de la clase obrera y del pueblo. Y al colocarse en esa perspectiva resulta imprescindible denunciar a quienes voluntaria y conscientemente -es decir, traidoramente- contribuyen al sostenimiento del marco que fija el capitalismo al proletariado, y criticar a quienes en última instancia tampoco lo cuestionan -por ser reformistas.

Porque la descripción y la crítica se inscriben en una finalidad expresa : construir la opción proletaria cuya ausencia está implícita en la descripción del asentamiento del poder imperialista y el fracaso de las oposiciones de signo burgués, y cuya necesidad ilumina el sentido de las críticas.

OPCION
REVOLUCIONARIA:
CONFRONTACIONES

Es, por cierto, la perspectiva de la organización revolucionaria, que se construye desde fuera de los conflictos concretos de la clase -medianamente una concepción global rigurosa y consecuente, más allá de los avances y retrocesos- pero que inexorablemente deberá encarnarse en esos conflictos concretos, desarrollando su estrategia en tácticas que a ellos refieran.

Esta tarea central de la acción revolucionaria está apenas esbozada, en sus comienzos. Todavía no hemos logrado que las concepciones estratégicas se traduzcan en hechos políticos que cambien cualitativamente la relación de fuerzas entre el campo del pueblo y el imperialismo. Nos resulta más necesario que nunca, entonces, confrontar los hechos de la experiencia actual con sus raíces históricas y la concepción general de nuestra realidad.

A las características estructurales del actual proceso nacional que hemos señalado, consideramos necesario agregar algunas consideraciones antes de efectuar ese confrontamiento, para enmarcarlo mejor

En primer lugar, debe tenerse en cuenta que la combatividad del mo-

movimiento sindical argentino fue disminuyendo lentamente desde 1955 en adelante. El carácter de sus opciones, la consolidación imperialista que trajo todo cambio en el más alto nivel, el fracaso de la mayoría de las luchas concretas, explican que esta curva descendente haya tenido lugar no sólo en las direcciones sino también en las bases, la extraña misma del proletariado.

No se trata de una apariencia : basta recordar lo que fueron las huelgas que enfrentó el aramburismo y luego Frondizi, y compararlas con lo que ocurrió bajo Illia, pero sobre todo con lo que pasó durante los primeros dos años de este gobierno, para advertir que es así. Pero también es sin duda real lo que decimos en relación a las bases: recuérdese cómo en ciertos momentos (durante la ola de ocupaciones de fábricas, por ejemplo) las mismas no sólo rebasaron a las direcciones, sino que llegaron a formas violentísimas e inéditas de lucha, y compárese eso con los últimos tiempos. ¿ Acaso el "organismo" no se permitió el lujo de ignorar el último plan de acción de la CGT unificada, y lanzar luego una ofensiva de intervenciones a los gremios, sin recibir prácticamente ninguna respuesta? ¿ Y no pudo jactarse de la escasa cantidad de "días de trabajo perdidos por huelgas " durante el año 1967?

Pero también es cierto, como señalábamos al comienzo, que en el transcurso de este año se han producido una serie de hechos que comienzan a alterar el panorama : por una parte, la quietud de las bases se ha modificado, tal como lo demuestran movimientos como el de Alba, de Kaiser, de Good Year, los de petroleros, Por otra parte, la división de la CGT y la formación de la central de Paseo Colón constituye también un hecho nuevo. Allí se nuclean peronistas "duros" (telefónicos, navales, FOTIA), junto a peronistas centristas (gráficos), a "independientes" de centro (Scipione) y de derecha (Arrausi), así como a las izquierdas de las más variadas tendencias, desde el reformista MUCS al marxismo revolucionario. En tanto que enfrente tenemos : por un lado la CGT de Azopardo, donde aparecen peronistas (Vandor) e importantes figuras "independientes" (March); por otro los "participacionistas", predominantemente peronistas, pero entre los que hay también de otros orígenes; y, finalmente, quienes tratan de mantenerse al margen de los nucleamientos, pero apelando a una unidad sin duda favorable a la CGT de Azopardo (como Loholaberry, de textiles).

Se han roto pues las tendencias que desde 1955 ocupaban el panorama sindical, y tal ruptura, aunque aun no total y definitiva, indica cambios profundos, que se originan en los cambios ocurridos en la sociedad en su conjunto. No es tampoco ajeno a ello que el llamado a la unidad hecho por Perón encuentre visibles resistencias, al tiempo que

ha provocado escisiones aun entre quienes formaron tradicionalmente en la llamada "línea peronista dura", como en el caso del MRP (Movimiento Revolucionario Peronista)

Es claro que existen signos de cambio. Pero ¿qué profundidad tienen? ¿Qué expresan y qué anuncian? ¿Se reducen a la clase obrera, o también reflejan modificaciones en el seno de las otras clases? No debe olvidarse, en este rápido panorama, que tales hechos han sido acompañados por movimientos de resistencia, así sea limitados, de la pequeña burguesía y de las capas medias, como el de inquilinos y el de los oficiales de la marina mercante.

Plantear y contestar a tales interrogantes es imprescindible para la acción.

INTERROGANTES, TÁCTICAS, Y TAREA.

Porque el problema de fondo a resolver es éste: el proletariado es el único que puede tomar sobre sí (como clase) la tarea de llevar adelante y realizar la revolución social. Por eso, el eje de la misma pasa por la lucha de clases, por la lucha entre el proletariado y las clases propietarias de los medios e instrumentos de producción. Pero esa lucha no se da en ningún caso en estado puro, en un enfrentamiento liso y llano entre la clase obrera por un lado y el conjunto de las clases propietarias por el otro. La lucha del proletariado surge de la explotación capitalista sobre él, pero se da en el marco de múltiples conflictos entre todos los grupos sociales que componen la sociedad, y la dinámica de su lucha específica también se apoya en el conjunto de esos conflictos, que a su vez reflejan (tal como su propia situación) el crecimiento de las fuerzas productivas y las relaciones entre las mismas.

Respecto de algunos grupos sociales la política del proletariado es inmediata y frontal: sólo puede avanzar en su objetivo histórico enfrentándolas totalmente para destruirlas. Respecto de otras, la lucha por su destrucción (que a eso lleva la supresión de las clases) exige al proletariado, en cambio, neutralizarlas o colocarlas bajo su hegemonía. De allí surge una política estratégica de aliados, que, además, se modifica en las diversas fases de la lucha.

Esto exige análisis globales, de los cuales surgirá esa estrategia y las tácticas correspondientes a cada momento. Para ello, resulta imprescindible recordar (aunque más no sea que porque a menudo es olvidado) que:

a) entre las clases propietarias existen capas y sectores dominantes y sectores dominados y oprimidos en mayor o menor grado. En el caso de nuestro país tenemos las siguientes capas: la gran bur -

burguesía asociada al imperialismo, con intereses en la tierra, las finanzas, el comercio y la industria; una burguesía mediana, rica, tanto capitalista terrateniente como comercial e industrial; la pequeña burguesía rica, urbana y rural; la pequeña burguesía pobre (minifundistas pobres, artesanos, pequeños comerciantes) dentro de la que debe distinguirse aún los que explotan trabajo ajeno y los que no lo hacen.

b) hay que tener en cuenta que existen capas intermedias no propietarias, asalariadas en forma visible o disimulada, de las cuales sólo un pequeño núcleo puede asimilarse por su papel social y sus ingresos a la gran burguesía y a la burguesía mediana rica. En nuestro país esas capas (empleados, profesionales, etc.) son muy numerosas, teniendo en vastos núcleos ligazones con los obreros, de tipo familiar, vecinal y en las condiciones de trabajo, así como en cuanto a su remuneración y nivel de vida. En otros numerosos núcleos ocupan, en cambio, la típica situación de "clase media", con su carga de valores reverenciales y de autoestima, que surgen de su situación en la superestructura de las sociedades capitalistas.

Teniendo en cuenta los elementos enumerados, es que debe analizarse en cada sociedad concreta y en cada momento histórico de la misma la situación y el comportamiento de la clase obrera, para elaborar y revisar la estrategia revolucionaria y plantear las tácticas que lleven hacia la profundización y la radicalización de la lucha de clases. En tal análisis debe, en resumen, tenerse en cuenta que la clase obrera no es una entidad aislada, sino que su comportamiento depende de lo que sea la sociedad en su conjunto, tomada como un todo global, como una estructura, debiendo incorporarse, pues: la constitución del propio proletariado, sus contenidos y nivel de conciencia, sus relaciones con las demás clases; las relaciones entre los diversos grupos sociales no proletarios y, en particular, del grupo propietario dominante con la clase obrera y con los grupos obreros. De tal análisis surgirá en lo estratégico qué etapa histórica vive la sociedad en cuestión (predominantemente feudal, predominantemente capitalista) y, por lo tanto, qué revolución es la que está inscrita en el proceso (democrático-burguesa o socialista), así como cuál es el enemigo principal y cuáles los grupos sociales potencialmente aliados de la clase obrera.

Además es necesario incorporar al análisis la existencia, debilidad o fuerza de grupos revolucionarios organizados, su capacidad, inserción en el proletariado e influencia: es sólo, en definitiva, desde el interior de tales grupos que se plantea la estrategia y tácticas de la revolución, y las mismas no serán correctas sino irrealistas si no introducen en el análisis su propia situación.

Ahora bien, ni la estructura económico-social, ni por consiguiente las relaciones materiales entre las clases y grupos de clase, ni la conciencia de los mismos, son estáticos. Las primeras se modifican por obra de los cambios de las fuerzas productivas, por obra y como consecuencia de las modificaciones en la propiedad (cambios en las relaciones de propiedad, o, dentro del capitalismo, concentración de capitales y de la tierra, expansiones que permiten la aparición de nuevos grupos propietarios), o como consecuencia de la acción imperialista.

La conciencia de las clases y subgrupos sociales se transforma, a su vez, como resultado de esos cambios, pero también por efecto de la experiencia, de los éxitos logrados y de los fracasos padecidos en la lucha entre las clases.

Pero esos cambios en la conciencia no se producen al mismo ritmo que los cambios materiales ni siguen de inmediato a las nuevas experiencias, por fuertes o acumulativas que éstas sean. Generalmente los cambios de conciencia se retrasan con respecto a los otros hechos.

He ahí otra razón para relacionar lo que ocurre hoy con nuestra clase obrera con su pasado reciente, que la simple observación directa nos revela que aún conserva vigencia. Eso nos ayudará, además, a comprender mejor qué es lo que ocurre en estos momentos, cuando algunos hechos que hemos mencionado muestran que tendencias que se formaron en ese pasado han comenzado a modificarse.

LA REALIDAD NACIONAL

Tres problemas fundamentales nos parece necesario tomar en cuenta para efectuar ese enmarque: 1) la "edad histórica" de nuestra clase obrera, o, dicho de otro modo, su constitución "moderna" en la vida nacional tal como es ahora; 2) el movimiento histórico general, fundamentalmente referido a la infraestructura económica, en que esa constitución tiene lugar; 3) el carácter actual del cambio histórico en nuestro país y el movimiento obrero como parte y actor de ese proceso, tomando en cuenta la existencia del nacionalismo burgués y el reformismo trade-unionista.

1)

Si nos atenemos a la mera existencia de la clase obrera, sin considerar su peso relativo en la sociedad nacional, su historia no puede medirse por menos de un siglo. Aun la historia sindical se acer-

ca mucho a este lapso: el primer sindicato, la Unión Tipográfica
fué fundado en 1878.

Pero es recién a partir de la década del 30 al 40 que la clase obrera pasa a tener un peso decisivo en la vida social, cuando la producción industrial supera claramente a la agropecuaria, y la población urbana a la rural en gran proporción.

Desde luego, los obreros industriales no son la totalidad de la clase obrera, pero sí su núcleo central y más activo, lo que se fortalece al predominar también en cantidad.

En 1930, la industria ocupaba un total de 382.500 personas (*). Aplicando a este total, un porcentaje de empleados similar al de 1936 (14,1%), nos deja un saldo de alrededor de 340.000 obreros (**).

En 1935, los obreros llegaban ya a 418.000 (***) . En 1941, duplicaban con exceso la cifra de 1930: 733.966. Y en 1946, cuando se produjo el ascenso del peronismo, alcanzaban a 889.032 (****).

Tomando el proletariado en su conjunto, en 1947, sobre un total de población activa de 6.267.400, los trabajadores manuales urbanos y rurales sumaban 3.439.600, o sea el 54% del total (sin contar los cadetes y trabajadores a domicilio). Pero mientras el proletariado rural (incluida la actividad pesquera) no alcanzaba al millón, la suma de los trabajadores urbanos (industria, minería, transporte, etc.), llegaba a 2.636.600, o sea, el 42% de la población activa, constituyéndose así en el grupo social más numeroso del país (*****).

Este hecho nos coloca, prácticamente, ante una clase obrera nueva, por dos razones fundamentales: a) el crecimiento numérico, acompañado por una mayor concentración por empresa en ciertos

(*) Ricardo M. Ortiz, "Historia Económica de la Argentina", T. II, p. 217, Bs.As., Raigal, 1955.

(**) Los porcentajes para otros años son similares: 1940: 11,5; 1946, 12,6; 1947, 12,4; 1960: 11,3%; según Germani -de diversos censos- en "Estructura Social de la Argentina", p. 177.

(***) y (****) M. Isacovich, "Argentina económica y social", Ed. Quijapo, 2a. ed.; "Argentina 1930-1960", Ed. Sur, Bs.As. 1961, pag. 230.

(*****) G. Germani, obra citada, p. 148.

sectores, creó una correlación de fuerzas sociales diferente a la existente hasta entonces, estableciendo condiciones para que el proletariado cobrara mayor conciencia de su existencia y peso, y creando problemas de nuevo carácter a las otras clases; b) una mejora sustancial de la clase es nueva, instalada directamente en la nueva situación, sin conexión con los problemas anteriores y la tradición de lucha proletaria. Es decir, que en el momento en que aparece una clase obrera poderosa, la mayoría de sus miembros no tienen conciencia de clase, y, por consiguiente, tampoco objetivos políticos propios. Esto no quiere decir que no tuvieran conciencia de sus intereses y necesidades inmediatos, o que no se dieran cuenta de la explotación a que eran sometidos. Al contrario; pero sobre esa conciencia puede operar tanto una propuesta política proletaria como burguesa. Tampoco quiere decir que carecieran en absoluto de ideología o posiciones políticas. Pero, justamente, se trataba sin duda, en la enorme mayoría de los casos, de ideologías y posiciones burguesas, aquellas de que habían participado en sus lugares de origen, fundamentalmente rurales.

Esto, todavía, debe inscribirse en lo que era la situación política en ese momento.

Durante esos años (que no se llaman la "década infame" por una única razón) reinaba el mayor escepticismo político, al punto de que se veía como cosa natural que en la política reinara el fraude, la corrupción y la violencia, que los diputados y dirigentes vendieran su influencia por unos miles de pesos, que el gangsterismo estuviera aliado a los partidos, que las diferencias políticas o las luchas gremiales fueran "apaciguadas" mediante la colma o el asesinato.

A este panorama no escapaba, por cierto, el movimiento sindical, fraccionado, desconectado de las bases, manejado en general por dirigentes amarillos dispuestos a pactar siempre con los patrones y con los gobiernos.

Y es en esos momentos que, sin que fuera percibido, crecieron las condiciones de las cuales surgió el nuevo nacionalismo burgués, el peronismo, que arrastró detrás de sus banderas al proletariado. No cabe duda que todo era propicio para que ocurriera tal cosa.

2)

El extraordinario crecimiento de la clase obrera en los años 30 fué el resultado de profundos cambios en nuestra sociedad, efecto, a su vez de cambios internos y externos. Es a la luz de esos cambios que podremos entender y ubicar el comportamiento de la nueva cla-

se obrera argentina en la década del 40, y ello nos permitirá iluminar mejor su comportamiento actual (teniendo en cuenta que entre esos cambios, que crean una nueva sociedad y, por lo tanto, nuevos comportamientos de las clases, se encuentra la aparición de ese moderno proletariado).

Como no es el objetivo de este trabajo hacer una reseña de nuestra historia contemporánea, señalaremos los hechos más importantes que influyeron en la aparición de esa nueva sociedad, los cambios más relevantes que la caracterizaron, y cómo influyó todo eso en nuestra clase obrera. (*)

Los factores internacionales que incidieron en cambios internos arrancaron todos, en mayor o menor medida, de la crisis mundial de 1929-1930. Por ahora nos limitaremos a señalarlos, indicando a lo sumo sus efectos más inmediatos, para retomarlos al describir su influencia en los efectos más globales, para lo cual deberemos incluir previamente los factores internos.

En primer lugar, a la gran crisis siguió, junto con el abandono del patrón oro, una brusca reducción del volumen del comercio mundial, acompañada por una también brusca caída de los precios internacionales de las materias primas; ambos elementos fueron impuestos como necesidad de las metrópolis (sobre todo Inglaterra) para sortear las consecuencias del crack, en particular el déficit del balance de pagos. En nuestro país esto ocasionó una violenta crisis agraria, al caer el volumen y los precios de nuestras exportaciones; así, se arruinaron extensas capas mediano y pequeño-burguesas y quedó sin ocupación un considerable número de trabajadores rurales. Al mismo tiempo, se redujo notablemente la capacidad de importar del país.

En segundo lugar, la decadencia del anterior sistema de comercio mundial trajo la de algunas inversiones extranjeras que se inscribían en él, como las efectuadas en los servicios públicos (principalmente los ferrocarriles) de los países dependientes, o los empréstitos públicos a sus gobiernos (ahora agobiados por las consecuencias del crack). Por el contrario, esa decadencia, la gran cantidad de barreras aduaneras creadas, la disminución de la capacidad de importar de las colonias, estimularon la inversión en ellas, de ca-

(*) Para los aspectos económicos ver: I. Viñas y E. Gastiazoro, "Economía y dependencia", Ed. Carlos Pérez, y "Concentración capitalista e historia industrial" en Nueva Política, n° 1, de Viñas, Vazeilles y Fiorito.

pitales destinados a la industria mediana con producción a realizarse en el propio mercado colonial. Este cambio en la composición de la inversión exterior fué acompañado por el hecho de que los imperialismos en ese momento más expansivos (EEUU, Alemania, Japón) representaron el fenómeno en un grado mayor. Es así que en la industria liviana de nuestro país, aparecen en la década del 30, crecientes inversiones norteamericanas y alemanas.

En tercer lugar, la hegemonía inglesa, que en gran medida constituía la garantía de la estabilidad del sistema colonial, fue dando lugar a una nueva competencia interimperialista cada vez más aguda, donde otra vez Alemania se presentaba frente al Imperio Británico como el rival principal. Esto conmovió el sistema colonial en general, promoviendo simpatías hacia Alemania en los países dependientes, que a su vez reforzaron tendencias, antes más débiles, de muchas burguesías nacionales que simpatizaban con el fascismo, visto como un "modelo" de desarrollo capitalista nacional, acelerado por la intervención del Estado (y el capitalismo del Estado), mientras al mismo tiempo lograba manejar a las masas trabajadoras conjurando el peligro comunista.

Veamos, entonces, los factores internos. En primer lugar, el crecimiento de las fuerzas productivas internas ya había creado una capitalización bastante apreciable, una relativamente alta capacidad de ahorro, y un mercado consumidor interno bastante vasto, lo que había producido la aparición de una burguesía mediana y menor rica, independiente, necesitada de ampliar el mercado local y con conflictos con el imperialismo y la burguesía oligárquica asociada al mismo, así como una numerosa capa de clases medias y el núcleo obrero que ya hemos recordado como presente en 1936. (A la vez, existía en la burguesía local una fuerte tradición nacionalista y paternalista, y en la clase obrera una larga tradición reformista, ya ligada a ese paternalismo por la influencia en el proletariado del yrigoyenismo, ya independiente por la influencia del socialismo justista y el sindicalismo "puro").

La crisis del mercado internacional, que limitó la posibilidad de exportar nuestros productos agropecuarios a los centros imperialistas, al empobrecer el campo arrojó a las ciudades una nutrida inmigración interna, que constituyó un fuerte mercado de oferta de fuerza de trabajo. La imposibilidad de exportar trajo la imposibilidad de importar productos manufacturados, creando así un mercado interno ávido de los mismos, y el retroceso del desarrollo agrario dejó libres fuertes fondos de inversión de la burguesía terrateniente. Los tres factores unidos favorecieron la inversión de capitales en la industria, tanto del imperialismo y de la gran bur-

guesía ligada al latifundio, como de la burguesía mediana independiente, en un momento en que existían las tendencias que hemos señalado en todos ellos.

De tal conjunto de factores surgen proyectos nacionalistas burgueses (intransigencia radical, FORJA, delatorrismo, nacionalismo de derecha, industrialismo militar) que finalmente se concretan en el golpe militar del 4 de junio de 1943, el que, tras algunas vacilaciones, da nacimiento al peronismo. En él confluyen los factores internos y externos reseñados: un nacionalismo burgués, que recurre a un fuerte capitalismo de estado y a un eficaz paternalismo respecto de la clase obrera.

Al primero, como a un expediente nacido de la necesidad de asegurar para el proyecto de desarrollo capitalista autónomo las llamadas "llaves" de la economía (transporte, comercio exterior, crédito, etc.), así como para impulsar ese desarrollo supliendo la debilidad de la burguesía independiente.

Al paternalismo, para asegurarse el apoyo de la clase obrera frente a sus adversarios (la burguesía oligárquica y su "clientela" política de clase media y pequeño-burguesa); para controlarla, evitando que cobrara independencia política, a partir de su lucha reivindicativa, en un momento en que ésta se facilitaba por la expansión económica y la demanda de brazos; y, finalmente, también para aumentar la capacidad de consumo del mercado interno, ampliando así la base de sustentación de la industria.

La clase obrera ingresó de un modo particular en ese proceso:

Ya antes de 1943, algunas huelgas (como la de metalúrgicos del año 1942) habían superado a las direcciones sindicales tradicionales, ante la incapacidad de éstas para luchar eficazmente en un momento en que coexistían una gran prosperidad y una dura explotación general respecto de los trabajadores. Del mismo modo, en los primeros tiempos del gobierno surgido del golpe del 4 de junio, proliferaron las huelgas reivindicativas.

Frente a esto, el entonces coronel Perón, desde la reciente Secretaría de Trabajo inició una doble política: por una parte, intervino la CGT n° 2, los sindicatos que se le oponían, buscó la colaboración de otros dirigentes sindicales (Borlenghi, Tesorieri, Gay, etc.) y creó sindicatos paralelos. Contó para esto, no sólo con la colaboración de dirigentes de origen socialista, anarquista o sindicalista "puro", como los nombrados, sino también con el apoyo de otros de

ideología nacionalista burguesa o social-cristiana (forjistas, como Libertario Ferrari; católicos, como Cipriano Reyes). Por otra parte puso en vigencia leyes sociales que existían, pero que no se cumplían, las extendió a sectores obreros que carecían de normas protectoras, y dió ventajas adicionales (como el aguinaldo, la justicia laboral, etc.).

Ese fue el origen de la "justicia social" peronista, que captó efectivamente la adhesión de la clase obrera, en lógica correspondencia, ya que significaba para ella una serie de conquistas por las que había luchado hasta entonces sin mayor éxito.

En nuestro país se dió en ese momento una coyuntura que si bien responde en el fondo a las leyes generales del proceso capitalista, no reproduce ni mucho menos los modelos de los estudios clásicos (revoluciones europeas y norteamericana). No es éste el lugar de efectuar comparaciones, por ilustrativas que pudieran resultar, pero sí de apuntar algunos elementos desde el ángulo que ahora nos interesa remarcar: el de la situación de la clase obrera y del movimiento sindical.

3)

En 1945 confluyen dos movimientos sociales, resultado de la expansión capitalista en el marco que hemos señalado: un ascenso nacionalista burgués, de base industrial y agraria, y un ascenso de la clase obrera.

La propuesta burguesa expresaba no sólo el desarrollo ya dado, ya producido, del que había surgido, sino también una situación de "proyecto" favorable. Este se apoyaba en la fuerte dinámica de expansión económica que aún se mantenía, en las posibilidades de acción independiente que proporcionaban el aflojamiento de la presión imperialista británica y el conflicto interimperialista, en la posibilidad de proseguir el desarrollo capitalista sobre áreas económicas y zonas geográficas aun no desarrolladas y en muchos casos ni siquiera explotadas mínimamente (esa posibilidad, que hemos llamado potencialidad del desarrollo de "frontera", existía en áreas como la metalurgia, el petróleo y el carbón, la agricultura subtropical, y en zonas geográficas como Córdoba, Cuyo, Chaco y Formosa, Misiones, la Patagonia. Reviste gran importancia porque permitía fundar proyectos de progreso lineal, es decir, en el marco de lo que es la ideología burguesa de fondo).

En cambio, la clase obrera se encontraba en una situación muy diferente, tal como surge de las menciones anteriores: en un momen-

to de crecimiento cuantitativo, la coyuntura económica no sólo permitía el reformismo, sino también que éste se diera bajo el liderazgo de un grupo burgués en conflicto con otro grupo de la burguesía, y ello coincidía con la situación ideológica y organizativa del proletariado.

Se conformó de ese modo, como resultado de condiciones históricas que la burguesía independiente aprovechó, un movimiento nacionalista burgués en el que la clase obrera se integró bajo la conducción de ese grupo burgués. Este expresaba, en la coyuntura, la expansión general de las fuerzas productivas, lo que facilitó la constitución de una vanguardia nacionalista burguesa que lideró el proceso. La falta de una vanguardia revolucionaria socialista hizo que la clase obrera actuara solamente como aliado subordinado en el mismo.

Claro está que ello no se produjo sin conflictos, originados en la explotación capitalista, a la cual el conjunto de la burguesía somete necesariamente al proletariado. Pero la lucha de clases quedó limitada al plano puramente económico, reivindicativo, y operando de un modo particular: en el seno del propio movimiento nacionalista burgués se dirimía la lucha económica, actuando el estado como mediador, a la vez que el total de los grupos sociales que lo componían enfrentaban a la burguesía oligárquica, el imperialismo y su "clientela", formada por parte de las clase medias y de la pequeña burguesía, y en ésta lucha el proletariado cumplía un papel fundamental de "base de acción".

1945: CONFLICTOS
EN LA CONCIENCIA
OBRERA

De tal modo, la clase obrera adquirió, a través de su experiencia una conciencia reformista, pero con peculiares contenidos:

se trata, desde luego, de una conciencia alienada, sujeta a objetivos y límites burgueses, que le impide adquirir claridad sobre su propia situación, sobre su relación con el total de la burguesía, y, por lo tanto, le impide formular objetivos propios y pensar en formas organizativas y de acción independientes. Así mismo, aun en el plano económico esa conciencia está distorsionada: el proletariado ve funcionar mejor su lucha reivindicativa en esos momentos, en que los sindicatos se convierten en un apéndice directo del estado burgués, que cuando eran instrumentos de la clase. Y, finalmente, el propio poder del estado se les presenta como algo ambiguo, que oculta su carácter de aparato al servicio de la dominación de la burguesía sobre las demás clases y en particular sobre el mismo proletariado.

Pero la conciencia que surge de la situación no se agota allí: la cla-

se obrera ha realizado una experiencia que le ha hecho reconocer su existencia como tal, el poder de su peso cuantitativo, de la importancia de su unidad política y de la importancia de la acción política misma. En el plano económico, ha alcanzado y gozado derechos que nunca tuvo, no sólo en el orden salarial y de las condiciones de trabajo y de vida, sino también en las relaciones directas con el capitalista como patrón: la fábrica ha dejado de ser un lugar en el que rige la dictadura del propietario, para aparecer allí un principio de democracia. Finalmente, ha comprendido la importancia de la lucha nacional antimperialista, y que su enemigo principal global es, en la etapa, la burguesía oligárquica y el imperialismo. Es decir, ha cobrado una conciencia nacionalista. Todo esto, sin duda, representa una elevación en el grado de conciencia con respecto al pasado inmediato, no sólo en los obreros nuevos sino también, en ciertos aspectos, en los obreros con conciencia sindical y política anterior.

Pero todos esos contenidos de conciencia son ambiguos, conflictivos y contradictorios, porque es contradictoria la situación material creada, porque es contradictoria en si misma la ideología nacionalista burguesa, y porque lo es mucho más cuando es portada por la clase obrera.

Ambiguamente el proletariado advierte que el grupo social al que se ha aliado y cuyo proyecto comparte en cierto plano, es al mismo tiempo su enemigo en la relación económica directa (allí donde el capitalista es sólo el comprador de su fuerza de trabajo); y si bien no llega a ver con precisión esa contradicción, ya que en el plano político vive como si él se impusiera a la burguesía, la percibe vagamente no sólo en la relación económica directa sino también en el comportamiento del estado. También percibe oscuramente que frente al enemigo común, él, el proletariado, es mucho más decidido que su aliado, en la acción en la calle, en la lucha política.

Quién se moviliza en las manifestaciones? ¿Quién activa y actúa en masa en las elecciones? Claro está, esa misma presencia masiva y la ausencia aparente de la burguesía contribuyen a la confusión tanto como muestran atisbos de verdad: en efecto, al estar aparentemente solo en la calle, el proletariado se engaña y cree ser el protagonista de lo que está ocurriendo. Pero esto corresponde exactamente a esa situación en la que, además, mientras el gobierno burgués subraya en la propaganda sus costados populistas, ocurre que aquellos que deberían esclarecer el significado del proceso (los partidos de ideología obrera) están, en cambio, en la vereda de enfrente, junto al adversario.

Esto se relaciona con un hecho fundamental: al asociarse al pro —

yecto nacionalista burgués tal como éste es, el proletariado adquiere en ciertos aspectos un nivel de conciencia (un conocimiento de la realidad) mayor que el que le propone la izquierda en general en ese momento, ya que la misma negaba de hecho, cuándo no también teóricamente, la existencia del imperialismo (*). Pero eso no es todo; al portar el proletariado la ideología nacionalista burguesa, ésta, al tiempo que le vela parte de la realidad (la existencia de la lucha de clases y el carácter del estado burgués, fundamentalmente), le abre una perspectiva que va más allá del querer de la burguesía:

aun en el proyecto burgués, la constitución de una nación independiente exige la expropiación de la tierra, de las riquezas naturales, de los instrumentos de producción y del capital financiero de manos de los monopolios extranjeros y de la burguesía oligárquica, al menos en cuanto su propiedad significa una situación dominante en relación a la sociedad local. Pero tal proyecto, de llevarse realmente a la práctica, implicaría atentar contra el principio mismo de la propiedad privada, cuestionarla, e, incluso, arrostrar el riesgo de la lucha armada. Hay allí riesgos que la burguesía independiente no se atreve a franquear, tanto menos en una sociedad como la nuestra, en donde existe ese proletariado al que ha debido apelar para su proyecto nacional. Tales límites no existen para el proletariado, pues él no tiene que defender un tipo de propiedad que acarrea su explotación, y la guerra civil o aun la guerra nacional no serían sino prolongaciones de la lucha de clases.

Nuestro proletariado no adquirió, pues, un "conocimiento verdadero" ni de la realidad económica y política, ni de su situación, sino un típico "conocimiento ideológico", falso, como cualquier otro proletariado sin cabal conciencia revolucionaria. Pero si en todos los casos una conciencia alienada del proletariado está en contradicción con su situación objetiva, en nuestro caso esa conciencia presenta otras particularidades.

Al revelar una parte de la verdad (en particular en relación a los componentes nacionalistas de esa conciencia) aparece un segundo tipo de contradicciones, entre algunos contenidos de conciencia y la situación objetiva, ya que el nacionalismo obrero constituye un proyecto objetivamente realizable hasta sus últimas consecuencias, lo que no ocurre con el nacionalismo burgués.

Esta descripción de la clase es también válida para su expresión en

(*) Ver en Revista de problemas del tercer mundo, n° 1: "¿Existe la burguesía nacional?", pag. 13.

conómica, el movimiento sindical, y aun para los miembros del aparato de éste en términos generales. Pero con salvedades importantes: los sindicatos son, en esa particular situación, mucho más instrumentos del estado que instrumentos de la clase para su lucha económica, pues no son usados en ella sino que sirven, sobre todo, para encuadrar a la clase obrera en el orden que pretende estabilizar la vanguardia de la burguesía independiente en su relación con el proletariado, y, además, como instrumentos para movilizarlo en su lucha política contra la burguesía oligárquica. En consecuencia, el dirigente sindical ve lo que no ve la clase: cómo funciona en realidad el estado paternalista, cuáles son sus límites en cuanto árbitro aparente en la lucha económica entre las clases, cuál es, en definitiva, el orden que defiende. Y ve, también, a nivel político, las componendas y transacciones de la burguesía independiente entre el proletariado, al que usa y teme, y la burguesía oligárquica, a la que combate y con la que transa. Tal ubicación, más aguda cuanto más alto está el dirigente en la escala, lleva inevitablemente a una disyuntiva: o elige rebelarse o se convierte en un cómplice, cuyo papel ambiguo se revela en que sigue siendo hasta cierto punto un representante de su clase ante la burguesía y el estado, pero también representa a estos ante los que fueron sus compañeros. Reformista, es decir, en definitiva parte del juego del sistema, no puede ignorarlo como las bases, ni puede ocultárselo como el reformista clásico mediante la excusa que provee la oposición y la apelación a un cambio progresivo que llevará a la sociedad sin clases.

Como el dirigente goza de ciertos privilegios: una partícula de poder, un cargo en la jerarquía sindical, ciertos lujos que provienen del uso de un aparato gremial sumamente rico por su participación en el orden establecido, el paso a la corrupción es muy corto. En la misma medida en que la burguesía lo necesita, ese paso es alfombrado con prebendas, cargos, dádivas, que aseguran su complicidad.

LA CAIDA DEL NACIONALISMO BURGUES

Mientras el esquema en base al cual se había armado la propuesta peronista funcionó, sus contradicciones y límites quedaron relativamente ocultos: la prosperidad económica, la demanda de fuerza de trabajo, permitieron que los trabajadores mantuvieran y aun, en ciertos aspectos, mejoraran su situación. Cuando la presión imperialista y la debilidad de base de la expansión interna comenzaron a hacerse sentir, no sólo se pusieron de relieve las contradicciones del proyecto, sino las limitaciones de la burguesía nacionalista. Y,

también, las positividadades y límites de un movimiento obrero encuadrado en un movimiento nacionalista burgués:

la burguesía independiente prefirió, antes que encarar la lucha a fondo, transar con el imperialismo, presionando sobre el gobierno peronista, y exigiendo, al mismo tiempo, que se aumentara la explotación de los trabajadores para lograr una mayor plus-valía. El gobierno cedió: llegó a un acuerdo con el Banco Mundial, realizó tratativas directas con Washington, lanzó campañas para disminuir el consumo, aumentar las exportaciones, y lograr mayor "productividad". Al mismo tiempo, comenzó negociaciones para firmar concesiones petroleras. Los dirigentes sindicales trataron de defender el statu-quo: resistieron, pero cedieron en materia de condiciones de trabajo en el "Congreso de la Productividad"; aceptaron las medidas de restricción del consumo; aceptaron y justificaron las tratativas con los organismos financieros internacionales; opusieron reparos en el bloque de diputados a los convenios con la California. Pero en ese momento ya la suerte del gobierno nacionalista burgués estaba echada: o se radicalizaba, enfrentando decididamente al imperialismo y a la burguesía oligárquica, o su destino estaba sellado.

Hubiera sido indispensable, o que la propia burguesía independiente se decidiera a la lucha, lo que significaba apoyarse cada vez más en la clase obrera, o que ésta hubiera estado en condiciones de tomar en sus manos el proceso, encabezándolo. Para lo primero, la burguesía temía en exceso a ese proletariado fuerte cuantitativa — mente, demasiado presente. El gobierno, fiel a su naturaleza burguesa, no se animó a organizar a las masas populares para la lucha; al contrario, utilizándolas para amedrentar y negociar, las frenó deliberadamente. Para lo segundo, la clase obrera no estaba en condiciones de dar el salto necesario para su independencia, pues no existían ni la conciencia, ni los dirigentes, ni las organizaciones que pudieran dirigir un proceso que llevaba inexorablemente a la guerra civil. "Del trabajo a casa y de casa al trabajo" fue la consigna oficial, y no hubo otra propuesta detrás de la que pudiera movilizar el proletariado.

VOLUCION
TADORA

Este panorama se reprodujo con toda nitidez después del golpe de 1955;

Inmediatamente después de setiembre, Natalini y Framini intenta-

ron negociar, mientras abajo reinaban el estupor, la parálisis, y algo sin duda de esperanza. Solamente frente a la posterior intransigencia gorila, ya bajo Aramburu, se abre el período llamado "de la resistencia", se crean comandos y direcciones ilegales, resurgen activistas y se inicia la lucha del proletariado. (*)

En ese lapso (1955-57) tal lucha cubre muchas formas, desde la huelga hasta el terrorismo, y no sólo por reivindicaciones salariales sino también por causas políticas (exigencia de legalidad al peronismo, defensa de las nacionalizaciones). Pero falta un proyecto político, pues la burguesía independiente ha perdido el suyo y el proletariado no lo tiene. Es la dirección peronista la que lo provee, pero para buscar una salida de transacción, a través de la cual los sectores burgueses buscan solucionar sus problemas: el frondicismo. Como contrapartida, a la clase obrera se le concede sólo la recuperación a medias de su movimiento sindical, y los dirigentes, la mayoría de los cuales han surgido durante la "resistencia", aceptan el acuerdo.

A partir de ese momento, en la CGT aparecen los sectores que dominarían el panorama durante casi diez años:

1. Un ala peronista "blanda", nucleada alrededor del sindicato obrero numéricamente más fuerte, la Unión Obrera Metalúrgica, al que aparecen aliados el gremio más rico, Luz y Fuerza, otros cuya situación es relativamente buena, Petroleros del Estado, y algunos unificados por una "máquina gremial" semigangsteril, como la Construcción.

En todos estos casos, la línea política es muy simple: desaparecida la propuesta nacionalista burguesa, pactar con la vigente, o sea con la gran burguesía y el imperialismo, tratando de negociar con ellos como direcciones reformistas. Han dejado de ser nacionalistas, ya no apuestan al desarrollo capitalista autónomo, pero confían, en cambio, en un desarrollo local ligado al imperialismo. En unos casos, como en el del vandorismo, la posición se acerca mucho al "desarrollismo" con ínfulas tecnocráticas y científicas que proponen algunas tendencias burguesas. En otros casos, como en el del Sindicato de Luz y Fuerza de la Capital Federal, se expresa en forma cabal y abierta ese desarrollismo y existen relaciones estrechas con la Federación Americana del Trabajo.

(*) Para ver con más amplitud algunos de los problemas que aquí se señalan, J. Vazeilles, "Política y Sindicatos", Ed. MLN.

En general se trata de sindicatos que, o se encuentran en una situación efectivamente privilegiada con respecto a la masa de trabajadores, acosados por la pérdida del valor de sus salarios y el desempleo, o cuentan con un núcleo en esas condiciones, aunque tengan también una masa colocada en el nivel general. En efecto, para 1959, el promedio del salario anual en Luz y Fuerza era superior a \$ 68.000, debiendo tenerse en cuenta que las dos terceras partes de los trabajadores ganaban menos de \$ 52.000. A esto debe unirse el que el gremio goza de estabilidad por la demanda de trabajo, y de privilegios especiales, que aún conserva. Claro está que no pasa lo mismo en el otro extremo, el de la construcción, pero allí existe uno de los pocos sectores industriales de ritmo sostenido de crecimiento y un tipo de trabajo que da (por la falta de estabilidad en el lugar de empleo) un gran peso a la "máquina" gremial. Esta, por otra parte, tiene mucho peso también en Luz y Fuerza, metalúrgicos, y otros sindicatos.

Tenemos así pues la base material para el nuevo tipo de reformismo de derecha, de origen peronista. Pero, como sucede con todo reformismo obrero, donde el estado de la conciencia de clase juega un papel fundamental, esa base material no lo explica todo.

2 . El reformismo de derecha ha sido alimentado no menos por el núcleo denominado de los "independientes", con una composición preponderante de gremios de empleados, y direcciones no peronistas. En líneas generales, dada la composición social mayoritaria de sus bases, el nucleamiento ha sufrido a lo largo de estos años, menos "rebeliones duras" que en el campo peronista, facilitando a sus direcciones el arreglo con la línea blanda peronista, para volver inocua y reformista la dirección de la CGT. Por el contrario, los arreglos se veían dificultados por la mera expresión de objetivos políticos propios por parte de los sindicalistas peronistas.

3 . Hacia 1959 comenzó a dibujarse lo que se llamaría después el peronismo "duro". Sus primeras manifestaciones es posible encontrarlas quizás en grupos que resistieron el acuerdo con Frondizi en 1958, pero su aparición comienza después, en la oposición al mismo. En ese momento algunos dirigentes sindicales maniobran y en el sector político aparece el neo-peronismo, expresión de la burguesía mediana que busca independizarse de Perón, librarse de sus maniobras tácticas y encontrar por sí bases de acuerdo con la burguesía oligárquica. Mientras tanto, explota en Enero del 59 la huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre contra su privatización, los petroleros se alzan contra el plan de concesiones, y un ala sindical, cuya figura más visible es Framini, encabeza junto con algunos sectores políticos una oposición radicalizada: se suceden las

huelgas, renace el terrorismo, aparecen guerrillas, el lenguaje peronista se "izquierdiza", y algunos sectores llegan a actuar públicamente junto a la izquierda. El momento coincidió con el ascenso de la revolución cubana, y durante un tiempo se alzó una ola de aparente radicalización: la CGT proclamó la "Declaración de Huerta Grande"; el P. Comunista se ilusionó con un real "giro a la izquierda" del peronismo; el P. Socialista Argentino vivió una hora de euforia: por fin el socialismo se reencontraba al mismo tiempo con la clase obrera (a través de votos locales del peronismo) y con la revolución (castrismo mediante). Los socialistas coreaban "¡Por otro 17, con fusil y con machete!". Un alud de votos a Frondizi en la Provincia de Buenos Aires sepultó a Frondizi y a su fórmula de "integracionismo y desarrollo".

Pero ya para ese momento se podía advertir que tanto la izquierdización del peronismo como la radicalización del P. Comunista y del socialismo eran mucho más verbales que reales. Esto último, aunque ambos partidos seguirían sacando réditos del castrismo durante un tiempo, quedaría bien claro después. En relación a la clase obrera peronista y a sus dirigentes y activistas, a poco andar se vería lo siguiente:

¿"IZQUIERDIZACIÓN" O CHANTAJE A LA BURGUESIA?

1. En primer lugar, algo que ya podía haberse advertido durante el período de la resistencia, que constituye un descubrimiento elemental y básico del marxismo pero que, como suele ocurrir, es con frecuencia olvidado. Se trata solamente de esto: la clase obrera y en general las clases oprimidas, entran en lucha a partir de sus necesidades económicas, y a veces esa lucha toma caracteres duros y aun muy duros. Pero las luchas de los oprimidos solo se generalizan y logran mantenerse largo tiempo cuando existe una esperanza política, una esperanza de cambio al nivel estatal inscripta de un modo real o ilusoriamente claro en el horizonte. En el 55, en el 57, en el 62, esa esperanza existía. En esas coyunturas, la dirección peronista tenía propuestas qué hacer, las hizo, y esas propuestas aparecían como realizables: luchar duramente para derribar al aramburismo y retornar a 1954; apoyar a Frondizi y retornar a 1954 mediante el acuerdo con éste; derrotar a Frondizi y llegar al cambio imponiendo a sus propios dirigentes intermedios.

2. Esa esperanza no significaba una "izquierdización". Desde luego, no en el caso de Perón y de la dirección peronista: Perón, en 1962 como en las ocasiones anteriores, lo mismo que durante su gobierno, usó la "izquierdización" como una amenaza, como una demostración al conjunto de la burguesía de lo que podría llegar a o-

currir si él quisiera, de lo que podría llegar a ocurrir si él no existiera como una valla para que las masas no se lancen " en brazos del comunismo". Es más, como lo demuestra su carta a Kennedy en esa época, tal prevención también se dirigía al imperialismo. La dirección peronista, simplemente, verbalizaba, hacía demagogia en algunos casos, y en otros trataba de frenar lo que estaba ocurriendo. Pero tampoco existía esa "izquierdización" en el proletariado en el sentido en que lo entendían el P. Comunista y los socialistas.

La clase obrera quería y esperaba un cambio, y estaba dispuesta a luchar por ese cambio. Incluso arriesgando en la lucha sus empleos, su seguridad, muchos de ellos su vida, (como efectivamente sucedió). No le preocupaba si los límites de ese cambio iban más allá de los del sistema, y probablemente estuviera dispuesta a aceptar que los excediera. Pero no pensaba en el comunismo ni en el capitalismo. Se representaba ese cambio, sobre todo, como el retorno al pasado.

De esa situación, si hubiera habido una vanguardia revolucionaria, podría haber surgido un cambio real en el proletariado y un paso, quizás un salto hacia adelante en el proceso. Pero no la había. El P. Comunista era tan reformista como ahora y simplemente usaba demagógicamente las simpatías por la Revolución Cubana y se ilusionaba con el acercamiento al peronismo. Los socialistas, como se podía prever y se vio con más claridad después, eran simplemente oportunistas. (*)

3. En tercer lugar, fue recién durante 1960-62 que se constituyó realmente lo que generalmente se llama "línea dura" del peronismo sindical. No es fácil caracterizarla en poco espacio porque se relaciona de cerca con varios grupos políticos en primer lugar. Luego, éstos y los sindicales tienen conflictos entre sí y dirigentes de muy disímiles características que, a su vez, asumen diferentes proyectos políticos y personales. De un modo muy genérico, puede hablarse de una corriente política y sindical que expresa inorgánicamente tanto la rebeldía ante la opresión general que sufren las clases populares en nuestro país como la explotación de la clase obrera, busca confusamente canalizarlas y, al mismo tiempo, las limita. Actúa como toda tendencia de izquierda en un típico partido de masas populista: expresa de modo radicalizado las necesidades de las masas, pero sirve simultáneamente para mantenerlas dentro de los marcos de un partido de objetivos burgueses.

(*) J. Vazeilles, "Los Socialistas", Ed. J. Alvarez, 1968.

Tengan o no componentes sindicales, los que se plantean como grupos políticos, conciben radicalizadamente el nacionalismo burgués, pero sin llegar a excederlo; se encuentran influenciados por el marxismo y a veces, incluso, se declaran marxistas, pero sin haberlo asimilado; plantean la necesidad de la lucha armada y creen que su puesta en práctica traería mecánicamente la revolución socialista, cuyo concepto de fondo no suelen ver con claridad. Todo esto tiene su núcleo y su razón de ser en que si bien tienen posiciones más radicalizadas y consecuentes en torno al nacionalismo y la lucha antimperialista que la dirección peronista, no tienen una posición de clase, proletaria, lo que les impide sobrepasar el nacionalismo burgués y, por ende, tener una línea política independiente. Pero constituyen sin duda un fermento revolucionario en el interior del peronismo, y pueden llegar a pasar a serlo realmente si persisten en una práctica de lucha frontal contra el imperialismo que inevitablemente los lleva a chocar contra el sistema capitalista mismo.

En el orden sindical, la línea "dura" resulta aún más contradictoria. Si bien posicionalmente nos encontramos también aquí con una cierta consecuencia en cuanto a planteos nacionalistas y de reivindicaciones económicas del proletariado, ocurre que se encuentran limitados por la propia esfera de lo gremial; sus planteos, o se reducen a lo puramente declarativo, o deben limitarse a lo exclusivamente reivindicativo cuando quieren pasar a la acción, apareciendo lo político (el nacionalismo, la defensa de las libertades democráticas) como un mero agregado. La otra alternativa es que sus sindicatos comiencen a funcionar como instrumentos políticos, envolviendo a los dirigentes. Pero en este caso ellos suelen desgastarse en luchas internas partidarias y de tendencias en el seno de sus gremios. En realidad, el sindicalismo "duro" sólo aparece como tendencia clara, diferenciada del resto del peronismo en función de oposición interna, cuando una parte de éste trata de negociar con gobiernos proimperialistas. Pero cuando el peronismo en su conjunto, por razones correctas o incorrectas, se endurece en la oposición, la línea "dura" se confunde con el conjunto.

Por otra parte, en gran medida debido a sus limitaciones y en menor medida por cierta falta de consecuencia originada en el burocratismo, las posiciones de la línea "dura" sindical no se traducen en un trabajo en la base mejor que el del conjunto de las direcciones gremiales.

Entre ambas corrientes existe, y esto no debe olvidarse, un amplio sector intermedio, que comprende tanto a dirigentes de primera línea como a numerosísimos dirigentes secundarios. Este "centro"

tiende a polarizarse según las circunstancias, y en este momento esa polarización se acentúa, debido a la perduración y agravamiento de la crisis que afecta a la clase obrera desde Junio de 1966.

Para comprender lo que esto significa, es necesario advertir con claridad lo que es la unidad peronista de la clase obrera y el desgaste de la misma.

La unidad del peronismo se funda en la experiencia vivida por nuestro proletariado, esa experiencia que a grandes rasgos hemos reseñado. Se basa, pues, en buena medida, en el deseo del retorno al pasado, en la esperanza de que aquella situación sea recobráble.

Esa experiencia le recuerda a la clase obrera que su vida fue mejor cuando se asoció a un movimiento nacionalista bajo dirección burguesa. Le recuerda, conjuntamente, que en esas circunstancias sus conquistas se lograron sin sacrificios mayores, sin una lucha demasiado dura ni riesgosa. Es decir, que esa experiencia funda y sostiene un reformismo obrero ligado subordinadamente al nacionalismo burgués.

A esa experiencia favorable se suma otra: la vivida desde el 55 a la fecha. La misma le enseña que fallando tal asociación la lucha se hace muy dura y dificultosa, y que, además, se llena de derrotas. De hecho, al ceder la burguesía independiente y perder luego capacidad de acción (y aún de negociación) a nuestro proletariado se le ha impuesto, no la independencia, -que sólo puede surgir de su propia dinámica y de su conciencia- pero sí la soledad. Desde ella ha luchado duramente y ha ido sufriendo una larga derrota. ¿No es natural que tiendan a reverdecer continuamente sus ilusiones sobre las posibilidades del reformismo y la alianza subordinada con la burguesía? ¿Puede espontáneamente tender a plantear una independencia real, que la llevaría a enfrentamientos y luchas aún más duros? Sólo convenciéndose de que aquella alianza, en esas condiciones, no puede volver a repetirse, sólo convenciéndose de que la derrota actual tiene su origen en la debilidad que significaba esa alianza subordinada, sólo convenciéndose de que exclusivamente a través de una política independiente puede llegar a triunfar, el proletariado puede extraer conclusiones positivas de una experiencia que ve como negativa (*).

(*) Adviértase que se trata de una experiencia totalmente contraria a la de los proletariados "clásicos" que apoyaron las revoluciones burguesas antifeudales, de las que surgió más explotado que antes. Cfr: "Manifiesto Comunista", Cap. I.

Desde luego, esa experiencia no obra en un solo sentido: al sufrir el proletariado una explotación creciente, mayor inseguridad en su trabajo, la amenaza y los efectos de la desocupación; al sufrir la repre- sión del sistema aun cuando se limita a la lucha económica, objetiva mente es empujado a radicalizar la lucha de clases. Se encuentra así en una situación contradictoria, conflictual, que, al no resolverse, afirma la tendencia espontánea a quedarse en los límites del reformismo. Claro está que el mismo tiene cada vez menos margen, en la medida misma en que la aceleración de la penetración imperialista exige una explotación mayor del obrero "colonial" para asegurar a los monopolios la super-plusvalía que vienen a buscar. Esto deteriora a la corriente "blanda", al dialoguismo, al participacionismo. Pero sólo lleva hasta los límites que constituye la línea "dura" que, al fin, es también una variante del reformismo. Se trata de una regla confirmada una y otra vez por la historia: espontáneamente la clase obrera no cobra conciencia de la necesidad de plantear una política independiente, de clase, que se proponga destruir el poder burgués, crear un nuevo poder y desde él, desde la instauración de su dictadura, construir una sociedad sin clases. Esa claridad no puede adquirirla el proletariado sin ser guiado por la ideología proletaria, el marxismo. Y para que esto ocurra es imprescindible que aparezcan y logren inserción e influencia en la clase obrera organizaciones revolucionarias que introduzcan en el proletariado el conocimiento, la conciencia, que por sí solo no puede adquirir.

Pero aún hay más: el aferramiento a su unidad política como a algo que le es favorable también procede de la experiencia vivida por la clase obrera. El solo hecho de estar unido le da fuerza: fuerza porque actúa en masa, porque a partir de esa unidad es respetado así sea en algo por la burguesía, logra a veces que ésta busque sus favores, y, todavía, arrastra a grupos no obreros detrás de sí. Ahora bien, el cemento más firme de esa unidad no es sindical sino político, desde que el programa mínimo imprescindible para abarcar los intereses generales de la clase tiene que abarcar el nivel estatal, mucho más allá del plano meramente sindical.

Claro está, por tratarse en nuestro caso de una propuesta política burguesa, y, por lo tanto reformista, es decir falsa en cuanto a lo que promete al proletariado, también aparece aquí una situación con- tradictoria y esa unidad tiende a romperse: En unos casos se sacan (por los dirigentes, pero también por las bases, no nos engañemos) las conclusiones lógicamente más "realistas" de la propia propuesta reformista burguesa: ya que se trata, en definitiva, de negociar con la burguesía la fuerza del movimiento obrero a cambio de cierto bien estar económico y coparticipar (a nivel de ser escuchado e influir , pues nunca se habló de decidir) en el poder político, ¿por qué no ne-

gociar con la fracción de la burguesía que lo detenta, ya que la burguesía independiente, de la que nació la propuesta, es incapaz de llevarla a cabo en las nuevas circunstancias? En otros casos, en cambio, persiste la fidelidad a las viejas banderas, obrando en ese sentido el complejo de causas que hemos enumerado: la experiencia convertida en tradición; un nivel básico de conciencia alcanzada, de contenidos nacionalistas; la reacción ante el aumento de explotación; la conciencia de la fuerza que da la unidad; el rechazo a todas las otras propuestas políticas, que se recuerdan o reconocen como enemigas; la ilusión ideológica que hace vivir la posición política habitual como una posición política de la clase, enfrentada con el conjunto de los explotadores. Téngase en cuenta que todo esto es tan fuerte que aun aquellos que abandonan en los hechos las antiguas posiciones nacionalistas rara vez se atreven, en el caso de los dirigentes, a declararlo así. Y téngase presente que la ambigüedad del peronismo (ambigüedad ideológica que se traduce en los hechos en las múltiples maniobras de Perón) permite seguir llamándose peronista y tomar sin embargo cualquier postura política, así como permite a las bases seguir creyendo que sus dirigentes no han cambiado siempre que defiendan el nivel de vida de los trabajadores y éstos vean que esa defensa da resultados.

Y aquí está el quid de la cuestión: el peronismo "blando" es una consecuencia del reformismo peronista cuando predomina el reformismo sobre la fidelidad al nacionalismo. Esa degradación ideológica real es posible en la medida en que existen algunas, aunque escasas, bases materiales para el reformismo, pero siempre las únicas reales. Su relevancia crece a medida que un retorno al régimen peronista se vuelve cada vez más ilusorio, apareciendo una cierta independencia de las directivas de Perón, dirigida hacia la derecha. Es, para reducirlo a términos políticos, una respuesta a la impotencia de un liderazgo que nació en el éxito fácil y que se desgasta al fracasar una y otra vez. Por su parte, el peronismo "duro", que se afirma en la intransigencia mediante la fidelidad, poco a poco va convirtiéndose también en un principio de independencia, no sólo porque las propuestas tácticas del líder fracasan, sino porque esas propuestas llevan, además, a transar una y otra vez, a ceder ante el enemigo, y cada cesión no se revierte en éxitos, sino en nuevos fracasos y en nuevos endurecimientos que preparan otras transacciones. Sólo que aquí la independencia total es más difícil, pues en lugar de llevar a un reformismo que puede enmarcarse en la política de la gran burguesía e ideológicamente en el desarrollismo, implica la ruptura con la alienación, la ruptura con una política asociada subordinadamente a la política burguesa, el salto hacia una política revolucionaria de clase.

¿ Por qué ese pasaje no se produce, si existen condiciones favorables para que así ocurra?

Este es un problema fundamental, que debe resolverse en nuestro país, para que el proceso revolucionario de un salto real. Sus elementos y causas son los que surgen de la situación de la propia clase obrera. Pero presenta otros, que es necesario tener en cuenta, pues forman con aquellos una situación estructural unitaria.

Dicho muy simplemente, la cuestión puede reducirse a esto: a pesar de todo, la clase obrera unificada en una sola posición política sienta, como hemos señalado, que eso le da fuerza y capacidad de hacerla valer. Y no ve, en cambio, ninguna otra propuesta con potencia visible suficiente que sea mejor que la que tiene.

En el orden político sindical, el P. Comunista y su organización gremial son también reformistas (aunque se trate de un reformismo proletario), y tienen un triste pasado no desmentido por el presente. No insistiremos sobre esto, ya demasiado recordado, traído y llevado. Recordemos sólo algunos hechos políticos de gran magnitud, del pasado reciente:

El P. Comunista se opuso al peronismo, acusándolo de movimiento fascista, y llegó en su aberración a oponerse a algunas conquistas obreras de ese período (su decisión más increíble en ese sentido fue el apoyo que dió al lock-out patronal contra el aguinaldo en 1945). En 1955 apoyó el golpe militar, y dentro de éste a Rojas contra Lonardi, sosteniendo que el primero representaba el ala democrática de la dictadura. En noviembre de ese año participó en el despojo a los sindicatos, acompañando a las intervenciones militares, con lo cual obtuvo el control de algunos gremios. Ingresó con algunos delegados en la Convención Constituyente de 1957, a partir de un acto electoral en el que el peronismo estaba proscripto, y que era repudiado por la clase obrera. En 1959, cuando ya el proletariado había iniciado una dura lucha contra Frondizi, mantuvo aun por un tiempo su "apoyo crítico" a éste. Se ilusionó con los generales nasseristas en 1962. Dio y mantuvo todo el tiempo su "apoyo crítico" a Illia, negociando hacia el final del gobierno de éste con Vandor, frente a las "62 de Pie".

Tales posiciones no se deben al azar, ni a errores circunstanciales, sino a la ideología real del P. Comunista local, reformista, más cercana al positivismo liberal progresista de fin de siglo que al marxismo, aunque eso se exprese en fórmulas relativamente marxistas.

Sometido a las presiones que surgen de la aceleración de la crisis y de la explotación obrera en el orden local, y de los cambios ocurridos en el campo socialista y en el Tercer Mundo en el orden internacional, el P. Comunista ha sufrido una escisión tras otra, perdiendo sus mejores cuadros intelectuales, sus mejores activistas y dirigentes y cuadros en el movimiento obrero. Pero eso no lo ha llevado a una autocrítica, sino que se debate hoy en un visible marasmo. Bien claro es que no nos encontramos en el P.C. ante una alternativa para la clase obrera: no sólo porque esa propuesta es reformista y no revolucionaria, sino porque tampoco se trata de una propuesta reformista eficaz, que responda a la realidad nacional.

Desde luego, tampoco puede ser una alternativa para la clase obrera la heterogénea aglomeración que durante un tiempo se agrupó bajo la denominación de "independientes".

La izquierda revolucionaria, por su parte, aunque existente como tendencia en el campo sindical, carece de fuerza para representar una alternativa a nivel nacional, dado el enorme tamaño de nuestro sindicalismo. Esto, y el conjunto de hechos que hemos señalado, es lo que constituye una de las barreras más graves para la penetración de proyectos revolucionarios en nuestra clase obrera. La dificultad para superar esa barrera es una de las causas que empujan al desánimo, al aventurerismo o al seguidismo a aquellos que no están pertrechados de la conciencia suficiente. Esa situación exige tener la capacidad de elaborar y poner en práctica formas de trabajo que, rígidamente apoyadas en los principios, sean a la vez lo suficientemente imaginativas, audaces y flexibles como para acelerar el proceso de lucha proletaria.

Y precisamente la actual etapa, ha abierto nuevas brechas para el trabajo revolucionario, aun con todos los vaivenes y cambios que es dable esperar y las limitaciones que este mismo momento tiene. De un modo general lo que está ocurriendo desde hace unos años es lo siguiente: el pasado es un capital político que posee el nacionalismo populista, pero ese capital ha sido dilapidado progresivamente. Las opciones reformistas que especularon en algunos momentos con el prestigio prestado de revoluciones ajenas también desgastaron ese capital que no era suyo. Esto y las reiteradas derrotas y desilusiones ha producido un momento de baja de la combatividad de la clase obrera pero, a la vez, ha abierto oportunidades para el trabajo revolucionario, a medida que el aumento de la explotación, la miseria generalizada y la opresión hacen que la espontaneidad de la lucha de clases desgare los límites de todo re-

formismo. Es a partir de crear una opción política real y apoyándose en la experiencia concreta del proletariado que la lucha de clases puede convertirse en lucha revolucionaria.

Como es visible por su estructura, este artículo retoma, en su segunda parte, la situación del movimiento obrero en la actualidad. Por razones de espacio su publicación seguirá en el próximo número.

ACLARACIONES SOBRE REPETICIONES: ¿QUE ES EL INTELLECTUAL?*

Ismael Viñas

La nota "Repeticiones sobre los deberes del intelectual" ha levantado una multitud de críticas y discrepancias. Eso no me disgusta :: el objetivo expreso de la nota era polémico. Pero muchas de las objeciones que he conocido son simplemente irrelevantes o estaban planteadas tan fuera de foco que eludían el fondo de lo que cuestionaban. Voy a dar algunos ejemplos y a aclararlos rápidamente, para pasar a la única objeción que me parece de fondo, aunque no siempre fuera planteada claramente. Intento solamente desbrozar primero el camino, porque creo que aun aquellos que en mi concepto tomaban el rábano por las hojas estaban, sin querer y sin saberlo, aludiendo a la cuestión que estimo fundamental. Voy a los ejemplos :

Se dijo, pongamos por caso, y para mostrar alguna de esas objeciones que estimo irrelevantes, que el artículo defendía el realismo socialista. Créo que eso puede ser calificado de lo que a veces he oído llamar sospecha calumniosa. El artículo no pretende dar ninguna receta artística, ni la del llamado realismo socialista, ni ninguna otra, y la cosa no exige más explicaciones.

También se criticó que en la nota no se diera soluciones a los intelectuales que tienen el problema práctico de introducir la perspectiva marxista en su obra, y plantear la militancia desde la misma. Lo siento, porque es efectivamente así : la nota no se propo-nía tal cosa, y sólo puedo decir que en todo caso sólo pretendía abrir un debate sobre el tema. Además, se reprochó reiteradamen-te que el artículo sostuviera que Einstein no es un intelectual.

(*) Parece necesario aclarar aquí por qué tomo yo la polémica, y no Piglia ni Rivera. Es simple: coautor del artículo a que me refiero en el texto, soy el único responsable de su primera parte, a la que se refieren todas las críticas recibidas.

Creo que se trata de un ejemplo de mala lectura, de esos que nacen de los prejuicios del lector. Y, a la vez, de lo que he llamado objeciones fuera de foco:

Es obvio que ni a los autores del artículo ni a nadie se le puede ocurrir negar que Einstein fue un científico de primera fila y, en el sentido usual del término, un intelectual (1). Lo que se dice es simplemente, que existen intelectuales burgueses e intelectuales revolucionarios; que, desde esa perspectiva, Einstein fue un intelectual burgués; y que es legítimo preguntarse (una vez aceptada tal perspectiva) si puede considerárselo como un intelectual pleno. Desde luego, esto último nos remite a una cuestión mucho más compleja, a la que el artículo hacía referencia: que sólo puede ser considerado un intelectual aquel que se hace cargo de la verdad total de su momento histórico, lo que exige convertirse en intelectual de la clase que en ese momento es la clase revolucionaria. Por supuesto, esto es controvertible. Y me lleva al único tipo de objeciones hechas al artículo que considero centradas. Las de aquellos que me dijeron: "el artículo sostiene que sólo puede considerarse intelectual al revolucionario, y eso constituye un error garrafal".

Efectivamente: la polémica sólo puede centrarse adecuadamente si nos ponemos de acuerdo sobre qué es un intelectual, porque el artículo sólo hacía expreso lo que aparece implícitamente en todos los que hablan y escriben sobre el tema, ya que la palabra intelectual es utilizada siempre en, por lo menos, tres sentidos diferentes. Se llama así tanto a quienes, simplemente, realizan tareas no manuales, o preponderantemente no manuales; a quienes se destacan como especialistas en esas tareas; y a quienes de un modo o de otro cuestionan la sociedad constituida. El resultado es una real confusión que lleva a algo más que a malosentendidos teóricos: ocasiona y permite confusiones prácticas, que derivan fácilmente al terreno político. Por qué, por ejemplo, cuando la "Rosa Blindada" abrió una encuesta sobre los intelectuales, Cooke terminó hablando sobre el peronismo y la izquierda, sin aclarar, además, cómo realizaba ese tránsito? La confusión, en ese caso, no tenía derivaciones directas graves, aunque estimo que tenía implicancias peligrosas. Pero en otros casos sí las tiene. Tomemos otro ejemplo local, el de Jauretche: siendo un ideólogo de la burguesía, y, por lo tanto, un intelectual burgués, se complace en apo-

(1) Para evitar confusiones, usaré en adelante subrayado para la palabra intelectual cuando la emplee significando aquel que acostumbra el ejercicio de la actividad del intelecto.

yarse en el equívoco sentido de la palabra para desdeñar a los que él llama "intelectuales", detrás de lo que se oculta (aunque no del todo) una defensa del orden capitalista contra la revolución socialista, avalada en críticas justas al izquierdismo local. Creo que es visible ya que no nos encontramos ante una cuestión académica, ni tampoco ante un problema simple. Y me animo a pensar que es imprescindible para que la polémica tenga real sentido, que nos pongamos de acuerdo sobre qué queremos decir cada uno cuando hablamos de los "intelectuales". Esto no impedirá las discrepancias de fondo, pero las hará más claras. Tampoco impedirá discrepancias secundarias, pero les dará un enmarque mejor.

Como no pretendo ser yo el descubridor de la pólvora en este terreno, pido autorización para hacer un ligero paseo y mostrar o recordar qué entienden por intelectuales algunos marxistas, algunos que se declaran tales, y qué entiende por intelectual el pensamiento burgués. Esto me impedirá, por supuesto, agotar el tema ; pero como espero que la polémica empiece y no termine aquí, tal limitación carece de importancia.

Mi preocupación no es gratuita: aclarar qué son los intelectuales permite plantear cuáles son los deberes y tareas exigibles a los mismos, no sólo en el proceso revolucionario sino también en la etapa posterior a la conquista del poder por el proletariado, en la etapa de transición, de construcción del socialismo, de transición hacia el comunismo. La marcha de la revolución mundial y lo que ocurre en los países socialistas lo muestra con toda claridad.

*** * *** |

Si nos acercamos a quienes plantean el problema desde el punto de vista burgués, nos encontraremos con que no ponen en pie siquiera la cuestión. Simplemente parten desde lo que puede llamarse el consenso común, y sin precisión alguna aceptan que son intelectuales todos los que de algún modo exhiben conocimientos con cierto prestigio, aunque ese prestigio no les provenga del propio campo en el que se exhiben. En los hechos, tienden a tomar como intelectuales a todos los que publican opiniones (no digo ideas) por escrito. Y aun en el caso de intentar alguna sistematización, la misma se limita a tratar de clasificar a los que ya han dado por sentado que están definidos, por niveles, más o menos arbitrarios de talento, de capacidad creadora. Invito a quien quiera hacerse una idea del método a hundirse en los pretenciosos discursos de R. Aron en "El opio de los intelectuales", o en las más bien escuálidas páginas de los informes publicados por nuestro autóctono Instituto Di Tella, armados sobre lo que llaman "simposios". De ese punto de partida resulta siempre que los "intelectuales", aunque no se sepa bien que son, aparecen como una capa absolutamente

independiente, libre de ataduras con las estructuras y sistemas sociales, de las clases y de sus conflictos, por encima de la historia, moviéndose en el plano donde las ideas transportadas por ellos como una antorcha olímpica libran perpetuo combate por la libertad, la verdad, la justicia, el saber, la belleza.

Ocurre que esa perspectiva es, obviamente, la de los propios intelectuales burgueses, o para decirlo con más precisión, de los intelectuales sometidos a la ideología de la burguesía, que se velan a sí mismos esa situación y su condición de servidores del capitalismo, mediante el uso de una libertad condicionada en el mundo de las puras ideas, del puro "conocimiento", del manejo de los símbolos o de algún tipo de materia, en su papel de sabios, técnicos, filósofos o artistas. O ejerciendo alguna forma de poder delegado, instrumentado por la burguesía, que imaginan autónomo, al modo de los políticos o de los modernos ejecutivos.

Entre los marxistas, no existe ese error de arranque o perspectiva. Eso sería imposible dado el método utilizado, que exige, para analizar una sociedad determinada, sus sentimientos, sus ilusiones, las ideas y los pensamientos que prevalecen en ella, "fijarse ante todo en la producción material, no considerándola bajo el aspecto de una categoría universal, sino como una forma histórica concreta de producción", en el régimen de propiedad sobre el que se levante esa sociedad, en la división de clases existente en la misma. De allí deriva el concepto de que el trabajo intelectual y todas sus especialidades no son sino el resultado de la división del trabajo que aparece con la división en clases. Con tal división queda "segmentado el propio hombre", sacrificando "...sus energías físicas y mentales en beneficio de una sola". (C. Marx, "Teorías sobre la plusvalía", "Misericordia de la filosofía"; F. Engels, "Anti-Dühring"). No es sólo el obrero el que es condenado a la parcialización y división de su calidad de hombre, al par que condenado al embrutecimiento al especializarlo como trabajador manual (y ese embrutecimiento puede lograrse también mediante una alta preparación destinada a lograr el "obrero-cualificado"). También el intelectual se convierte en un ser dividido e incompleto, condenado a no ser sino medio-hombre, un especialista (tanto como el obrero) al servicio de objetivos que él no fija, de objetivos que le son ajenos. En los casos más "elevados", en un bruto-angélico. Al intelectual, tanto como al obrero, el resultado de su actividad le viene impuesto "desde afuera": no es sólo el producto de su trabajo el que resulta enajenado, sino que él mismo es negado como persona y objetivado como Otro entre los Otros. El intelectual puede negarse a reconocer esto; puede, sencillamente, ignorarlo o rechazarlo airadamente, apelando a la realidad de la libertad de su trabajo, de su acción libremente dirigida "hacia un fin". Ello no constituirá sino una prueba de su alienación, de su incapacidad de análisis.

de los límites de su propia capacidad en aquel terreno en donde él se considera privilegiado : en el del ejercicio de su razón.

Este planteo parecería dar bases suficientes como para moverse con comodidad en el problema, y evitar confusiones y cavilaciones.

La humanidad aparecería escindida en dos sectores : aquellos que "trabajan fundamentalmente con sus músculos", los obreros ; y aquellos que trabajan fundamentalmente "con sus nervios", los intelectuales, los "empleados" del sistema. Pero no es así :

Gramsci, comienza dibujando la cuestión de modo claro y terminante, de lo que resulta que bajo el término de "intelectuales" aparecen comprendidos todos los que desarrollan una labor no física (desde los científicos y artistas hasta los empleados propiamente dichos, pasando por los técnicos y los profesionales liberales). Pero avanza luego, y al iluminar, precisamente, un hecho social interesante , el del desplazamiento en las sociedades industriales del intelectual "tradicional" (que asimila al humanista y al dedicado a las llamadas profesiones liberales) por el intelectual moderno , retorna a la confusión. Pues, aunque no lo diga expresamente, nos encontramos aquí de nuevo con que serían intelectuales una determinada capa definida no sólo por realizar cierto tipo de actividades no manuales y no todas, sino también por el nivel en que desarrolla esa actividad. Difícilmente, en efecto, podría admitirse que en esa división entre intelectuales tradicionales y modernos hubiera que tener en cuenta al empleado común de la burocracia estatal o privada.

El desliz de Gramsci no es en sí demasiado grave , pero no es sólo verbal sino que implica un salto no explicado. Es difícil establecer de qué gravedad. Difícil establecer desde el interior de la obra de Gramsci si se trata de una simple imprecisión terminológica o de un error conceptual. Pero lo cierto es que el " intelectual " tiende a resurgir como aquel sector definido por el privilegio de los objetos que maneja, que supuestamente lo tiñen a él mismo, en cuanto ser humano, como un hombre diferente y superior frente al resto. Tal confusión y tal riesgo no son menores porque no sean explícitos.

Pero aparecen, sí, explícitamente, en otros marxistas. Por ejemplo, para André Gorz ("Historia y Enajenación"), los intelectuales se definen como "individuos marginales incapaces, por sus contradicciones singulares, de integrarse a la comunidad. Esos hombres que ... viven una contradicción insuperable, se inclinan a la impugnación " .

"Representan el espíritu de autonomía en medio del reino de la necesidad", cuya "impugnación... es un fin en sí... la más alta manifestación del valor del hombre". Los intelectuales constituyen entonces una categoría individual, casi psicológica ("con frecuencia desde antes de su nacimiento, han sufrido un daño absoluto") . Bien lejos estamos aquí de aquella definición basada en la concepción materialista de la historia que hacía del intelectual un ala de la humanidad escindida en dos por la división del trabajo, para encontrarnos frente a un indivi-

duo excepcional, frente al "rebelde", colocado fuera de las clases, que elige, "si la rebeldía tiene bases sólidas y coherentes", solidarizarse con la "clase social que rechaza también la enajenación", el proletariado. ¿No nos encontramos aquí frente a la misma confusión que reprochábamos al pensamiento burgués, sólo que (las palabras son de Gorz nuevamente) le agregamos " una significación moral", una "exigencia moral" ?.

Apresurémonos : la confusión no existe sólo en Gorz. En Portantiero ("Socialismo y nación", "Nueva Política, N^o 1) el "intelectual" tiende a asimilarse al "intelectual de izquierda" o, quizás, con el "progresista", sin que en él aparezca la idea de rebeldía en que se funda Gorz sino la de "hombre ilustrado". En realidad, este último parece ser el concepto que vagamente se maneja en el marxismo en la perspectiva política, desde los tiempos en que se hablaba de la "intelligentzia" hasta ahora. Si recurrimos a Lenín, nos encontraremos por lo menos con tres conceptos diferentes bajo la denominación común de intelectual : la capa pequeño-burguesa ilustrada, tal vez extendible al empleado o funcionario ; la capa individualmente formada por los intelectuales creadores, a quienes vapulea cuidadosamente ; y, finalmente, todo aquel que ejercita el pensamiento teórico ("Qué Hacer?" cap. I, y en especial nota al punto b : "... los obreros no participan en esta elaboración (de la ideología independiente de la clase)... en calidad de obreros, sino en calidad de teóricos del socialismo...). Pero vayamos más allá. También en Marx y Engels el término intelectual es utilizado en tres sentidos diferentes : para designar a aquellos que como resultado de la división del trabajo se dedican a la tarea intelectual, sin distinción de especialidades ni de niveles ; para designar a lo que he llamado en este artículo "intelectuales creadores" y, fundamentalmente, a aquellos que especulan o investigan sobre la situación y la condición humanas (con lo que aparecería un cuarto sentido); y finalmente, para aquellos que en su lucha contra la sociedad basada en la división en clases, en su lucha contra la opresión, eligen tomar el partido de la clase obrera: "La filosofía no puede llegar a realizarse sin la abolición del proletariado, y el proletariado no puede llegar a abolirse sin la realización de la filosofía". ("En torno a la crítica de la filosofía del derecho en Hegel").

Compárese este párrafo con el que citaré a continuación, y se verá lo que quiero decir cuando hablo de los diferentes sentidos en que usan Marx y Engels el concepto de intelectual : "El trabajo de algunas de las clases más respetadas de la sociedad no es menos estéril que el de los criados... todos son obreros improductivos. Son los criados del público y se los sostiene con una parte del producto del trabajo de otras personas... Entre ellos se cuentan asimismo los curas, los abogados, los literatos, los médicos, los cómicos, los juglares, los músicos, los tenores, los bailarines, etc. (C. Marx, "Teorías sobre la plusvalía").

¿Quiere esto decir que en el marxismo existen la misma confusión e idénticas concepciones que entre los pensadores idealistas? Quien haya leído realmente las citas y las páginas precedentes, habrá sido capaz de advertir que no. En algún caso, como en Gorz, existe sin duda cierta incoherencia, muestra de una indudable contaminación de idealismo. En Marx, Engels y Lenin lo que falta es una sistematización expresa referida al problema del intelectual, que puede dar lugar a equívocos cuando se toman textos aislados, tal como lo he hecho deliberadamente, o aun cuando se toman sus referencias concretas al tema, tratando de interpretarlas desde su texto sin referencia al análisis marxista global de la sociedad. Es desde ese pensamiento teórico coherente, del que puede extraerse una clara sistematización para encarar el problema del intelectual.

No pretendo hacer aquí lo que ellos no hicieron pero sí tratar de mostrar esquemáticamente las claves sobre las que se apoya ese pensamiento, ordenando a mi vez las afirmaciones que he ido desgranando a lo largo de este trabajo y los supuestos sobre los que me he movido.

Plantear este problema exige la comprensión del "ser genérico del hombre" o, para glosarlo al propio Gorz, de "como diríamos ahora... lo que el hombre puede y no puede ser auténticamente". Dicho de otro modo: exige comprender que esta sociedad dividida en clases, basada en la explotación de unos hombres por otros, es una sociedad de necesidad, de hombres enajenados, y que la división del trabajo es una consecuencia, una forma de ello. A la vez exige comprender que puede construirse una sociedad sin clases, de libertad, de productores libres, no basada en la división del trabajo.

Esto tiene un corolario obvio: la división del trabajo produce dos tipos de hombre igualmente enajenados, obreros e intelectuales. Estos últimos, produciendo dentro del sistema, son meros servidores (meros "empleados" en la terminología de Gramsci) de la burguesía. Entre ellos es posible distinguir una aristocracia, los intelectuales en el sentido en que suele usarse comunmente el término, es decir, los sabios, los científicos, los filósofos, como capa privilegiada respecto de la masa del conjunto de los trabajadores intelectuales, del mismo modo que ocurre en la clase obrera. El intelectual revolucionario no se distingue del intelectual de la burguesía por lo que hace, por su actividad en cuanto intelectual. El también se ve obligado a aceptar la división del trabajo que resulta de la sociedad en la que actúa. La diferencia reside en el sentido de su actividad, en su producción como intelectual.

Sólo la clase obrera, en cuanto clase, es revolucionaria: su lucha, la lucha de clases que nace de la explotación en que se basa el sistema, al dirigirse inevitablemente contra esa explotación resulta dirigida contra el sistema mismo, contra la división en clases, es objetivamente una lucha contra la enajenación, por la "liberación total del

hombre". "No se trata de lo que este o aquel proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, pueda representarse de vez en cuando como meta. Se trata de lo que el proletariado es y de lo que está obligado históricamente a hacer... Su meta y su acción histórica se hallan clara e irrevocablemente predeterminadas por su propia situación de vida y por toda la organización de la sociedad burguesa" (Manifiesto Comunista).

Pero eso no significa que la clase obrera sea mecánicamente el instrumento efectivo de la revolución. Para cumplir tal papel debe alcanzar la conciencia de su objetivo histórico, la "conciencia para sí". Y esa conciencia no puede ser alcanzada espontáneamente, sino que debe ser inducida desde afuera de la clase, por individuos que lleguen a comprender la necesidad de la revolución y quiénes su actor social: el proletariado.

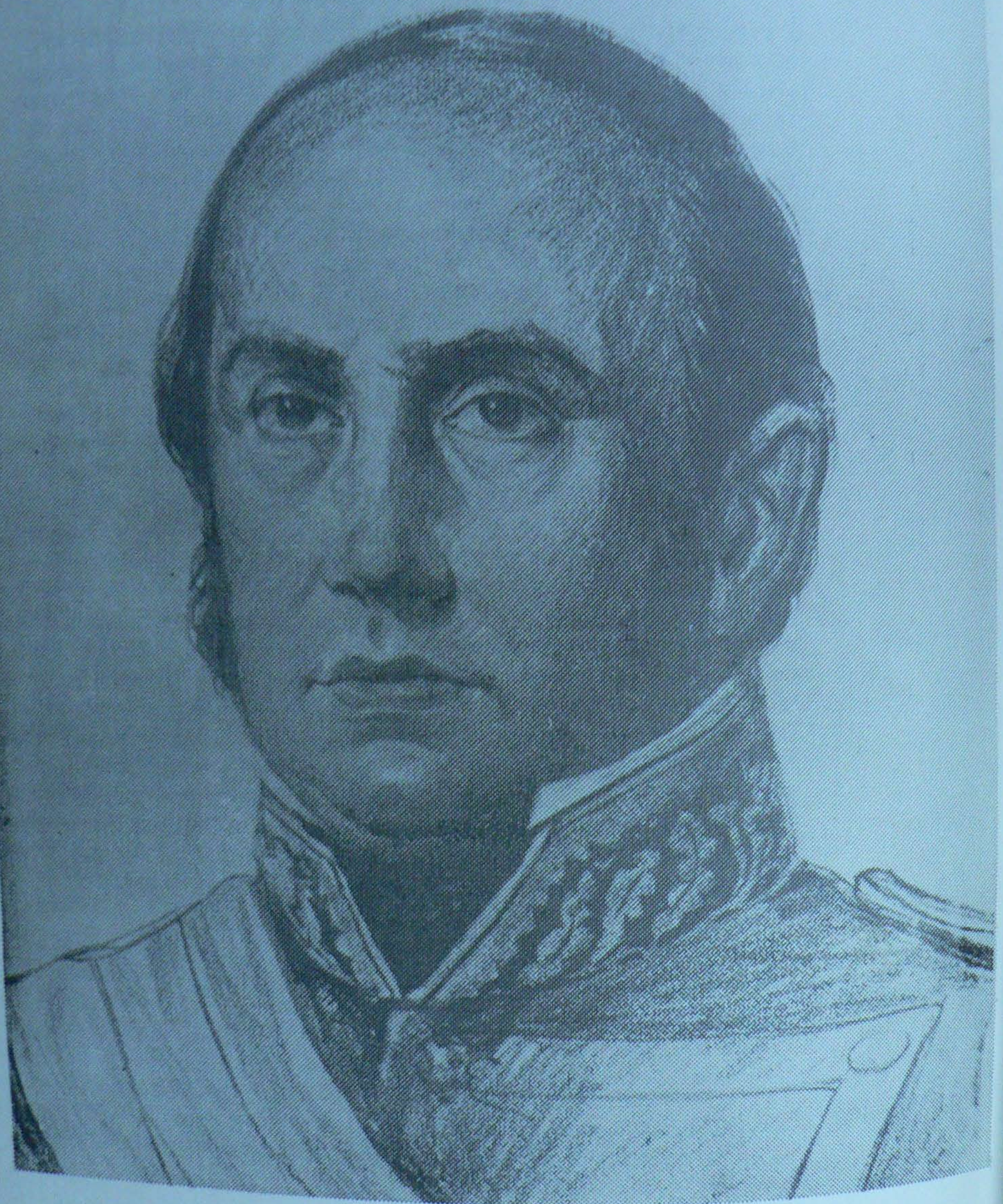
La verificación de todo lo anterior tiene un corolario obvio: los trabajadores intelectuales, en cuanto empleados de la burguesía, en cuanto grupo social, no sólo no son revolucionarios, sino que son reaccionarios, instrumentos y defensores de la propia enajenación y opresión que padecen. Solamente pueden, en cuanto grupo, cumplir un papel revolucionario si aceptan la hegemonía de la clase obrera en el momento en que ésta sepa imponérsela. Es decir, no por un posible acto que salga de ellos (insisto, en cuanto grupo social) sino por un acto originado fuera de ellos, en la clase históricamente revolucionaria.

Pero el marxismo no hace de la historia un discurrir ciego, en el que la conciencia y la voluntad individuales no tengan un papel. Espera y exige que la clase obrera, para devenir revolucionaria se constituya plenamente como clase, adquiera la conciencia de sus fines, conciencia histórica; espera y exige que individualmente los intelectuales se obliguen a sí mismos a pasar de su perspectiva incrustada en la sociedad a la perspectiva de la clase obrera, reconociendo la materialidad de su enajenación, rompiendo con ella y asumiendo la única materialidad posible de desenajenación: la de la lucha del proletariado. Esto no constituye una ilusión: de hecho, de las filas de los intelectuales surgen aquellos que, en asociación con la vanguardia del proletariado, pueden constituir la "cabeza" de la revolución, el comienzo de conciencia que el proletariado necesita para convertirse en arma de la libertad. Esos intelectuales y esa vanguardia obrera, lucidez y conciencia en la lucha por la liberación, por la humanización del hombre, son quienes encarnan la "filosofía" de que habla Marx, a partir de negar las falsas "verdades" que el proceso de enajenación ha depositado dentro de ellos, a partir de negar la falsa "libertad" que ilusoriamente pueden vivir en la enajenación. Ellos, y no los intelectuales de la burguesía que sueñan con tener la "verdad" a partir de un conocimiento especializado, que en los mejores casos, no es más que una parcela de verdad, encerrada en los límites que les deja la sociedad mediante, justamente, el proceso de especializarlos.

Va de suyo que esta perspectiva puede y necesita ser introducida por cada trabajador intelectual en su propia actividad específica, para que ella recupere la perspectiva que la sociedad le niega. Y digo la perspectiva porque el logro de totalidad sólo será posible en la sociedad de libertad, en la sociedad comunista.

¿ Parece ahora legítimo comparar al intelectual especialista con aquel que rompe con su situación y asume la perspectiva plena del hombre? ¿ Significa esto que se exija a cada intelectual convertirse en un activista revolucionario? .Creo que a la primera pregunta puedo contestar desde ya que sí. En cuanto a la segunda, se que es un problema más complejo y difícil, que exige una discusión más amplia, una continuación de esta polémica. Lo mismo ocurre en cuanto al problema al que aludo en el párrafo anterior :no existen las recetas que enseñen cómo "militar en la propia obra". Sólo es claro que esa militancia aparecerá como resultado de una actitud conciente y deliberada, que seguramente introducirá en su actividad no sólo aperturas sino quehaceres nuevos.

Pero vuelvo al principio: ¿ quiere esto decir, como algunos quisieron entender, que yo negara al intelectual burgués su calidad de tal, en cuanto individuo que hace alto uso de su inteligencia, de su talento, de su razón ? Espero que ahora se me entienda, o al menos que disintamos frontalmente : Einstein fue un intelectual, miembro de esa capa de hombres enajenados, segmentados, limitados (también intelectualmente), que no luchan contra la enajenación sino que viven en ella y desde cierto punto de vista, de ella. En ese sentido, tan intelectual como Camus, Sábato o Malraux. Esto nada tiene que ver con el grado de inteligencia o de conocimiento en su tarea como especialista. Quiere decir, simplemente, que el hecho mismo de ser un especialista constituye su enajenación, en cuanto la especialización es un producto de la división del trabajo. Esa división de la sociedad que lo divide a él mismo, haciendo de él un medio hombre, es contra lo que lucha el revolucionario, que busca construir una sociedad en la que no haya analfabetos medio-hombres y genios medio-hombres, sino hombres. Un mundo sin división en clases, sin división del trabajo. Un mundo, para hacer por última vez una glosa, en el que ya no haya "pintores", sino "hombres que pintan". Es desde esta perspectiva que resulta posible establecer lo que podría llamarse "un programa para la acción de los intelectuales", lo que requiere que éstos cobren clara conciencia de lo que son, de lo que efectivamente son. Claro está. Se trata de una operación difícil que les exige despojarse de su soberbia, de ese prejuicio que les hace verse como hombres mejores y diferentes. Ese prejuicio que el que he llamado intelectual creador comparte con el empleado común (y no por que sí), aunque el primero se sonría despectivamente cuando lo advierte en el otro.



¿URQUIZA TRAICIONO?

León Pommer

También la historia debe ser "revisada", porque el revolucionario necesita conocer y comprender la realidad, hecha de presente, y ese presente fue construido en el pasado. Existe, es sabido, una historia revisionista en nuestro país: un revisionismo de derecha, opuesto a la historiografía liberal, y también una historiografía más documentada y científica, de tipo académico. Todas, sin embargo, siguen siendo idealistas, velan y recubren el pasado de oscuridades: concientemente en la mayoría de los casos, inconcientemente en algunos (simplemente por tratarse de historiadores burgueses). Personajes y hechos aparecen oscurecidos, a veces inexplicables. Lo que falta en la Argentina es historia hecha desde la perspectiva marxista, aunque hay algún que otro esfuerzo parcial. Entre otras de las obligaciones de la nueva izquierda, si pretende realmente llegar a serlo, está la de profundizar en los estudios históricos. Como un aporte a ese esfuerzo que necesitamos, publicamos este adelanto de León Pommer, el capítulo "¿Urquiza traicionó?" del libro "Guerra del Paraguay", que ayuda a comprender uno de esos momentos que intentan presentarse como inexplicables o misteriosos: el que cubre el comportamiento de Urquiza después de Caseros.

SUBVENCIONES,
PRESTAMOS,
E HIPOTECAS!

Algunos federales viejos y nuevos -no todos forzosamente ex-rosistas- pese a la retirada de Pavón consideraron posible que Urquiza resistiera la guerra contra el Paraguay. La esperanza nunca fue demasiado fuerte, pero esperanza al fin, aunque el caudillo de San José poco y nada había hecho para suscitarla. Su Pavón militar había ido acompañado de no pocos " pavones " políticos: signos inequívocos. En definitiva, nada sustancial lo distanciaba de los jefes porteños, ni siquiera el que ellos hubieran sido el obstáculo insalvable a sus ambiciones de gobernar el país y Buenos Aires, por sí mismo, o por medio de sus personeros. Don Justo José, tenía la visión suficientemente avezada como para distinguir las realidades y acomodarse a ellas.

NOTA PREVIA A LA LECTURA: Los números entre paréntesis intercalados en el texto indican la fuente de que el autor extrae la cita y el número de página a que se refiere la bibliografía que figura al final del capítulo.

Máxime cuando lo fundamental quedaba a salvo : sus negocios. Eche-

En noviembre de 1851 las provincias de Corrientes y Entre Ríos (léase Urquiza) comienzan a recibir cien mil patacones mensuales para sufragar la lucha contra Rosas. Los provee el nada dadivoso Imperio del Brasil y llegan a montar 400 mil patacones o su equivalente, más de dos millones de francos (40-9 y 70). En febrero de 1852, el amo de Entre Ríos accede a retirarse buenamente de la Banda Oriental ; pero han ingresado en sus bolsillos otros cien mil patacones brasileros (64-32). Estos cuantiosos dineros deberán ser devueltos, con más un interés anual del 6 %. Lo hará el gobierno que suceda al de Rosas -así queda estipulado. Supuesto que ello no pudiera ser, las tierras y propiedades públicas de Entre Ríos y Corrientes hipotecadas a favor del acreedor pasarían a su propiedad. Lo que no llegará a suceder : la deuda será pagada por la mano de Bartolomé Mitre.

En diciembre de 1867 visita Paraná el diplomático brasilero Paranhos ; intentará asegurar la colaboración de Urquiza para cualquier evento bélico que pudiera producirse con el Paraguay. Paranhos viene a pedir y en consecuencia a ofrecer : ofrecerá apoyo contra Buenos Aires y don Justo José, engolosinado, descontando el triunfo sobre el Paraguay en un futuro conflicto, pedirá la promesa de cesión del Chaco paraguayo hasta la Bahía Negra. Quiere un pedazo del país vecino y hermano ; arguye que sólo así la futura guerra será simpática a los pueblos argentinos. Paranhos es demasiado hábil para acceder : por nada del mundo debe permitir Brasil que la Argentina vaya a instalarse a espaldas del Matto Grosso, para controlar la navegación del río Paraguay. Pero entre tanto queda protocolizado - años después Mitre se lo recordará a Urquiza- que "en todo caso, sea que se efectuase o no la alianza, la República Argentina se comprometía a dar paso por su territorio a los ejércitos del Brasil contra el Paraguay, por reconocer que la causa era común y que el Brasil iba a combatir a la vez por la navegación de los ríos y los límites de la República Argentina".

El ducho diplomático que es Paranhos le ha sacado un grave compromiso a Urquiza, y aún algo más : un tratado de extradición que obliga al muy republicanísimo, democrático y cuasi liberal gobierno paranaense a devolver al Brasil todo esclavo que habiendo huído del Imperio haya buscado refugio en tierra argentina. En las arcas de la Confederación ingresan 300 000 patacones fruto de un empréstito concedido por Paranhos (14-60 y 61). Cuando este caballero se ausenta de Paraná -lo anota Cárcano- "toda la región queda bajo la influencia del Imperio" (24-227 y 228).

Tras Paranhos viaja a Paraná el Barón de Mauá -nuestro conocido- y el 2 de enero de 1858 abre sus puertas en Santa Fe una filial del Banco Mauá. "Toda operación -dice Cárcano- que al gobierno brasileño no le conviene realizar públicamente por cualquier circunstancia, la

ejecuta por medio del Barón, a quien proporciona y garantiza los recursos" (24-219 y 220). También los socios ingleses del Barón le proporcionan recursos. Y ya le tenemos acuñando moneda y emitiendo billetes al portador por el triple capital metálico que atesoran sus cajas ; son concesiones que le otorga Urquiza, que no se para aquí y pacta con Mauá que los deudores del Banco serán considerados deudores del Estado, pasibles de graves penalidades de no cumplir sus compromisos. Pero aún más, ya que el caudillo de Entre Ríos libera al Banco de todo impuesto y ordena que la recaudación fiscal ingrese en las arcas de la institución. El Banco Mauá pasa a controlar las finanzas de la Confederación y don Justo José muy satisfecho. Por más que atrás estén el Imperio y Rotschild, el amo y el Barón.

MR. CHRISTIE
VA Y VIENE

Antes de ahora hemos visto los movimientos de William Dougal Christie, enviado de S. M. B. y arribado a estas playas en mayo de 1856. Sin ánimo de repetir lo ya apuntado, vale la pena insistir sobre ciertos aspectos de la relación Urquiza-Inglaterra. Christie viene al Plata con claras instrucciones de apoyar a Urquiza en las tareas de unificar la República. Y puesto ya en funciones va y viene entre Buenos Aires, Paraná y San José. Conversa, urde planes, aconseja a tirios y troyanos, lleva y trae. En septiembre de 1857 informa a Clarendon : Urquiza le acaba de aceptar la idea de iniciar un acercamiento con Buenos Aires. Urquiza y su gabinete discuten con el señor Christie cuestiones que hacen a la unidad nacional. El inglés busca el avenimiento entre las partes en litigio y se esfuerza por evitar la guerra: sería perjudicial al comercio. También protesta contra los "derechos diferenciales", ya que también perjudican al comercio. Y finalmente Urquiza firma una nota dirigida al gobierno bonaerense que Christie ha leído y aprobado previa indicación de algún cambio de palabras, alguna modificación en tal o cual frase : nada de aristas filosas ; los porteños son quisquillosos y arrogantes. Y Urquiza acepta; él, el omnipotente caudillo que pareciera no tener pares.

A comienzos de 1858 el enviado británico pone fondos de su peculio -sin duda provistos por el Foering Office- para apoyar la candidatura a gobernador de Buenos Aires del general Guido. El 1º de enero le escribe a Urquiza aconsejando invertir 2 000 onzas de oro en la próxima elección porteña. Don Justo no parece escandalizarse ante tamaña intromisión. Antes bien, la gestión de Christie cuenta con su buena voluntad. Parece natural que un diplomático inglés intente hacer y deshacer en la política argentina. Y eso vale igualmente para los que mandan en Buenos Aires. Ya citamos en otro sitio el episodio que protagoniza el senador Bosch cuando le pregunta a Christie cuál sería el candidato a gobernador de Buenos Aires más aceptable para Inglaterra.

Pero el momento de más exquisita sumisión de Urquiza a Inglaterra

se produce algo después. En agosto de 1859 Christie ya no está en el país y lo reemplaza Fagan. El 25 de ese mes el tal Fagan firma un despacho al conde Russell, donde se lee: " El general Urquiza con quien, a su pedido, tuve una entrevista esta mañana me solicitó que informara a Vuestra Señoría que, en caso de que el Gobierno de Su Magestad a consecuencia de la ofensiva conducta del Gobierno del Paraguay crea necesario enviar una expedición a la capital de esa República, Su Excelencia no sólo consideraría favorablemente tal procedimiento sino que ofrecería todas las facilidades que estuviesen en su poder, tal como abastecer con carne y provisiones, permitir depósitos de carbón, proporcionar pilotos, etc., y hasta proporcionaría hombres y caballos si fueran requeridos. Su Excelencia agregó que haría un gran servicio a la causa de la civilización obligando al Presidente López a cambiar su política exclusivista por una más liberal tal como la de inducir a extranjeros a establecerse en un país tan rico y fértil donde su industria y capitales podrían producir los más benéficos resultados" (43-221 y 222).

Paraguay tiene una disputa con Inglaterra por una colisión entre navíos de ambas banderas y el señor de San José sugiere que la ocasión es excelente para hacer entrar en vereda al Paraguay. Civilizar, en el pensamiento de Urquiza -pero no el suyo únicamente- es abrir las puertas del pueblo guaraní a capitales e individuos extranjeros. Política exclusivista -malas palabras- es la del monopolio estatal del comercio exterior en que insiste López padre. Y finalmente pero no en último término -acaso es la razón más poderosa y atañe a su interés personal- que los ingleses vengán a comprarle carne, alimentos, etc., es una perspectiva seductora a los bolsillos del más que magnate caudillo entrerriano.

NEGOCIOS SON NEGOCIOS

Particularmente los de Urquiza, que en este campo no se anda con pequeñeces. El 4 de septiembre de 1857 se asocia con el general Puch, guerrero que fuera de la independencia: enviarán a Europa frutos del país. La sociedad se inicia con 3000 onzas de oro de capital y obtiene pingües beneficios (118-23). Pero ya antes -1853- despacha don Justo José directamente a Inglaterra desde su saladero "Santa Cándida", en Concepción del Uruguay. En los tres primeros meses de ese año parten con destino a Londres 13 barcos cargados de frutos del país (118-41). En 1858 vuelve a realizar fuertes envíos a Londres; esta vez incluye lana. Lo repetirá en los años posteriores (118-42). El 2 de enero de 1863 firma contrato con el Banco de Londres -sucursal Buenos Aires- para la venta en Gran Bretaña de sebo, lana, cueros, huesos y cenizas; el Banco le anticipa 3000 onzas oro (118-43). El taita de Entre Ríos como lo llama Gelly en carta antes citada tiene amistad con la casa Enrique Green y Cia, de la ciudad porteña, que exporta lana a Inglaterra. Ahora un Green es gerente del Banco -y De

la Riestra miembro del Directorio local - de modo que la relación ya existente asciende de nivel pero a un punto en que Urquiza está sien do financiado por el Banco, el mismo que contribuyó a financiar la guerra contra el Paraguay. En 1865 - año en que estalla la guerra - consigna don Justo la zafra de lana de sus establecimientos a Lumb Hnos. y Cia, de Buenos Aires, para ser enviada a Inglaterra y allí su bastada. Los Lumb le anticipan 57 600 \$ fts. (118-44). Quienes son estos señores ya lo hemos dicho : concesionario uno de ellos del Fe rrocarril Gran Sud, etc., etc.

Otra de las relaciones porteñas de Urquiza es la casa Llavallol, también conocida nuestra. En febrero de 1864 le vende 3 500 toneladas de tasajo ; en enero de 1865 otras 400 y ésto vale como ejemplo ya que no agota la lista. (118-38-9). Los Llavallol se cuentan entre los más poderosos miembros de la oligarquía mandante en Buenos Aires.

Otro de los eslabones que unen a Urquiza con los intereses dominan tes en Buenos Aires es el Banco Argentino. El 28 de octubre de 1866 se instala en Paraná y don Justo José se suscribe con 100 000 \$ fts. En Buenos Aires abre sus puertas un año más tarde bajo la presiden cia de Juan Bautista Peña. Este individuo es un viejo comerciante y terrateniente a quien la enfiteusis rivadaviana beneficia con 20 leguas de tierra en Lobería. Bajo los gobiernos de Rosas será miembro de la Cámara de Representantes, Juez de Paz, Cónsul del Tribunal de Comercio, etc. En 1855 es el ministro de Hacienda del goberna dor Obligado ; tres años antes lo había sido del gobernador Valentín Alsina. Cuando el 2 de mayo de 1857 el ministro inglés W. C. Christie le escribe a Clarendon, informando que ha aconsejado la candidatura de De la Riestra para la gobernación, agrega que de todos modos su girió no dejar de lado la de Juan B. Peña.

El 29 de abril del mismo año Sarmiento ataca la candidatura Peña en un artículo que publica en "El Nacional" : "... Peña representa en Buenos Aires una fuerza social que ha tenido desde treinta años su premo dominio de la cosa pública, que se alza en este momento para recuperar la posición perdida de poco tiempo a esta parte (...). Es ta fuerza es la riqueza territorial que durante esos años estuvo en pocas manos".

En 1859 vuelve don Juan Bautista al ministerio de Hacienda bajo la gobernación de Felipe Llavallol, que en tanto presidente del senado ocupa el lugar de Alsina que ha renunciado. En 1862 torna a ser Prior del Tribunal de Comercio - lo había sido en 1851 - ; al año siguiente ocupa la presidencia del Banco de la Provincia y en 1865 el gobier no nacional le incluye en una comisión oficial para intervenir en los contratos con los proveedores del ejército e inspeccionar las merca derías que éstos entreguen (161). En 1869 los Mulhall le atribuyen la propiedad de 38 leguas y media de tierra en distintos partidos de la provincia. Y éste es, de cuerpo entero, el individuo que preside el

Banco del que Urquiza será uno de los principales accionistas. Y por si algo faltara, el Director General del Banco Argentino será Anacarsis Lanús, gran proveedor durante la guerra cuya biografía ya fue trazada anteriormente (Su socio Peña debía intervenir en los contratos de provisión entre Lanús y el Estado, y en la recepción de las mercaderías que don Anacarsis entregaba. Todo queda en familia).

Urquiza está férreamente unido a los grandes intereses dominantes en Buenos Aires y por cierto que, al mercado inglés, donde envía parte considerable de su producción. No es de extrañar que sea acaso el más importante accionista local del Ferrocarril Central Argentino y buen amigo de Tomás Armstrong, también conocido nuestro.

Cuando los brasileros están en el Uruguay como invasores y aliados de Venancio Flores, el uruguayo Vázquez Sagastume le escribe a Urquiza -septiembre de 1864- : "V. E. tendrá la bondad de decirme, privada y muy reservadamente, cuando y hasta donde, y de qué manera V. E. podrá auxiliar la noble empresa de reducir al Brasil" (51-53)

En noviembre, el interpelado se dirige así al político oriental Antonio de las Carreras : "... permítame usted que le exprese que no me afecta el temor de que pueda sucumbir la independencia oriental, ni mucho menos la de ninguna fracción del territorio argentino" (51-53)!

Y el Uruguay está casi totalmente ocupado por el Brasil!

En diciembre nuevamente Urquiza le escribe a De las Carreras: "... Mi posición especial me obliga a una expectativa que me abruma(...) los que me conocen me harán justicia..." (51-53)! Frases!.. A Urquiza lo abruma la expectativa, a Paysandú las bombas que la están destruyendo. A fines de diciembre insiste Urquiza en carta a De las Carreras : "... aplaudo el heroísmo de los que combaten (en Paysandú) (...) pero deploro la pérdida de los que sucumben cuando he creído que esos intereses se hubiesen salvado y se salvarían aún por otro medio que el de las armas" (51-54). El otro medio a que alude el taita de Entre Ríos es la capitulación ante Venancio Flores, que es capitular ante los negreros de Río Grande y la turbia política de Mitre. No hay otro medio posible.

Urquiza no quiere saber nada de meterse a redentor. Precisamente en diciembre los brasileños le compran 30 000 caballos -deja de apie a todo Entre Ríos -por medio del rengo Cabal, su socio y testaferro (50-13). Obtiene 13 patacones por cabeza, precio harto generoso. Urquiza está satisfecho ; la guerra es buen negocio. Y para mostrarse buen brasileñista en noviembre de 1866 coloca 20 000 patacones en la compañía brasileña de navegación del Alto Uruguay llamada "Uruguayana". Lo había invitado a hacerlo el Cónsul General del Brasil en la Argentina, Comendador José Carlos Pereyra Pinto. (Al año siguiente, en Buenos Aires se funda la Compañía de Navegación Italo Platense de la que Urquiza será principalísimo accionista ; la preside Jaime Llavallol...)

Otro amigazo porteño de don Justo José es Gregorio Lezama, el amigo de Venancio Flores. Fermín Chávez cita correspondencia existente en los Legajos Urquiza del Archivo General de la Nación que muestra (carta del 1-8-1863) que un tal Jorge Fernan, agente de Lezama, está tratando de ubicar en Inglaterra carne que Urquiza elabora en "Santa Cándida". Por otra parte venimos a saber (carta del 26 de septiembre de 1863) que si Urquiza puede girar en descubierto sobre el Banco de Londres, es porque Lezama ha accedido a ser su avalista.

En carta que don Gregorio le escribe a Benjamín Victorica el 15 de enero de 1864 leemos : "...cada vez más ligados en política veo al señor general Urquiza y al general Mitre. Este, tengo motivos para saber que aplaude la situación porque atraviesa la provincia" (50-105). Mitre está contento de Urquiza ; pero también a la recíproca. Entre ambos no hay una esencial contradicción de intereses. Al menos en lo económico.

En 1864 el presidente Solano López le envía a Urquiza un pliego sin firma que trae a Paraná José de Caminos ; le propone apoyo militar a condición de darse una de estas tres alternativas :

1º) Si el amo de San José "se pronuncia por circunstancias que imposibiliten un acuerdo previo con el gobierno paraguayo, el general Urquiza será apoyado con elementos suficientes por este gobierno";

2º) "Si el general Urquiza se pronuncia levantando por bandera la separación de Entre Ríos y Corrientes en un solo Estado, el general Urquiza será sostenido por el gobierno paraguayo con los elementos de que dispone y puede disponer" ;

3º) "Si el general Urquiza se pronuncia tomando por bandera la separación de Buenos Aires, y forma un solo Estado con las trece provincias restantes, como en la época de su gobierno, será igualmente sostenido con todos los elementos de que dispone el gobierno paraguayo" (14-431 y 432).

De resolverse Urquiza por una de las tres alternativas, López le sugiere acredite ante su gobierno a uno de los siguientes individuos : Vázquez Sagastume, general Virasoro o general López Jordán.

Supuesto que Urquiza hubiera querido adherir francamente a la causa del Paraguay debió comenzar rechazando toda idea que pudiera alentar la segregación de tal o cual provincia o región del resto de la Nación. Con mucho menos que eso podía demostrar su adhesión al régimen de López paralizándolo simultáneamente la acción de Mitre. El 10 de noviembre está en manos del presidente paraguayo la respuesta de Urquiza que trae Caminos, también pliego sin firma. Ella comporta una adhesión al Paraguay y expone un plan político que se propone romper la alianza porteño-brasilera o en su defecto contraponerle la eventual alianza Paraguay-Entre Ríos. Siempre que Mitre persista en ir a la zaga del Imperio. Urquiza se compromete -pero

DIPLOMACIA,
MENTIRAS,
Y REMATE
ALBERDIANO

no firma - a protestar "con todo el poder a sus alcances contra la ocupación brasilera sobre cualquier fracción de la República Oriental y si el gobierno argentino se declara aliado sostenedor de don Pedro II, será entonces la oportunidad de declararlo traidor a la Patria y proceder en consecuencia" (14-467). Pero si con una mano escribe Urquiza lo que se acaba de leer, con la otra firma en el mismo noviembre la ya citada carta a De las Carreras : no le "afecta el temor de que pueda sucumbir la independencia oriental".

Hace más de un siglo Alberdi hizo el proceso de Justo José de Urquiza. En el tomo IX de los "Escritos Póstumos", está escrito : "Hoy (1861), para mí, es un odre de egoísmo, un buitre, hombre que contal de ver colmados sus deseos y de ver servidos sus intereses, pondrá para ello a sus pies a todas las cosas más santas de la vida" (162-113). En 1863 agrega Alberdi : "Urquiza ha puesto la patria, la amistad, la religión, el honor a los pies de su fortuna, y no tiene más Dios que ella" (162-328). Y poco después agrega don Juan Bautista : "Si hubiera sido derrotado en Monte Caseros, hoy sería el carcelero más fiel y subordinado de Rosas. Defecionó a Rosas por ambición y por codicia. La victoria le dio el poder supremo y el dio quince millones (...). No cree en nada que no sea el dinero" (162-330 y 331).

BIBLIOGRAFIA

- 14 - Efraim Cardozo - El Imperio del Brasil y el Río de la Plata - Librería del Plata - Bs. Aires 1961.
- 24 - Ramón Cárcano - Guerra del Paraguay - Editor Domingo Viau y Cia - Bs. Aires 1939.
- 40 - Adolfo Saldías - Historia de la Confederación Argentina - Tomo IX - Orientación Cultural Editores - Bs. Aires 1958.
- 43 - James Scobie - La Lucha por la Consolidación de la Nacionalidad Argentina - Editorial Hacette
- 50 - Fermín Chávez - Vida y Muerte de López Jordán - Ediciones Theoría - Buenos Aires 1957.
- 51 - Ricardo Caillet Bois - Un año crítico en la política exterior de Mitre - Talleres Gráficos Frías, Ayerza y Elizalde - Bs. As. 1946.
- 64 - José María Rosa - La Guerra del Paraguay y la Montonera Argentina - Editorial Peña Lillo - Bs. Aires 1964.
- 118 - Antonio P. Castro - Nueva Historia de Urquiza - Editorial Araujo - Bs. Aires 1944.
- 161 - Registro Nacional - N° 6372.
- 162 - Juan Bautista Alberdi - Escritos Póstumos - Bs. Aires 1894.

ARMANDO DISCEPOLO: GROTESCO, INMIGRACION Y FRACASO

David Viñas



"Italianos, franceses, turcos, criollos. La última habitación la ocupa un griego relojero".

Roberto Mariani, Cuentos de la oficina, 1925

"A mis oídos llegan voces distantes, resplandores pirotécnicos, pero yo estoy aquí solo, agarrado por mi tierra de miseria como con nueve pernos".

Roberto Arlt, El juguete rabioso, 1926

El grotesco, mirando bien de cerca, aparece como la interiorización del sainete. O, si se prefiere, como la forma superior del contenido de una forma inferior que es el sainete. Y como todo texto palpado en la cálida y menuda complicidad de las palabras brinda la textura de su materia: así, si el lenguaje del sainete fluye despreocupadamente con un movimiento narrativo que rebota entre diálogos, se cortajea de risas o culmina en canciones que recuperan su origen azaruelado insaurando una dimensión coral donde los otros no suponen opacidad ni demora, con "Oh, yo no lo comprend nunca a usted!" (queja de Carlota en Babilonia) y "Habla en cristiano" (exigencia posterior de Secundino) estamos ante una constante del grotesco de Armando Discépolo: el lenguaje ya no implica fluidez ni cabalgata; lo genérico del sainete se va cuarteando y opone, particulariza, coagula y aísla (Alfonso: "Tú sei nu frigorífico pe mé". Stéfano: "Jeroglífico, papá". Alfonso: "Tú mántiéndose". Stéfano: "E usted no"). El otro es opacidad y contra-

tiempo a partir de su lenguaje, y ya no sólo connotado por su nacionalidad, sino generacionalmente: las particularidades aumentan, se encarnizan y agravan. "Si yo habla jintino tan bien como usted, tira todo a vente e garragaganasta" se queja Mustafá frente al italiano encargado del conventillo. El lenguaje va siendo no sólo opacidad, dificultad y torpeza en el diálogo, sino mutilación en las posibilidades de trabajo.

En el primer momento; al que le sigue el arrinconamiento: paralelamente la banda de sonido se desplaza de la coralidad arcaica del sainete azarzuelado hacia la fragmentación coreográfica encarnada en el tango. Y del diálogo externo el deslizamiento se orienta hacia los monólogos sombríos, a ese rumiado del monólogo que es el silboteo que termina por petrificarse aún más en los delirios de los personajes ya totalmente aislados o en los sueños estremecidos por alucinaciones. La agitada exhibición del sainete se ha hecho disimulo, cautela, y su exteriorizada participación se convierte cada vez más en la acoquinada parsimonia del misántropo: del patio la escenografía esencial se desplaza hacia la habitación interior (de El patio de las flores de 1915 al sucucho del Relojero de 1934). Incluso, una zona plural e intermedia como la fábrica se transforma en taller. Previsible, necesariamente: la luz solar se apacigua, disfuma y entenebrece hasta la tiniebla sobre todo cuando el patio original ya no es dormitorio, fábrica ni taller, sino sótano para criados. El cambio lateral se ahinca así espacialmente en profundidad: ya no es desplazamiento; es caída. Y en la brusquedad del tránsito va apareciendo la moral del nuevo género: los bienes perdidos, como todo ademán hacia el pasado, si por un lado apela a la elegía, por el otro entona el malestar actual: el presente, para el grotesco, por el solo hecho de serlo, se identifica con el mal, y si el bien residió en el mundo, el pecado por corrosivo sólo se instaura en su interior. Y si la lectura del circuito se hace en lo que va de la entonación comunitaria a la acentuación de lo individual, también los títulos corroboran: de Entre el hierro (1910), La fragua (1912), Conservatorio La Armonía (1917) a Mustafá (1921), Mateo (1923), Giacomo (1924), Stéfano (1928): del énfasis en los componentes sociales hacia los individuales, de la elaboración de ambientes a la de tipos. Afirmar que se trata del pasaje de la convicción al deterioro resultaría lineal, parcial por lo tanto. Solo en una economía de conjunto el símbolo simboliza: por eso sería más exacto decir que es el tránsito de la Historia al Espíritu. Notorio: nuevamente la interiorización.

De manera correlativa lo corporal -verificable en las marcaciones crecientes y cada vez más minuciosas- indican un proceso de pesantéz y apaciguamiento donde la agilidad sainera se trueca en torpeza; los personajes hablan cada vez más con animales (como indudablemente correlato de los monólogos) y su movimiento de página resulta

progresivamente más penetrado de una animalidad que se escurre por los rincones o se parapeta en una separación que instaura y padece. Lo gestual, en cambio de apuntar hacia afuera, se va decantando en un circuito de condensación y opacidad. Las narizotas y los pelucones y todo el maquillaje estentoreo se van disipando en beneficio de las interioridades (que hasta por su tipografía entre paréntesis subrayan la interioridad). Y el sexo, las referencias al sexo, de ademán se van afilando en punta; de una latencia general, benévola, se van agitando, se irritan, se localizan.

Y la estructura esencial del sainete formulada por Vaccarezza :

"Un patio de conventillo,
un italiano encargao,
un yoyega retobao,
una pereanta, un vivillo
dos malevos de cuchillo, (1)
un chamuyo, una pasión,
choque, celos, discusión,
desafío, puñalada, (2)
aspamento, disparada,
auxilio, cana...telón" (3)

en tres momentos clásicos que se articulan sobre un planteo (1), nudo (2) y desenlace (3), se tornan en otros tres más interiorizados como situación, proyecto y fracaso. El sainete - exuberante en sus variaciones pero estereotipado en su concepción - al sumirse en el grotesco gana en potencia simbólica lo que pierde en referencia social.

De donde se infiere que si el sainete expone bajo una luz cenital a sus personajes, recortándolos en una sola dimensión que por su exterioridad apunta a la comicidad y por su dibujo a la definición, el grotesco -al sustraerlos en la penumbra- les otorga una dimensión ambivalente donde su "interioridad" concluye en paradoja y su arrinconamiento en código y ritual. Pero entiéndase : no hay corte, sólo mutación entre el humus del sainete y la emergencia materializada en el grotesco. O, para llamar a las cosas por su nombre, lo que va de Vaccarezza a Discépolo.



POR QUE TERCER MUNDO

Consejo de Redacción

Como el nombre de la revista suscitara interrogantes en algunos lectores, debido en gran parte al uso muy variado que suele darse a la noción de Tercer Mundo, creemos necesario disipar ciertos equívocos al respecto.

Para nosotros la denominación Tercer Mundo designa al vasto territorio de pueblos coloniales y dependientes de Asia, Africa y América Latina, cuya rebelión constituye uno de los más importantes fenómenos contemporáneos. No es un área homogénea, como se ve, pero un rasgo le confiere unidad: el estar sometida a la explotación de las metrópolis imperialistas. El grado y el tipo de explotación difiere de país a país. Algunos — como los latinoamericanos — han obtenido la independencia formal en el siglo pasado; otros conservan la administración colonial de las metrópolis. Todos, sin embargo, tienen como dato estructural dominante su carácter dependiente. Esta solidaridad objetiva, la necesidad común de luchar contra el imperialismo, es sistemáticamente ocultada por todos los canales de difusión ideológica controlados por el imperialismo y sus aliados nativos. En nuestro país, cuyo desarrollo capitalista es relativamente importante, con una estratificación social compleja, esta labor de enmascaramiento tiene éxito apreciable, muy marcadamente en esa capa que llamamos intelectualidad argentina. Por eso es necesario y urgente una crítica de nuestra sociedad que, a la vez que desnuda sus articulaciones reales y su condición dependiente, exhiba las vinculaciones de nuestra batalla nacional con el conjunto de las luchas antimperialistas que se libran en el mundo. Por otra parte, es imprescindible hacerse cargo de la problemática generada por esas luchas, sus victorias y sus derrotas, sobre todo de las que se libran en nuestro continente, para hacer pasar aquella solidaridad objetiva a un plano de mayor operatividad.

Ahora bien, la lucha contra el imperialismo y por la liberación nacional es una lucha de clases. Ninguna excepcionalidad histórica coloca a las sociedades del Tercer Mundo al margen de la dialéctica de las clases. Además, la experiencia de los últimos años ha vuelto cada vez más evidente que sólo una orientación socialista asegura a las revoluciones triunfantes la autonomía nacional y la posibilidad de fundar una sociedad proyectada de acuerdo a intereses populares. Esto último pone en primer plano la cuestión del nexo entre liberación nacional y social y subraya la función dirigente de la clase obrera en la lucha antimperialista. Problemas que serán resueltos de acuerdo a la singularidad de las condiciones nacionales pero que no pueden eludirse sino a riesgo de frustrar la empresa revolucionaria.

No puede, pues, sernos indiferente la existencia de un área de países socialistas ni la suerte de la clase obrera en las sociedades capitalistas desarrolladas, que constituyen, junto con la revolución anti colonial, los ejes de desarrollo de la sociedad contemporánea. Ninguna estrategia revolucionaria antimperialista responsable puede ignorar o desdeñar el examen de este contexto y el destino histórico del Tercer Mundo no es el de crear una tercera instancia entre capitalismo y socialismo. El porvenir de los países coloniales y dependientes es el socialismo. Pero es innegable que en la actualidad la ofensiva más enérgica y eficaz contra la dominación imperialista está encabezada por los pueblos del Tercer Mundo. Este es hoy el escenario de luchas cuya trascendencia tiene dimensión mundial y la guerra popular que libran los vietnamitas contra el imperialismo norteamericano es el ejemplo más elocuente.

Al asumir la problemática del Tercer Mundo e inscribir las tareas de la revolución argentina en ese marco, renegamos de toda visión cosmopolita de la revolución. La dialéctica entre especificidad nacional y contexto mundial que nos esforzaremos siempre por subrayar, nos evitará los riesgos del particularismo y el provincianismo.

NUEVO MUNDO NUEVO

Consejo de Redacción

Cuando, hace dos años, apareció en París la Revista Mundo Nuevo toda la izquierda del continente se encargó de denunciar, eficazmente, su papel en el dispositivo de infiltración montado por la CIA para América Latina. Mundo Nuevo no hacía otra cosa que suplantar al desprestigiado Cuadernos... el ILARI disfrazaba a Congreso por la Libertad de la Cultura, y la Ford Foundation "ocultaba" la presencia de la CIA.

Disfrazando sus verdaderos intereses esta revista había venido a predicar la neutralización de la cultura, la coexistencia de las ideologías: descubiertos los contenidos políticos de este "vacío" de ideología, denunciados los fondos que sostenían esta espiritualidad, ya no tuvo sentido mantener las máscaras. A pesar de las enérgicas desmentidas de los más comprometidos, fueron los mismos agentes de la CIA (en Londres) quienes se encargaron de corroborar estas denuncias.

A partir de estos reconocimientos, de estas denuncias, el Congreso por la Libertad de la Cultura (órgano ideológico de la CIA) ha decidido llevar las cosas hasta el final, rompiendo con aquella "clandestinidad" ineficaz. Así, luego de dejar a un lado al esforzado Rodríguez Monegal, ha decidido trasladar la redacción de París a Buenos Aires, colocar un secundario burócrata de la CIA en la dirección de la revista (Daniel Horacio Rodríguez, director del órgano anticomunista Informes de China), asumir sin vergüenza la sede (Montevideo 666) del Congreso por la Libertad de la Cultura y convertir a Mundo Nuevo en órgano explícito del macartismo y la reacción siguiendo los pasos de Cuadernos...

Sin duda es preciso alegrarse por este cinismo: prueba, otra vez,

que en este continente convulsionado por las luchas contra el imperialismo nadie queda fuera del juego. O estamos contra el imperialismo y con los pueblos explotados, o estamos con el imperialismo y contra los pueblos explotados. Predicar la "neutralidad" es un modo de comprometerse, defender la "tierra de nadie" de las ideologías es hacer ideología: ante este panorama, la derecha también muestra la cara. En este sentido es fácil prever la dirección y el significado de los futuros números de Mundo Nuevo versión Buenos Aires, prevención de la que participan sus redactores cuando reconocen que los más concientes y prestigiosos intelectuales latinoamericanos negaron su colaboración en la revista viéndose, por esto, obligados a advertir en la Presentación del primer número "que importará la elección y selección de textos antes que el nombre de los colaboradores, la calidad y eficacia de los textos antes que la prospección sobre la base de famas o antecedentes". Eufemismo para justificar la abultada procesión de mediocridades que la revista se ve obligada a publicar.

Nadie, en los medios intelectuales (aunque sea un marginal), puede ignorar qué es y a qué intereses responde Mundo Nuevo: por si alguien pretende no acordarse recordamos que las denuncias hechas en Cuba fueron ampliamente difundidas en la Argentina por Marcha, cuando ese periódico uruguayo entraba libremente en nuestro país. También en el primer número de esta Revista nos referimos al problema. Aparentemente, sin embargo, la CIA opina que justamente aquí, en un país sometido, encontrará escritores o escritoras dispuestos a ponerse a su servicio. Los números ya aparecidos de Mundo Nuevo, cada vez más claros en su contenido, cada vez más mediocres asimismo, prueban que, desgraciadamente, la CIA tiene con todo algo de razón. Lo que no podrá opinar nadie es que ese organismo de espionaje tiene a su disposición inadvertidos. El nombre de aquellos con los que contará, dólares mediante, es muy otro.

CLASE MEDIA: CUERPO Y DESTINO

Ricardo Piglia

La traición de Rita Hayworth, Manuel Puig, ed. J. Alvarez, 1968

"... su imagen reflejada en la superficie de las aguas le irrita; su torax hundido, los brazos flacos, la espalda un tanto corva. Se detesta". Composición de José L. Casals, Totó.

Juego de espejos, caja china, esa frase encierra toda la novela: "yo (quiere decir Toto) soy el que me miro mirarme mi cuerpo". Conciencia de un cuerpo detestado, máscara narrativa para distanciar ese descubrimiento: Toto, por primera vez en el relato, habla de sí mismo en tercera persona. Para llegar a esa objetivación hay que cruzar 275 páginas: sin embargo, desde el comienzo, toda la novela no hace otra cosa que dar vueltas alrededor de esa fractura. No hay otra "historia" que la descripción minuciosa de ese repudio, de ese despegamiento. No hay otro "tema" que la demostración de que esa alteridad es el producto de relaciones concretas, el resultado de lo que Sartre (hablando de la infancia de Flaubert) llamaba "la violencia del adiestramiento".

No es casual que el libro se abra con una narración coral: los familiares, los "vecinos" son los voceros de una conciencia colectiva, de salida instalan sus obsesiones, que serán las obsesiones del protagonista. Conversan, se interrumpen, se mueven, apenas se comprende quiénes son; algunas frases, sin embargo, se repiten, se recortan entre esas voces persistentes, confusas: "qué ganas tengo de ver al nenito" (pág. 15) "queremos ver al nenito" (pág. 16) "tengo unas ganas de ver al nenito" (pág. 18). El nenito es Toto, acaba de nacer (estamos en 1933) : ellos lo es

peran. En el capítulo II el padre repetirá obsesivamente: "vestilo lindo" (pág. 24), "peinalo bien lindo" (pág. 26), "qué lindo lo peinaste" (pág. 29). Es un ritual, una preparación. Hasta el final no habrá otra "anécdota" que la descripción de las consecuencias del choque entre esas conciencias ávidas y ese objeto decorado, "lindo". Se nos escamotea la experiencia propiamente dicha (entre el capítulo II y el III transcurren seis años) : nos quedan los resultados. Las primeras palabras de Toto al salir de ese encuentro y entrar en la novela son para describir "tres muñequitos". Basta retener de esa descripción algunos detalles: los muñecos son "duros", "no se comen", los hombres visten ropas de mujer. Toto está hablando de su cuerpo, del modo como quiere ser visto, de la experiencia de su cuerpo en el mundo. En ese momento, a los seis años, es "inocente". Obviamente, la suya es una inocencia de mala fe: ya sabe todo de sí mismo. Esa ingenuidad es un olvido, un rechazo del conocimiento: "... y empezó a explicarme qué querían decir óvulos y genitales y yo ' sí ' y no entendía nada porque me puse a pensar en otra cosa a propósito, que me explotaba la cabeza de hacer tanta fuerza para pensar en otra cosa" (pág. 76 subrayo yo). Es evidente que ya sabe distinguir las verdades "inocentes", de las otras: ha aprendido a evadirse, a no-saber. Como todas, esa cen-

gura es contingente, las seguridades de la razón nunca solucionan los problemas de la existencia: en sus necesidades, en sus deseos. Toto vive la condena de tener un cuerpo, es decir, un sexo, una sexualidad, un cuerpo para los otros. Por debajo de sus olvidos, de su "inocencia", más allá de su (falsa) conciencia, en el espacio de su cuerpo se le cruzan las verdades del mundo, los terrores: "... los pelos del chico le van comiendo todo el trasero, y después la barriga y el corazón y las orejas y poco a poco se la come toda y está perdida, está terminada para siempre, no se ve nunca más" (p. 44). Ser comido, perder el cuerpo, no ser visto nunca más. Si el sexo es vivido como amputación y pérdida, ya no se trata de "olvidar", sino de no tener un cuerpo en el que sufrir el sexo. Repudio, negación que termina por ser una metamorfosis. Veamos una cualquiera de estas operaciones.

Escondido en la oscuridad, Toto asiste a un juego sexual. La experiencia lo toma de sorpresa. No puede huir, su cuerpo lo traiciona, se le impone: "me dieron gananas de oír más" (pág. 100). Censuradas, repudiadas esas "gananas" se convierten en asco, en "repugnancia": "me vino de golpe la gana de repetir la torta repugnante de mucha manteca y me vino la gana de oír también de golpe" (idem). Deseo y náusea, tentación, represión. Este vaivén dura segundos, le da vértigo. Encuentro y rechazo de la sexualidad, momento clave, sintetiza toda la dialéctica del libro: olvidar un cuerpo, recuperarlo en sus deseos. Todos los caminos llevan a la misma encrucijada: enrollar se en la conciencia, ser un espíritu o ser uno de esos "muñecos duros que no se comen". Ser un alma o ser otro. Mejor: ser el alma de otro. (1) Cada vez que su cuerpo negado,

"muerto", reviva en la carnalidad de sus deseos no habrá mejor refugio que esconderse en otro, ser visto como si uno fuera el otro. Esta búsqueda es una pérdida de sí mismo. "Si para tí mismo eres ya el Otro, si sufres una ausencia perpetua en el corazón de tí mismo, entonces puedes vivir esa ausencia como si fuera la de cualquier otro: ese otro nunca estará más ausente que como estás tú. Pues la manera como tú no eres tú y la manera como no eres él, no difieren sensiblemente" (J.P. Sartre, San Genet, pág. 98). A los nueve años, oto ha elegido enmascararse: esta evasión confirma su destino. A partir de ahora sabe, mejor dicho, no puede negar que sabe. Disfrazado olvidado, ese conocimiento es una premonición. Toda su vida no será otra cosa que el intento de realizar en lo concreto ese espejismo: búsqueda de Otro en el que refugiarse, de otro en el cual ser.

Este "descubrimiento" que modifica su vida, provoca la quiebra más significativa en el nivel estructural del relato: Toto "se va" de la novela, (a partir del capítulo V) su conciencia deja de narrar (se). Cuando reaparezca (en un texto clave: la composición del capítulo XIII) habrá perdido su "identidad", se llamará José Casals, hablará de sí mismo en tercera persona. Nosotros podemos descubrirlo entre esa maraña de palabras que lo esconde: pero él se habrá perdido (por fin) para sí mismo.

El otro camino de esa fuga se da "en la realidad": desde la escena en la que no puede (quiere) orinar (ver pág. 33) pasando por sus resistencias a nadar, a andar en bicicleta, lo que hace es negarse a usar, a asumir su cuerpo: la conclusión es la "independencia" de un cuerpo que actúa solo y termina siendo

(1) Otro: un muñeco ciego - "... el tío de Alicia que ahora tiene la cara lisita y más lustrosa como los muñecos y los ojos ya no son de hombre, son de piedras preciosas que cuesta tanto comprarlas" (pág. 100). Un re-

fugio: "... sin que nadie se de cuenta me paso para adentro del pecho del tío de Alicia, voy a estar adentro de él, como el alma está adentro del cuerpo, yo voy a estar adentro del alma de él" (pág. 102).

incomprensible ("¿por qué te dejaste pegar? ¿papá; ¿por qué se dejó pegar? mamá; ¿por qué me dejé pegar mamá?", pag. 98)

Se entiende, al mismo tiempo, la teatralidad de sus reacciones en los momentos decisivos: encuentra en esas comedias apasionadas que se representa a sí mismo un modo de vivir-se desde afuera en el momento congelado del gesto teatral: alcanza lo que siempre buscó: ser un espejo, verse, mirar su cuerpo detenido en un ademán elegante, espiritual.

Desdichadamente esas representaciones son fugaces: los verdaderos espectadores se niegan a aceptarlas. Quien lo arrastra a la realidad es, casi siempre, Héctor, antítesis, mirada negadora, lo arrincona en los límites de su cuerpo ("petizo", "enano"). Lo define, no por lo que Toto representa, por lo que quiere ser, sino por lo que es para los otros. Al mismo tiempo, en el relato, Toto existe (desde el capítulo VI) únicamente por los otros, por lo que los otros dicen, piensan o escriben sobre él. Estos testigos implacables confirman lo que Toto se niega a narrar, a decirse: está atrapado por la realidad, es cada vez menos pasivo. Ya no juega (pág. 42) escucha (pág. 100) o mira (pág. 175), ahora es perseguido (pág. 184) acosado (pág. 215) acorralado (pág. 230). De todos modos, se niega a aceptar la experiencia vivida, objetiva, se distancia, habla de sí mismo en tercera persona. El límite es ese ambiguo relato en el que Toto cuenta su (seguramente imaginada) iniciación sexual: "la está tocando y no la está tocando, porque apoya las yemas de sus dedos contra la carne de la sirvienta y no siente el tacto, como si sus dedos fueran de aire. Entonces saca un fósforo y lo acerca encendido al dedo índice para ver si siente algo y se queja y grita de dolor" (pág. 300). Niega su cuerpo, o mejor, niega su cuerpo para el sexo. Y al mismo tiempo se desdobra, hay dos conciencias simultáneamente: la primera se relaciona con su cuerpo vivido como ajeno, y la segunda con la primera. Hablo y me oigo hablar, miro y sé que miro: se espía, se juzga,

se compara. El paso siguiente es previsible y cierra la novela: Toto muestra una foto, alguien pregunta por el "muchacho rubio". Y Toto explicita al final lo que ha sabido siempre, a los dieciseis años lo que está viviendo desde los seis: "me da vergüenza decirte, pero resulta que es el más buen mozo del colegio y una chica me dijo que yo me parecía a él, y que al llegar a quinto año voy a ser como él" (pág. 315). Ahogado, acorralado, ha convertido su fuga en una búsqueda. Este descubrimiento va a definir su vida: Ascensión, espiritualización, búsqueda de ese Otro en el que refugiarse; Caída en la sexualidad, entre los otros. La narración respira ese trayecto vertical y al mismo tiempo lo despliega horizontalmente, lo convierte en camino, en "línea argumental". Ese movimiento es una pausa:

todo ha pasado, todo está por pasar. Se vive un instante que dura quince años, una situación única que está al comienzo y en todos lados: no se cuenta una historia, se describe un destino. Aislado, incomunicado de su propia experiencia, Toto no sabe nada porque sabe demasiado. Ese conocimiento censurado es un olvido, un "asesinato del recuerdo": viviendo en la ilusión, en lo imaginario, flotando en el vacío, "privado del deseo que lo rodeaba de futuro" (como señala René Girard hablando de Proust) cae en el abismo del presente". Esa inmanencia organiza la estructura temporal: no hay "duración" narrativa, hay saltos hacia momentos distintos de conciencia. Tiempo mítico, tiempo interior: no hay pasado ni futuro, todo es presente, obsesión. La experiencia es una sola, siempre la misma y la única temporalidad viene de afuera: los nombres y las fechas que encabezan los capítulos interrumpen, ordenan la inmovilidad mítica, establecen una cronología. Instalan una especie de relato independiente, que camina fuera del texto y retomará la narración en su totalidad para vincularla con un tiempo que es el de los hechos. Esa voz neutra, exterior a las formas

visibles de la narración (monólogos, diarios, cartas, etc) indica las referencias circunstanciales: es la voz del Narrador que organiza la lectura, la sitúa. Se trata, sin duda, del mismo Toto: sólo en él coexisten esos dos "tempos", porque él vive en dos planos (experiencia, narración) la temporalidad de su autobiografía. Únicamente él puede transformar esos momentos estáticos en un relato. Y al mismo tiempo, siendo Toto el Narrador se explica que esa cronología rigurosa se vea, de pronto, violentada por la experiencia y se desbarate. Un salto que sepulta el futuro en el pasado, envuelve en un círculo toda la novela, destruyendo cualquier ilusión de continuidad narrativa: el tiempo fechado se quiebra y retrocede, la historia se cierra en el comienzo. Único momento con temporalidad propia, ese final está al comienzo porque es a la vez el principio y el fin: encuentro con el padre, descubrimiento de la identidad de ese Otro al que se busca desde siempre. Y a la vez encuentro con el origen y las razones de esa búsqueda, contexto, escenario en el que se realiza el aprendizaje.

Porque si el tema de esa carta (escrita y destruida por Berto en 1933, que reaparece en 1948) es el proyecto pensado para Toto por su padre: el "tema" de la novela es la traición de ese proyecto, de esa educación. Destino y traición que se definen al final pero que se muestran en todos lados: en los miedos de Toto, en los furores de Berto, en la doble complicidad de Mita (la madre). Lo que hace la carta es sintetizar (significar, digamos) lo que el texto alude en sus trescientas páginas. Y al mismo tiempo ilumina (con una luz tan nítida que a ratos enceguece) el verdadero sentido, el significado último de esta novela: porque lo que se narra, en última instancia, es el vértigo de pertenecer a la clase media: los riesgos de vivir en una clase sin apoyo en la estructura real, el va-

cío de asumir una condición social fundada no en lo que se tiene, o en lo que se hace, sino en lo que se aparenta. "Por eso lo que importa por encima de todo es la reputación: hacerse una reputación, vivir en ella significa en el fondo que uno depende por completo de los demás" (J. P. Sartre, Reflexiones sobre la cuestión judía, pág. 68). La reputación, ("me cortarían una mano para no pasar vergüenza", Berto, ver pág. 163) máximo nivel de conciencia de clase, fundamento sobre el que se asienta la ilusión de Ascender (a la clase "alta") y se combate el terror a una Caída (en la clase "baja"). Un modo de estar en el mundo, de sostenerse en la realidad referido a un doble código, a dos ejes sobre los que gira toda la novela: el sexo y el dinero. O mejor, la sexualidad y la economía. Basta pensar en Héctor (personaje "positivo", contrafigura de Toto) y en sus dos obsesiones: el "profe de Química", "un comunista" que proclama la necesidad de "renunciar a toda ambición personal" y se divierte prediciendo una época en la que "todos tendrán el mismo sueldo" (ver pág. 177). Y el viejo que comparte su pensión, "el gran puto" que quiere seducirlo (ver pág. 170). Basta pensar en las reacciones de Héctor para ver que el sexo y el dinero encuadran el espacio en el que se mueve la novela: vaivén (cuyos límites son ser homosexual, o ser comunista, invertir los códigos) en el que sexo y dinero se cruzan, se yuxtaponen, forman una estructura significativa que define las relaciones, convierte el intercambio económico en una forma de la afectividad, y la relación sexual en un modo de la economía. (2)

(2) Las referencias al sexo y al dinero son casi una obsesión de la novela, los cruces son innumerables: desde el matrimonio pensado como operación ventajosa (ver pág. 128: "nada le favorecería tanto en su carrera en el Ministerio") a "las negras, las sirvientas" vistas como objeto sexual "barato" todo tien-

En este sentido podemos decir que en la novela todo es sexualidad, todo es economía. Después de Marx, después de Freud sabemos que esos dos niveles de la materialidad son espejos de la existencia entera: esta verdad, a primera vista tan abstracta, es vivida en lo concreto por la clase media. Si uno es lo que aparenta, cualquier gesto puede traicionar esa representación. No hay rincones neutrales, la clase "se muestra", se pone en juego en todos lados. Ocultamientos, disfraces, nunca se está seguro de no ser (mal) visto. Este vértigo enseña que el modo de vestirse, la forma de hablar, de comer, de mirar a las mujeres, puede descubrir una situación económica, una conducta sexual.

En el interior de esta mitología se juega el destino de Toto: esas son las "normas" que él trata de obedecer, representando, sin comprenderlo, al personaje social que le imponen: se ahoga en ese papel, trata de evadirse. Está acorralado: intenta encontrar una salida, acomodarse, "caer bien". Buen alumno, simpático, siente la mirada de los otros y se esmera. No bien profundice un poco estas "virtudes" caerá del otro lado: "chismoso", "chupamedias". Se sostiene con tanta desesperación del mundo constituido, de la moral que lo aplasta que termina buscando aliados entre sus verdugos. Siempre cerca de los celadores, de la maestra: busca refugio, quiere ser "defendido". El paso siguiente es previsible: delatará para ser admitido, para "ganarse" los afectos (v. pág. 198). El contenido de sus delaciones está siempre referido a las relaciones sexuales: por un lado quiere "salvar" a las mujeres del "infierno" del sexo, al mis-

de a instalar la novela en el vaivén entre necesidad y deseo. La lujuria, debe ser algo que se siente cuando se come bien, sobre todo mucha carne y frutas, que son los artículos más caros" (pág. 303).

mo tiempo, estas delaciones son una confirmación de la moral aprendida, en la que el sexo es censurado, reprimido. Queda atrapado en ese doble juego: está en el medio, es un traidor. "La traición (escribía Bernard Pingaud) es la mediación por excelencia, punto privilegiado desde donde se pueden aprehender a la vez los dos proyectos que el traidor trata, en vano, de conciliar, las dos imágenes que querría encarnar simultáneamente". Solo, arrinconado, no puede elegir: salta, una y otra vez, hacia lo imaginario. Esta fuga es una respuesta provisoria: quiere, ser una evasión, termina siendo una confirmación de sus "diferencias". En esta novela de la ilusión, todos tienen la suya: el carácter de esas ensoñaciones sirve para situarlos en esa realidad que tratan de rechazar. No es casual que el insomnio sea una obsesión (en el padre), que justifique la idea del suicidio (ver p. 316): perder el sueño es estar condenado a la realidad. En esa dirección podríamos dibujar un trayecto que saliendo de Berto, inmerso, perdido en la realidad, ciego a la ilusión ("no puede dormir, no ve las cintas, porque se le pasan por delante todas las cuentas del negocio con los pagarés y los vencimientos", ver p. 89), pase por Héctor que está a mitad de camino en el aprendizaje de su clase, y ya tiene una fantasía situada, instalada en lo concreto (sueña con ser jugador de fútbol, ganar dinero, "salir a un estadio con cinco mil personas mirándote, y que miren no más..." ver p. 186) y concluya en Toto que busca refugiarse en la espiritualidad, para perder el cuerpo y ascender, para que "el aire lo lleve alto" hacia "las nubes desde donde se ve todo chiquito en Vallejos" (ver p. 39, 102, etc.) desde donde se puede mirar sin ser visto. Su madre es la única que comparte con él estos espejismos, pero culpablemente y a escondidas: para "volar con la imaginación" (149) hay que "ser flojo como una mujer" (159), hay que ser "distinto" los hombres "se las aguantan, sienten menos" (158).

están inmersos en la realidad. (3)

También en el contenido de sus "ilusiones" Toto es un traidor: no es casual que se funden en el cine. Allí encuentra la inversión de su experiencia en el mundo. Sumergido en la oscuridad, convertido en mirada pura, ejerciendo el sentido más espiritual puede pensar que no es otra que un espíritu: el cuerpo se borra, no puede ser visto por nadie, ni siquiera (y sobre todo) por sí mismo. Instalado en esa espiritualidad, es fácil vivirse como un "alma" para la que no hay otra experiencia que el espectáculo de esas siluetas luminosas y frágiles, "transparentes en el cielo" que se deslizan con elegancia, que se "levantan en el aire" (38). Toto no se proyecta en un actor: lo que él quiere es vivir en el mundo mágico del cine. Quiere ser admitido por esa realidad siendo el que es, el que piensa que es. Cobijarse en ese mundo "lujoso" donde todo deseo es colmado sin "repugnancia": un mundo de "muñecos", de "almas". Una ilusión fugaz: cada vez que se enciendan las luces, Toto descenderá al infierno. No hay otra salida que hacer de esa contingencia un ritual: en la infancia Toto dibujará los títulos, los carteles con el rostro de los actores, el final de esta ceremonia es la composición del capítulo XII: Toto busca recuperar ilusoriamente la ilusión del cine. No es casual que esta novela haya nacido como guión: intento de "crear" el mundo del cine, termina reflejando todas las obsesiones, todas las felicidades que el

desencuentro entre el cine y la realidad ha producido en el narrador. Fundada en la obesión de la fuga del cuerpo, esa mitología le dictará una técnica, un lenguaje, una estructura. Novela de la pura interioridad, sin cuerpos puestos en relación, no hay otra cosa que conciencias: hablan, piensan, escriben, pero son invisibles. El cuerpo existe para los otros, por los otros: para sí mismos todos son fantasmas. Se ha dicho que el lenguaje es el personaje de esta novela. Yo prefiero decir que el lenguaje es el personaje, lo constituye, se hace carne con él. Los hombres se confunden totalmente con sus palabras: ellas son el anclaje, el único espesor de esas conciencias aladas. Se lleva al límite aquella verdad propuesta por Borge's: "En mi corta experiencia de narrador he comprobado que saber cómo habla un personaje es saber quién es, que descubrir una entonación, una voz, una sintaxis, es haber descubierto un destino". Los personajes son porque hablan: el acto de usar el lenguaje, hablando, escribiendo, es la única acción que practican. Acurrucados en el fondo de un zaguán, tendidos en la cama, sentados contra una mesa, su única actividad es narrar(se). Como Sherezade en Las mil y una noches podríamos decir que los personajes deben contar incesantemente para poder vivir. No hay otros hechos que esos diálogos, esas voces secretas que susurran, esas manos que escriben un diario, una carta. Todo pasa por la conciencia o por el len-

(3) En un sentido la madre es, también, una "traidora": fluctúa en una doble valoración, no se define: sobreprotección, castigo, ella ve en Toto, al mismo tiempo, una imagen de sí misma y una frustración (del proyecto de Berto). Su ambigüedad que define todo el capítulo VII aparece clara cuando Berto decide mandarlo pupilo: "Los chicos se vuelven hombres en los colegios, lejos de los padres,

dicen, y yo me voy a quedar sin mi nene, me volvía hecho un hombre? y a una madre le pueden arrancar su chico y después devolverle lo que se le de la gana?" (153). Y al mismo tiempo "con el nenito sí que iba a estar contento Berto, box y futbol, desde chico, y nada de mimos, con él sí que iba a estar contento Berto, no con este flojo, con este... gallina del Toto" (160).

guaje; quiero decir, por la conciencia que es lenguaje. Eso explica esa fiebre de expresión que sufren: confesión, exorcismo, ese parloteo es, casi siempre, de mala fe: a cada rato están hablando para no decir nada. Se trata, sobre todo, de un "trabajo" en el sentido que le da el psicoanálisis. Lenguaje asociativo, escritura automática, esas conciencias se niegan a ser traducidas: en ellas "el lenguaje (como escribía Merleau-Ponty) significa porque en lugar de copiar el pensamiento se deja hacer y rehacer por él". Este movimiento tiene dos direcciones: por un lado los capítulos "hablados" (del 1 al 12) en los que las alusiones, los silencios tienen el mismo relieve que las palabras, y la expresividad nace, más que en el léxico en la sintaxis, en el ritmo, en la estructura misma de la lengua. No en lo que dicen las palabras, sino en lo que se dicen entre sí. Y a la inversa, un espesamiento, una sobrecarga de sentido en los capítulos "escritos" (del 12 al 16), cierta teatralidad del lenguaje que hace de ese exceso de sensibilidad un estilo, una manera. Hay siempre un "más

acá" o un "más allá" del lenguaje: este vaivén borra la escritura en función de una "memoria verbal" cuyo secreto (como es — escribía Barthes) "es un recuerdo presente en el cuerpo del narrador". Narrador, protagonista, lo que Toto quiere es recuperar la fascinación del cine. Busca revivir esa ilusión, convertir en lenguaje ese espejismo: él es el primer traicionado. Desde el comienzo la novela no es otra cosa que una toma de conciencia: de su cuerpo, de su familia, de su clase. En la experiencia de escribirla Toto se ha ido descubriendo a sí mismo el origen de sus obsesiones. El encuentro con el padre clausura la novela con un interrogante. A los quince años Toto está ciego, se ha dejado llevar hasta sus límites, busca una salida sin saber cuál es, ni dónde está. La novela es ella misma una respuesta. Al escribirla Toto prueba que es capaz de realizar la única empresa que le ha estado prohibida desde siempre: elegir. Fiel a sí mismo realiza esta elección con ambigüedad, en lo imaginario.



ERUDICION Y POPULISMO

CARRI:

Ovidio Palassoli

Sindicatos y poder en la Argentina, Roberto Carri, ed. Sudestada, 1967.

Maduraban las condiciones para que en la Confederación General del Trabajo se esbozara una perspectiva de lucha popular, cuando a fines de 1967 apareció "Sindicatos y Poder en la Argentina". Era momento acertado, tal vez, para tratar de fortalecer teóricamente la expresión sindical de un reformismo combativo de signo nacionalista y populista, pero, como probarían los hechos, irremediablemente tarde para argumentar en defensa del que durante los últimos años fuera principal sector en la conducción del movimiento obrero: pocos meses bastaron para mostrar que el intento de justificar sus sucesivos fracasos era una pueril ambición, y el de encubrir su objetivo abandono de las banderas nacionalistas burguesas, una grosera maniobra. Roberto Carri intenta ambas metas mediante un largo giro, abordando el papel de los sindicatos durante el último cuarto de siglo, considerados como órganos de expresión política de los trabajadores y analizados desde la perspectiva de su relación con el estado y su influencia en la estructura de poder de nuestra sociedad.

Dos hipótesis centrales enunciadas sin desarrollos teóricos y manejadas desde un inicio con categoría de premisas, gobiernan las líneas por las que sin mucho rigor se desenvuelven los análisis. Palabras del autor definen

esas hipótesis así: "En esta Argentina /.../ los sindicatos se convierten en el eje alrededor del cual se estructura el movimiento nacional" y "Las categorías de análisis válidas para el sindicalismo del mundo occidental dejan de tener vigencia en la Argentina desde 1943".

Se trataría, en realidad, de probarnos lo siguiente:

El proceso peronista es absolutamente inédito, sin paralelos ni semejanzas en la historia, al punto de que no solo ha liquidado definitivamente las viejas formas del pensamiento conservador y de la ideología "liberal", sino también los esquemas de izquierda. Estructuró, como parte de esa originalidad, su fuerza fundamental en las masas trabajadoras organizadas sindicalmente, antes, durante y más aún después de su paso por el poder. Y ese papel jugado por los sindicatos habría producido el aún más inédito fenómeno de que éstos, en lugar de responder básicamente a la defensa de los intereses económicos reivindicativos de los trabajadores, se crearan y desarrollaran en nuestro país desde una perspectiva política que tiñe la más mínima reivindicación salarial. En conclusión: las categorías de análisis válidas para el sindicalismo del "mundo occidental" (léase: sistema capitalista) no tienen vigencia porque

nuestros sindicatos, en lugar de realizar una acción reformista clásica, desarrollaron en el marco de las estructuras de un país dependiente y con una situación específica en el mismo, una política reformista nacionalista. Carri esquivo aclararnos el contenido y el sentido último de esa política. Esquivo, para decirlo con claridad, analizar cómo el ascenso de la clase obrera durante el peronismo quedó en los límites de un proyecto nacionalista burgués, en los límites de un proyecto no definido por el proletariado sino por una burguesía que intentaba el desarrollo capitalista local, en un esfuerzo por librarse de las ataduras que hacen de nuestro país una semicolonia clásica. Situación, precisamente, que el intento peronista fue incapaz de liquidar. Tal intento y tal fracaso no son tan inéditos como cree o quiere creer Carri: allí está el ejemplo de Sukarno, pongamos por caso, para demostrarlo de un modo más sangriento pero no menos eficaz que el de la Argentina. O el de Paz Estensoro, O el de Goulart. La lista es larga....

Pero no nos apresuremos. Carri no es un académico, sino un político activo cuya historia como tal reconoce varias etapas, y no se detiene en lo que podría ser el esquema de "Sindicatos...": veinticinco años de historia sindical le servirán de base para hacer numerosas afirmaciones y concluir con el esbozo de algunas propuestas, aunque sin comprometerse demasiado con ellas.

Su trabajo divide el período estudiado en cuatro etapas (Peronista, de la Revolución Libertadora, Sindical-1958/66-, y de la Revolución Argentina o actual), y sigue el desarrollo cronológico de los principales hechos político-sindicales en forma documentada y con un adecuado suministro de notas, datos y fuentes, reveladores de un buen trabajo de investigación, para terminar en un capítulo titulado "Perspectivas para el Movimiento Nacional y el Sindicalismo en la Situación Política Actual".

Pero basta que nos internemos en la entrecruzada maraña de hechos que el libro nos refresca con certera eficacia, para descubrir uno de sus juegos: el de la justificación histórica. Es tal su sentido acrítico, que el autor termina convertido en eximio practicante de la danza y la contradanza, cuyo ritmo lo marca la frecuencia con que las afirmaciones contradictorias aparecen página tras página. Lectores desprevenidos, no supimos advertir el sentido de la rotunda afirmación: "El movimiento sindical es la expresión históricamente determinada más importante del movimiento nacional...". Sin embargo, todo queda en claro cuando esa determinación histórica rebasa los procesos sociales y el comportamiento de las masas y sirve también a Carri para justificar las limitaciones ideológicas de los dirigentes sindicales, sus errores y fracasos, sus ineptitudes, y por qué no, sus traiciones a la clase obrera y su enriquecimiento personal como resultado de ellas. Seguramente Augusto Timoteo Vandor, Eleuterio Cardozo y otros, se manifestarán solidarios y agradecidos con esta particular forma de "entronque de los intelectuales con el pueblo", como se regocijan en definirla los prologuistas Ortega Peña y Duhalde.

Sin detenernos en lo que nos obligaría a otro libro, citaremos sí de entre esas afirmaciones dos de las que constituyen las afrentas más descarnadas a los trabajadores argentinos y a la propia masa peronista: La que atribuye a la pasividad de las masas el fracaso de la tercera y cuarta etapas del plan de lucha de la CGT (p.122), y la que justifica la desatención de los problemas gremiales -con el consiguiente deterioro de las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores- por "la necesidad (de los sindicatos en 1962/63-) de hacer frente a las obligaciones que les plantea el hecho de ser el instrumento político del movimiento popular" (pp.105, 117 y otras). A Carri no se le ocurre reflexionar siquiera acerca de esta afirmación, en la que

presenta separados los intereses populares de la política popular, cuando más adelante y sin explicaciones describirá una situación en que la acción de ese instrumento político ha fracasado y carece de toda perspectiva cierta. Es desde sus propias palabras que surge el interrogante que, sin embargo, parece no alcanzarlo: al servicio de quién estaba puesto ese "instrumento"?

Es la repetición de situaciones similares lo que nos hace suponer que en este libro la aplicación del ingenio ha estado reservada a ciertas preocupaciones muy específicas. Buen ejemplo de éstas, es el ensayo de definición de "burocracia", por el que a través del análisis formal y técnico del término, toda la cuestión se reduce a la existencia o no de relaciones directas y personales entre los dirigentes y las bases. Y como las mismas han existido más o menos permanentemente, la deducción resulta aparentemente fácil: los jefes sindicales no han sido burócratas, y aplicarles este calificativo no es sino un error, producto de lamentable confusión. Así, con tres frases formalmente bien hilvanadas, se intenta despojar a la palabra burocracia del contenido político que la experiencia masiva de los trabajadores le otorga cuando la utiliza para designar a quienes condujeron el movimiento sindical al margen de la participación y movilización de las bases. Y de nuevo, aparece una duda insoslayable: nos es lícito aceptar que Carri ignora cuestión tan elemental?

Pero separemos la paja del trigo, para ir al grano. Ese que a pesar del moho de los fracasos acumulados, cuenta con fuerzas para perdurar: el populismo nacionalista burgués, la ideología en que el autor se apoya.

Porque es allí donde residen sus principales limitaciones para dar cuenta de la problemática que inicialmente se plantea, es en ella donde nace la necesidad y se alimentan los intentos de justificar lo que no alcanza a explicar, y es en sus ambigüedades donde encuen-

tra refugio para evadir la discusión teórica de esa concepción "generalizada entre los estudiosos del movimiento sindical" que tiene su fundamentación en el marxismo del que Carri reniega estando -por decirlo de alguna manera- enterado de él, pero no tan informado como quizás crea.

"Sindicatos...", niega de hecho los fines históricos y la ideología del proletariado, y su consecuente necesidad de alcanzar y mantener la independencia ideológica, política y organizativa. Y por ello prescinde de plantear a fondo la interpretación de la estructura de clases de nuestro país y de su dinámica de lucha, careciendo de tal modo de un marco en el que se inscriba la acción de la clase obrera en relación con el conjunto de la sociedad.

Esto es lo que le permite partir de una equivocada interpretación del movimiento peronista: cuando en un país dependiente se hace abstracción de la lucha de clases, es casi natural confundir el carácter positivo o revolucionario del nacionalismo burgués para caer en el seguidismo respecto de su política, y aprovechar de paso para negar al marxismo con el ya retórico recurso argumental de la incompreensión de la realidad nacional por los partidos de la izquierda tradicional.

Después, todo resulta muy fácil: hablar de la conciencia política nacionalista de los trabajadores como si se tratara de la conciencia política revolucionaria de la clase obrera, confundiendo la participación más o menos activa de las masas, alienadas sin embargo a la política de un grupo de la burguesía en determinado momento nacionalista, con la acción política revolucionaria destinada a la toma del poder para la propia clase y la construcción de una sociedad libre y socialista (p. 12). O afirmar que el logro de importantes conquistas "echó por tierra las viejas consignas sindicalistas de independencia o autonomía de sus organizaciones frente al estado" (p. 16). También se puede decir que "en 1967 cuando

La historia de los últimos años demuestra la total impotencia de toda otra perspectiva ideológica en su intento de nuclear a las mayorías populares /... / una vuelta a la tradición nacionalista no significa un paso atrás, sino retomar en su base más profunda y permanente las banderas antimperialistas del movimiento peronista" (pag. 50), o suponer -aunque con excesos de buena voluntad- que "las banderas nacionalistas de 1943", eran mantenidas en alto por los dirigentes sindicales en 1959 (p. 91).

Volvamos al fondo de la cuestión, para insistir en que lo que Carri no ve es que el nacionalismo (o la opresión imperialista sobre el conjunto de la sociedad nacional y la respuesta activa a tal opresión, el antimperialismo militante) no borra la lucha de clases, y que existen un nacionalismo burgués y un nacionalismo obrero que son esencialmente distintos aunque tengan puntos de contacto o coincidencia. Como que responden a las dos clases frontalmente opuestas del sistema capitalista, y persiguen fines distintos. Tan distintos como pueden serlo la nación burguesa y la nación socialista, o como lo son los explotadores (burgueses) y los explotados (proletarios). Y es en parte por eso que tampoco reconoce que el nacionalismo burgués ha fracasado en la acción en tanto proyecto de construir una nación, siendo hoy una política tan frustrada e impotente como la clase que expresa.

Tales las principales razones por las que "Sindicatos y Poder en la Argentina" no puede interpretar con acierto el importante papel cumplido por los sindicatos dentro de los límites del juego político burgués, porque en última instancia confunde a éstos con la clase obrera, la política nacionalista burguesa con la ideología de aquella, e ignora que para que el proletariado pueda llevar a cabo la liberación de la que la burguesía nacional no ha sido capaz deberá acceder a su propia conciencia revolucionaria y socialista y crear su propia organización política.

Porque es desde una y otra que se estructurará el movimiento nacional triunfante, y no desde el populismo espontaneísta que su autor nos propone. En efecto, después de haber afirmado que a fines de 1967 los sindicatos han dejado de ser el eje de la resistencia popular y que el sindicalismo como tal perdió una efectividad política que le será difícil reconquistar, dice que "El problema de la politización de la clase trabajadora no es de índole teórica, ni de intelectuales más o menos lúcidos, sino de movilizaciones masivas por problemas reales y evidentes y de una dirección coherente y consecuente con los principios de la revolución nacional". Remarcando luego "En síntesis, el problema principal es el problema del poder y la producción de acontecimientos políticos (violentos) que pongan en juego el mantenimiento del sistema (p. 135).

Ello, dado que "En el peronismo están dados todos los elementos políticos e ideológicos para la formación de una estrategia global, además todos los núcleos sociales importantes y subordinados por el poder imperialista se encuentran representados e integrados de alguna manera al movimiento" (p. 173).

Pero para Carri, según dice, las teorías no sirven y las predicciones son muy difíciles. Por eso, al fin de cuentas, siempre necesita dejar una puerta abierta para que el "movimiento nacional" se manifieste a través de las contradicciones en el seno de las FF. AA., prescindiendo, por supuesto, de analizar si ello es posible dentro del actual marco de la lucha de clases de nuestra sociedad. Lo que sumado a las referencias que introduce como al pasar sobre los "herederos contemporáneos de la tradición montonera" y "el enfrentamiento de Buenos Aires con el interior del país", viene a ser algo así como "la marca en el orillo" con que procura que se lo vincule expresamente con la corriente de pensamiento denominada de la "izquierda nacional". Que sea, si para él resulta meritorio incorporarse a dicha corriente en Argentina 1968.

Aunque a nosotros nos parezca tan pueril como las manifestaciones con que pretende descalificar a la izquierda revolucionaria.

Hagamos algunas precisiones, antes del punto final: el libro de Carri es, en resumidas cuentas, un folleto de propaganda de un intelectual pequeño burgués al servicio de una ideología burguesa. Contiene datos, información e investigación importantes, en un medio donde éstas resultan escasas. Y se caracteriza por una contradicción permanente entre el nacionalismo burgués en que se apoya, y la defensa de

quienes en el terreno político-sindical lo han suplantado por la abierta complicidad con la política del imperialismo y los monopolios.

Todo ello montado en una problemática de estudio sobre la que existe muy poco proveniente de los intelectuales revolucionarios. No se trata de una excepción. Es que la burguesía valora altamente la batalla en el terreno ideológico, y también aquí nos encontramos ante una lucha que a pesar de ciertas apariencias aún no hemos dado.



**En el
número 3**

de problemas del tercer mundo

¿SUBDESARROLLO O DEPENDENCIA?

escriben

*E. Desnoes, S. Fiorito, I. Viñas,
D. Viñas, L. Rozitchner, R. Piglia.*

